

LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 139

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO PRIMERO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



Salvad á mi hija aunque yo per'zca, gritó Isabel.

35 CTS.



4-3-600/16

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—RENATA MAUPERIN, por J. y E. Goncourt.
- 2.—¡CENTINELA, ALBERTA!, por Matilde Serao.
- 3.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 4.—EL HIJO DE LA PARROQUIA, por C. Dickens.
- 5.—CARMEN, por Próspero Mérimée, y Corazón de TORERO, por Teófilo Gautier.
- 6.—HÉRCULES EL ATREVIDO, por A. Dumas.
- 7.—EL DOCTOR RAMEAU, por Jorge Ohnet.
- 8.—HUMO, por Iván Turguenev.
- 9.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 10.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 11.—LA SAVELLI, por G. Agustín Thierry.
- 12.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 13.—FUERTE COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 14.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 15.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 16.—MIS MEFÍSTOFELES, por Fergus Hume.
- 17.—EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por Marchi.
- 18.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 19.—LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL, por Guy de Maupassant.
- 20.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 21.—VENGANZA CORBA, por Próspero Mérimée.
- 22.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copés.
- 23.—EL ILUSTRE CANTASIRENA, por C. Rovetta.
- 24.—EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 25.—EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Brebner.
- 26.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conciencia.
- 27.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 28.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Couck.
- 29.—LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

- 11.—SABER EN MANO.
- 12.—AL GALOPE.
- 13.—LA BANDERA VERDE.
- 14.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 15.—EL MILLÓN DE LA HEREDERA.
- 16.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 17.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

Colección Victor Hugo.

- 35.—BUG-JARGAL.
- 36.—HAN DE ISLANDIA.
- 37.—EL NOVENTA Y TRES.
- 38.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 39.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 40.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 41 y 42.—LOS MISERABLES (2 tomos).

Colección Tolstol.

- 44.—RESURRECCIÓN.
- 45.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 46.—LA SONATA DE KRUTSER.
- 47 y 48.—ANA KARENINA (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du

Terrail.

- 77.—LA HERENCIA DE LOS DOS MILLONES.
- 78.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 79.—EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.
- 80.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 81.—LA ESTOCADA DE LOS CIEN LUISSES.
- 82.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 83.—LAS DOS CONDESAS.
- 84.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 85.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 86.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 87.—LOS CABALLEROS DEL CLAR DE LUNA.
- 88.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 89.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 90.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 91.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 92.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 93.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 94.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 95.—LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.
- 96.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 97.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 98.—LAS CANTERAS DEL CRIMEN.
- 99.—EL CADÁVER DE CERA.
- 100.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 101.—LAS FIBRAS DE LA SELVA.
- 102.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 103.—LOS TRES VERDUGOS.
- 104.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 105.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 106.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 107.—UNA CITA DE AMOR.
- 108.—LOS DOS DETECTIVES.
- 109.—EL REO DE MUERTE.
- 110.—LA CUERDA DEL AHORCADO.
- 111.—LA NIÑA MUDA.
- 112.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 113.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 114.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 115.—EL RAPTO DE UNA MUERTA.
- 116.—EL HILO ROJO.

Colección Dumas.

- 49 y 50.—LOS TRES MOSQUETEROS (2 tomos).
- 51 a 53.—VEINTI AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 a 59.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (6 tomos).
- 60 a 63.—EL CONDE DE MONTECRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 a 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 a 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 81 a 83.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 a 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 a 128.—EL COLLAR DE LA REINA.

Colección Ortega y Frías.

- 130 a 138.—EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (9 tom.).

R. 48450
LA NOVELA ILUSTRADA



EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

ó

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID



R. ORTEGA Y FRÍAS

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

PARTE PRIMERA

EL ABATE FLORENTIN

CAPITULO PRIMERO

ESCENAS MISTERIOSAS

El día 20 de Octubre de 1597 había llovido desde el amanecer hasta la caída de la tarde, hora en que un vientecillo sutil que venía del Guadarrama despejó el horizonte, en cuyo fondo de transparente azul vieron los habitantes de la coronada villa los vivos colores del arco iris. El cielo que durante aquel día nebuloso y triste había llorado, quiso sonreír, cuando las tinieblas reclamaban su imperio.

—Por el contrario, algunas criaturas que habían sonreído aquel día debían llorar por la noche. La naturaleza tiene raros caprichos, y suele vestirse de gala cuando el corazón de sus hijos se cubre de luto.

Cerró la noche, brillaron las estrellas y luego la luna esparció sus nacarados resplandores, lo cual fué una dicha para los honrados vecinos de la corte, porque en aquellos tiempos, en que para que todo fuese tinieblas no se había siquiera pensado en iluminar de noche las calles, la luna representaba un gran papel, y era tan deseada y bendecida por la gente honrada, como temida por los criminales.

Acababan de dar las ocho, y las estrechas y tortuosas calles del barrio de la Morería estaban desiertas.

Se abrió una puertecilla de una casa de feísimo y miserable aspecto, como todas las que por allí se veían, y junto al

dintel aparecieron dos hombres, que formaban el más raro contraste, y á los que podremos examinar á nuestro placer, porque el uno de ellos tenía en la mano izquierda un candil, cuya luz rojiza y vacilante esparcía trabajosamente sus rayos en el estrechísimo y sucio zaguán de la casa.

El que tenía la luz era, casi un gigante, de rudo aspecto, de abultadas facciones, que quedaban medio ocultas entre su negra y espesa barba y su áspera y desordenada caballera.

Su mirada era casi feroz y en la expresión de su semblante se conocía bien pronto y fácilmente á uno de esos seres que viven en el lodazal de todos los vicios, que cometen todos los crímenes, y que han llegado á la última degradación.

No hay que decir que estaba, más bien que vestido cubierto de harapos; pero ni tenía capa ni sombrero, de lo cual debía deducirse que se encontraba en su morada.

El otro era un joven que no tendría más de diez y nueve años.

Era escasa su estatura y no menos escasas sus carnes, y al primer golpe de vista observábase en su espalda y, al lado izquierdo, muy cerca del hombro, una protuberancia de bastante volumen para que pudiera disimularse.

Su rostro era ovalado, su nariz aguileña, su boca bien dibujada y sus ojos grandes, rasgados, negros, de brillante pupila y de melancólica expresión.

Su frente era espaciosa y revelaba una inteligencia privilegiada.

Dos arrugas precoces que partían de entre sus cejas le daban un aspecto casi sombrío y hacían comprender al mismo tiempo que á pesar de sus diez y nueve años, ya fuese efecto de sufrimientos antiguos ó por otra razón cualquiera, el personaje en cuestión debía ser considerado como un hombre de maduro juicio.

Como ahora nos es imposible dar á conocer su alma, nos ocuparemos de su vestido, que no era menos extraño que su persona y que revelaba, no solamente la humildad de la clase, sino la pobreza.

Desde el sombrero á las calzas, todo era negro ó más bien pardo, pues el tiempo y el uso habían alterado el color de aquellas prendas.

La capa, demasiado larga, era, lo mismo que el jubón y los gregüescos, de bayeta enteramente raída y las alas del sombrero tenían tanta extensión, que podían servir perfectamente de paraguas.

No ceñía espada, ni en su cinturón de cuero, que había sido negro, y ya era de color de cobre, veíase daga ni puñal.

A pesar de la protuberancia de la espalda, no se inclinaba hacia adelante el cuerpo del joven, y su pecho, en vez de estar hundido, era saliente y bien formado; pero en cambio su cabeza que podemos calificar de hermosa, se inclinaba como la del hombre que no puede soportar sus negros recuerdos ó sus tristes ideas.

Una palidez mate cubría su rostro, que lo mismo podía interesar que repeler.

—Adiós, Simón—dijo con voz dulce y varonil acento—; hasta mañana.

—Pero has de avisarme—respondió el otro.

—Sí.

—Esperaré.

No hablaron más.

El jorobado se embozó, salió de la casa, miró á todos lados, y seguro de que no le observaba ninguna mirada indiscreta, alejóse rápidamente.

Antes de diez minutos atravesaba la Puerta del Sol y luego tomaba por la calle de la Montera.

Su respiración indicaba la fatiga, pero en vez de detenerse, aceleraba cada vez más su marcha.

Y tanto la aceleró, que un cuarto de

hora después había llegado á las últimas casas del arrabal de San Ginés y se detenía ante una completamente aislada y de rara apariencia.

Las paredes de este edificio, carcomidas en muchas partes, agrietadas en otras, y medio ennegrecidas por los años y la intemperie, veíanse agujereadas por ventanas de distintas dimensiones, más elevadas las unas, casi junto al suelo las otras, y algunas defendidas por gruesos barrotes de hierro.

Detrás de la casa, es decir, en la parte opuesta á la que tenía su entrada, veíase una tapia de piedra y barro.

Uno de los ángulos del edificio lo formaba un trozo de torrecilla que quedaba dentro del cercado, y en la cual se veían algunas saeteras y dos ventanillas ojivales.

Si el aspecto de la casa era raro, no era menos extraño lo que de ella se decía, pues aseguraban los vecinos del arrabal que la familia que allí habitaba debía estar en relaciones directas con el mismo Satanás.

Para esto se fundaban en que muchas noches, particularmente las más tenebrosas, veíase á través de los vidrios de una de las ventanas de la torre un resplandor rojizo que solía cambiar de colores, convirtiéndose en azulado, y que otras veces, por una de las saeteras se escapaban torrentes de luz, de vivísima luz á modo de llamaradas.

Las personas que habitaban allí no tenían aspecto nada sospechoso, ni mucho menos desagradable, además de que ni hacían á nadie daño, ni ocultaban lo que en su casa hacían, pues con la mayor franqueza daban explicaciones á cuantos les preguntaban.

El jorobado miró atentamente el edificio que nos ocupa, y yendo luego hasta la tapia volvió á detenerse.

Por las rendijas de una de las ventanas de aquel lado se escapaban algunos destellos de luz.

—Por aquí—murmuró el mancebo.

Y dejó caer la capa y el sombrero, cuyas alas debían estorbarle, y con una agilidad que nadie hubiera supuesto en él, sirviéndose de los agujeros y piedras salientes, trepó la tapia en pocos instantes.

Una vez allí se acercó á la pared de la

casa y puso los pies sobre una cornisa ó faja saliente de piedra, sujetándose con las manos, lo mismo que antes en las grietas ó desconchados.

El menor descuido podía fácilmente dar con su cuerpo en el corral, dejándolo muy mal parado, ya que no sin vida; pero el peligro no le hizo vacilar, y como si le hubiera sido fácil adherirse al muro á manera de lagartija, adelantó hasta llegar á la ventana de que hemos hablado.

Allí buscó el mejor asidero, inclinó la cabeza y miró por la más ancha rendija.

He aquí lo que vió:

Una habitación muy pobremente amueblada,

Sentado junto á una mesa, con los codos apoyados en ésta y la frente en las manos, había un hombre que parecía ser de regular estatura y estaba todo vestido de paño negro.

Su inmovilidad era tan absoluta, que no parecía sino que estaba profundamente dormido.

Frente á él, y también sentada en un taburete, había una mujer que no tendría más de veinte años y era una belleza casi inconcebible.

Sus cabellos peinados con descuido, parecían una madeja de finísimos hilos de oro y á través de sus largas, rubias y sedosas pestañas veíanse unos ojos grandes, rasgados, magníficos, y de pupilas negras como el azabache.

Su mirada era unas veces melancólica, conmovedora, tierna y dulce, mientras que otras era ardiente, viva y penetrante y hasta imponente.

Su cutis había robado al nacar su transparencia y su blancura, así como bajo los frescos y rojos labios de su hechicera boca se escondían no dientes, sino un tesoro de perlas.

Era ovalado su rostro, y su frente espaciosa y tersa, su talle esbelto, flexible y de formas verdaderamente tentadoras.

Aunque su ropaje era sencillo y hasta humilde, su continente tenía un sello inexplicable de distinción y aun de majestad.

En los momentos en que la presentamos, fijaba en el otro personaje una mirada de angustia indefinible.

El jorobado la contempló, estremecióse violentamente y le faltó muy poco para caer.

Transcurrieron algunos minutos.

El hombre que estaba sentado levantó la cabeza y luego se puso en pie.

Tendría cuarenta años, ó por lo menos lo representaba.

Su rostro poblado de negra y fina barba, era de regulares facciones, moreno y de ojos negros, grandes de brillante pupila y penetrante mirada.

En su frente espaciosa y surcada por dos arrugas, adivinábase una gran inteligencia.

En aquellos momentos estaba cadavéricamente pálido, y su mirada era sombría y terrible.

Tal vez en otras circunstancias se hubiera encontrado en su semblante un sello inequívoco de su bondad, una expresión muy marcada de ternura y á la vez de fortaleza de espíritu, y sobre todo de tristeza.

Los que lo conocían habían visto siempre los labios de este hombre entreabiertos como para sonreír; pero su sonrisa, si no era forzada, era por lo menos una de esas sonrisas que no expresaban el contento, que son fecundas, porque no comunican la alegría, sino que por el contrario, más bien entristecen; era una de esas sonrisas que parecen impregnadas de hiel, una sonrisa desconsoladora.

¿Por qué aquella mirada se había tornado sombría, impotente y terriblemente amenazadora?

La luz rojiza de una lámpara que ardía sobre la mesa, iluminaba aquel cuadro, que sin saber por qué, no podía contemplarse sin sentir oprimido el corazón.

El jorobado examinó con tanto afán el exterior de aquel hombre, como había examinado el de la mujer.

Hubiérase dicho que la mirada del joven quería penetrar hasta lo más recóndito del alma de aquellas dos criaturas.

Lo que sintió no lo sabemos; únicamente podemos decir que sus miembros seguían agitándose convulsivamente, y que en medio de la obscuridad relumbraban sus pupilas como dos luciérnagas.

¿Qué relación había entre el jorobado y las dos personas á quienes con tanto riesgo observaba?

¿Qué clase de emociones experimentaba el observador?

La escena era incomprensible; pero

bien pronto los personajes que en ella figuraban nos darán explicaciones.

El hombre de la negra barba cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á pasear á lo largo del aposento.

Su agitación era creciente.

Su pálido rostro se contraía más y más.

La mirada de la encantadora rubia, más angustiosa cada vez, lo siguió con insistencia; pero tampoco entonces pronunció una palabra.

Ella debía sufrir horriblemente, y eran inútiles sus esfuerzos para ocultar lo que sentía.

Transcurrieron diez minutos, que á la joven debieron parecerle diez siglos de la más espantosa agonía.

Al fin, como si ya le fuera imposible dominarse, levantóse, acercóse al hombre, cayó de rodillas, cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó con desgarrador acento:

—¡Jacobó, esposo mío!... ¡En nombre de nuestro amor, por nuestra inocente hija!...

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

Jacobó se detuvo, apretó los puños desesperadamente, y del interior de su agitado pecho se escapó un rugido.

—¡Huye, sálvate!—añadió con el mismo acento de súplica—. Huye... quizá dentro de algunos minutos sea tarde... ¡Por nuestra hija, por nuestra pobre hija!

—¡Qué huya!—dijo él al fin con voz reconcentrada por la ira—. ¡Qué huya como un criminal, que os abandone al furor de nuestros enemigos!... ¡Oh!... ¡Jamás!

—Esposo mío...

—Levántate, Isabel...

—No, no me moveré de aquí...

—Me destrozas el alma.

—Sálvate, Jacobó, sálvate, que nosotros también nos salvaremos.

—¿Qué haréis, á dónde iréis?

—¡Dios mío!—exclamó la infeliz con acento que parecía llevarse tras sí el alma.

El semblante de Jacobó empezó á cambiar de expresión.

Su mirada se fijó en la cuna.

—Sí—dijo Isabel—, dale un beso de despedida... Sonríe como un ángel... Dios nos protegerá...

—¡Pobre hija mía! ¡hija de mi alma!—

murmuró el desdichado padre con voz ahogada.

Y se acercó á la cuna, arrodillóse y contempló á la niña, mientras que de sus ojos se escapaban dos lágrimas.

Isabel se levantó, abrió una ventana, asómose por ella y quedó inmóvil.

Un segundo después exhaló un grito, y volviendo á cerrar, corrió á su esposo y le dijo con acento de terror:

—Ni un instante más, ni un solo instante...

—¿Qué has visto?

—Nada... no lo sé... pero... huye, Jacobó.

—No, no os abandonaré.

—También huiremos, y dentro de algunos días Dios querrá que nos hayamos reunido.

Jacobó hizo un gesto de desesperación. Sostenía en su alma una lucha horrible, desgarradora, mortal.

Decidióse al fin, estampó un beso de inmensa ternura en la frente de su hija y se levantó; mientras que de sus negros ojos y á través de las lágrimas que los humedecían, se escapaban dos llamaradas.

Lo que aquel hombre sufría no puede comprenderse sin conocer su historia, ó más bien ciertos secretos de su vida.

No es esta ocasión de darlos todavía á conocer, y habremos de contentarnos con decir, que su situación no podía ser más horrible.

Acompañado de su esposa, entró en otro aposento.

Era éste á la vez su laboratorio y biblioteca, pues además de los hornillos, retortas, botellas y otros objetos por el estilo, veíase un pequeño armario lleno de libros.

Entre el armario y una de las paredes quedaba un hueco, y en él se había colocado un esqueleto humano, cuyas partes estaban perfectamente unidas por medio de alambres.

Sobre una mesa había en confuso desorden papeles, limas, martillos, trozos de diferentes metales, cajas, redomas y un cráneo.

Jacobó esparció una mirada sobre aquellos objetos, fijándola al fin en la osamenta y murmurando mientras desplega una amarga sonrisa.

—He aquí mi crimen.

—Sí—dijo Isabel—, no puede ser otro, porque en paz nos han dejado, hasta que una mirada indiscreta penetró en este sitio.

Los dos se equivocaban, sino del todo, por lo menos en una parte.

El esqueleto era más que suficiente para que se fijase la atención en Jacobo y se le mirase con desconfianza; pero había otro motivo, que ya conoceremos, que era la causa principal de que se persiguiese al alquimista.

Este pareció profundamente conmovido al tener que abandonar aquel aposento, y de cuanto en él se encerraba despidióse con los ojos y con un penoso suspiro que exhaló.

—¡Dios mío!—exclamó elevando al cielo una mirada—. Solamente vos podéis comprender el sacrificio que hago por mi hija... ¡Protegedme!

Luego tomó una daga y la colocó en su cintura, púsose su capa y su sombrero y abrió los brazos para estrechar en ellos á su esposa.

—Espera—dijo ésta.

Y saliendo, volvió un segundo después con una pequeña bolsa de cuero.

—¿Qué es esto?—preguntó Jacobo, cuya frente se contrajo como antes.

—El dinero de que podemos disponer... Diez ducados...

—Nada necesito.

—Tienes que andar oculto...

—No importa.

—Jacobo...

—¡Oh!—exclamó el esposo, apretando los puños con fuerza convulsiva.

Y luego cogió la bolsa y la arrojó sobre la mesa.

No es posible decir lo que en aquel instante sufrió, ni puede hacerse comprender hasta qué punto la amargura reboaba en su alma.

Aquellos diez escudos era cuanto quedaba á la infeliz madre para el sustento de su hija, quizá en la misma situación en que entonces se encontraba su esposo, es decir, teniendo que huir para no caer en manos de sus verdugos.

Jacobo no pronunció una palabra más; abrazó fuertemente á Isabel y salió, rugiendo como un león herido.

La desgraciada exhaló un grito desgarrador,

se oprimió el pecho y cayó de rodillas.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó.

Afortunadamente el llanto volvió á brotar de sus negros y magníficos ojos.

Pocos momentos después se levantó, corrió á la ventana y se asomó, fijando su mirada afanosa, en un bulto que se veía perfectamente á favor de la claridad de la luna, y que se alejaba con rapidez.

Era Jacobo.

Isabel permaneció en la ventana hasta que su esposo se perdió de vista.

Luego se dirigió al otro aposento, sentándose junto á la cuna de su hija, que seguía sonriendo con una dulzura angelical.

La madre la contempló con toda la ternura de su amor sin igual.

Al cabo de algunos segundos limpió sus ojos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

En cuanto á la suerte de su esposo en aquellos momentos, había quedado tranquila, y en cuanto á ella no abrigaba muchos temores, porque ignoraba una circunstancia que vamos á dar á conocer.

Frente á la vivienda de Jacobo había una casa de un solo cuerpo y de miserable apariencia.

Tenía dos pequeñas ventanas, una de las cuales estaba abierta; pero sin que por ella se viese luz alguna.

Apenas salió el alquimista y dió algunos pasos como si se dirigiera al sitio conocido con el nombre de *Quemadero*, por ser el en que la Inquisición quemaba muertos ó vivos á los sentenciados á esta pena, que no solamente puede llamarse inhumana, sino anticristiana; apenas, repetimos, Jacobo había dado algunos pasos, en el fondo oscuro de la ventana, dibujóse una figura negra y viéronse relumbrar dos ojos como relumbran los de un gato.

El resplandor de la luna no llegaba allí, y sólo podía decirse que había una persona, puesto que el bulto era demasiado grande para que fuese un individuo de la raza felina.

Pocos segundos después, lo que pudiéramos calificar de negro fantasma, murmuró con acento que revelaba una alegría diabólica:

—Se va solo; y supongo que para no

volver. Bien: á enemigo que huye, puente de plata. El aviso ha sido dado con habilidad, y ha producido el mejor resultado. ¡Que diantre! ¿Para qué lo queríamos aquí? Si le devolvía la libertad, nada habíamos conseguido, y si se le dejaba encerrado, no había nada halagüeño que ofrecerle á ella, mientras que así, por su hija, lo hará todo... ¡Oh!...

Los ojos del que así hablaba, relumbraron más que antes.

Tránscurrieron algunos minutos.

—¿Debo permanecer aquí toda la noche? Sí, por que no sabemos lo que ha de suceder; tanto puede él arrepentirse y volverse, como ella irse para buscarlo. Bueno hubiera sido disponer que le siguiesen; pero ya es tarde y... no importa: estorbaré que vuelva, que es cuanto necesito.

El resplandor de la luna empezó á iluminar las negras paredes de la miserable casa, subiendo poco á poco hasta llegar al marco de la ventana.

El negro bulto parecía inmóvil como una estatua.

La claridad de la luna llegó hasta él, permitiendo que se viese parte de su cuerpo y el negro ropaje en que se envolvía.

Entonces más que nunca se le hubiera tomado por un fantasma.

Pocos minutos después, la claridad llegaba á sus hombros.

Ya fuese por esta circunstancia ó por cualquiera, nuestro hombre se separó de la ventana, antes de que se viera su rostro.

¿Quién era?

Por ahora tendrás paciencia, lector, porque no podemos decirte: no sabemos más sino que en aquel sitio y sus alrededores reinó el silencio más absoluto y la quietud más completa.

CAPITULO II

AL OTRO DÍA

Isabel pasó toda la noche rezando y llorando, y sólo cuando empezó á sonreír la aurora, pudo la infeliz conciliar el sueño.

Lució el nuevo día.

Cuando la desdichada esposa despertó,

miró en torno suyo como para convencerse de que nadie había llegado á turbar su reposo; pero ¡cuán triste fué su mirada!

No estaba allí el hombre á quien amaba tanto, y apesar de tener á su lado á su hija, parecióle que se encontraba en un desierto.

Todo lo encontró triste, y hasta la luz del sol no era para sus ojos tan brillante como otros días.

Al dejar el lecho anduvo cuidadosamente, como si el ruido de sus pasos hubiera de infundirle temor.

El llanto volvió á correr por sus mejillas, y penosos suspiros se escaparon de su pecho.

Una y otra vez pronunció el nombre, para ella dulcísimo como ninguno, de su amado esposo.

Luego entró en el laboratorio ó cuarto de estudio y empezó á contemplar todos los objetos de que Jacobo hacía más frecuente uso, estampando en alguno de ellos besos de inmensa ternura, y bañándolos con sus lágrimas.

No le quedaba más que este consuelo, el consuelo ciertamente bien triste de los recuerdos.

—¡Dios mío!—solía decir con voz ahogada por los sollozos—. ¡Qué soledad tan espantosa!

Y sus negros ojos se volvían incesantemente á uno y otro lado, como si aún se empeñara en buscar al objeto de su cariño.

La separación de dos personas que se aman, es doblemente sensible para la que que se queda: la que se va á su pesar distraída por nuevos objetos, sin más recuerdos que los que lleva en su alma, no sufre tanto y se consuela volviendo los ojos hacia el lugar de que se aleja y enviando un suspiro.

Empero, ¡cuán tristísimo es quedar en el sitio donde hemos gozado, donde hemos sido dichosos y ver que desapareció lo que constituía nuestra dicha!

Lo que esto hace sufrir cuando se tiene un corazón sensible, lo que esto hace sufrir cuando se tiene una imaginación ardiente y á la que es imposible contener, ni puede explicarse ni comprenderse sin haberlo experimentado.

La ausencia de las personas queridas deja para el que se queda un vacío es-

pantoso en el alma, ó más bien podría decirse, que el que se queda siente como si el alma se la hubiesen arrebatado.

En la situación de Isabel, todo esto era doblemente desgarrador, porque creía que su esposo estaba perseguido, y cada instante temía que le anunciaran haberse apoderado de él.

Además, ¿á dónde iría Jacobo?

¿A dónde iría sin recursos, sin amigos, sin protección de ninguna especie?

Para vivir tendría que mendigar el sustento.

¡Mendigar un hombre dotado de un alma como la de Jacobo, de un corazón como el suyo!

Cuando esto pensaba Isabel, exclamaba con acento de mortal angustia:

—¡Ah!... Es más desgraciado que yo, mucho más desgraciado, y más que yo debe sufrir.

El que ama con la intensidad que Isabel, cree que el objeto de su amor es el que más sufre, con lo cual aumenta sus propios sufrimientos.

La desdichada estaba como aturdida.

Parecíale un sueño cuanto había pasado, y había momentos que dudaba de que fuese realidad.

Cuando aquel aturdimiento pasase, su tormento debía ser mucho mayor.

¿Podría soportar sus dolores?

Aunque lentamente, hay dolores que matan.

Si Isabel no hubiera sido madre, habría sucumbido.

Pero hacía sobrehumanos esfuerzos para no dejarse vencer por el dolor, porque necesitaba vivir para su hija.

¡Pobre niña!

¿Qué sería de ella en el mundo si le faltaba su madre?

—Sí, sí—decía ésta con acento de febril exaltación y contemplando á la tierna criatura—. Viviré á pesar de todo; viviré para ti, hija de mis entrañas; viviré aunque mi existencia fuese el más cruel de los tormentos; viviré para rogar á Dios que te haga dichosa, y Dios me escuchará, porque los ruegos de una madre son siempre escuchados por el Omnipotente.

Y como si la inocente niña hubiese querido pagar tanto cariño, abrió los ojos, desplegó una dulce sonrisa y extendió ha-

cia su madre sus bracitos, pronunciando algunas cariñosas palabras.

Isabel la cubrió de besos y la estrechó contra su corazón palpitante, haciendo nuevos esfuerzos para contener el llanto.

La niña preguntó por su padre.

—Luego vendrá—respondió Isabel con voz ahogada.

Eran las nueve de la mañana y nadie había llamado aún á la puerta de la que entonces era mansión de tristeza y llanto.

Esto sorprendió á Isabel; creía que la noche anterior ó todo lo más aquella mañana irían á buscar á Jacobo.

¿Había exagerado la persona que les había dado el aviso de que la Inquisición debía apoderarse del alquimista?

Isabel empezó á arrepentirse de haber obligado á huir á su esposo.

Sus vanos temores habían sido tal vez la mayor desgracia.

Aunque ningún peligro hubiese, Jacobo no volvería, porque ignoraba lo que había sucedido después de su partida.

La infeliz esposa se asomó á distintas ventanas, mirando á todos lados.

No vió otra cosa que los transeuntes de siempre.

Indudablemente había exagerado, ó los inquisidores habían cambiado de opinión.

Sin embargo, prudente era prepararse por lo que pudiera suceder; y la desdichada recogió sus ropas y las de su hija, hizo un lío y lo preparó todo para marchar también si intentaban algo contra ella, porque hay que advertir que la Inquisición, cuando no encontraba á un delincuente, solía apoderarse de las personas de la familia de éste para obligarlas á declarar dónde se encontraba el perseguido.

Los medios que para esto empleaba eran los más reprobados, pues muchas veces los inocentes hijos ó la esposa eran horriblemente atormentados, porque se negaban á descubrir el paradero de su padre ó de su esposo ó á declarar en contra de éste.

Si algún nuevo peligro amenazaba, Isabel según creía, debía saberlo como había sabido lo determinado contra su esposo.

No le ocurrió sospechar que el amigo que le había dado tales noticias y que estaba en posición de saber lo que se determinase por el tribunal llamado Santo,

no le ocurrió sospechar, repetimos, que el tal amigo era un instrumento, de sus enemigos.

Cuando todo lo hubo preparado, y mientras la niña jugaba descuidadamente, volvió á una de las ventanas, mirando á lo largo del sendero que á su casa conducía.

Cinco minutos después vió á un hombre de extraña figura.

Sin que ella supiera explicarse el motivo, estremeciése y se sintió poseída de terror.

No era la primera vez que veía al hombre que llegaba; pero ignoraba quién fuese.

Hemos calificado de extraña la figura del nuevo personaje, porque no podía serlo más.

Figuraos un hombre de regular estatura, pero extremadamente flaco, de color amarillento verdoso, de rostro aguileño, larga nariz, delgados labios, menudos dientes, ojos pequeños, redondos, de color verde claro y pupila negra y reluciente; figuraos un hombre así, y tendréis el retrato del que nos ocupa, sin que falte más que decir que sus cabellos eran grises y su rostro imberbe como el de una mujer.

Casi siempre los delgados labios de este personaje se entreabrían para sonreír levemente y con una dulzura sin igual; pero su sonrisa, sin saber por qué, era repulsiva como todo su aspecto.

Su mirada, ardiente y penetrante como una aguja, parecía ir derecha al fondo del alma, y el que la sostenía por algunos instantes, experimentaba un malestar inexplicable, sentía como si una **saeta de hielo** le atravesase el corazón.

Su voz era argentina, y dulce **como la** de un niño; pero en el que **la escuchaba** producía el mismo efecto que el silbido de la serpiente.

Andaba con menudos pasos, á pesar de que sus piernas eran desproporcionadamente largas para su estatura, y parecía que tocaba al suelo, porque no producía ningún ruido al moverse. Su andar era, pues, el andar del zorro cuando se aproxima á su presa.

No puede concebirse nada más feo, nada más repugnante.

Vestía todo de negro, y en vez de capa, envolvíase en un largo balandrán.

Llevaba, un sombrero, negro también, sucio y raído, de escasa y redonda copa y anchísimas alas, algo abarquilladas en ambos costados, y que se movían rozando continuamente sus grandes y salientes orejas.

Sus manos, lo mismo que sus piés, eran extremadamente largas y delgadas.

¿Quién era este hombre?

No tardaremos en saberlo.

¿Por qué su presencia hacía temblar á Isabel?

Ella misma no lo sabía.

Lo había visto tres ó cuatro veces en la iglesia y siempre le había sucedido lo mismo.

Isabel no había podido nunca resistir la mirada ardiente, penetrante, fascinadora, magnética de aquel hombre, y siempre había temblado, siempre había experimentado el mismo terror, ese terror que debe experimentarse al ver á un fantasma.

En la situación en que se encontraba, el miedo de Isabel fué mucho mayor, y exhaló un grito, retirándose precipitadamente de la ventana.

CAPITULO III

QUIÉN ERA EL PERSONAJE EXTRAÑO

El personaje de que acabamos de ocuparnos no era otro que el abate Claudio Florentín, cuya historia, aunque demasiado interesante era más que negra, más que horrible.

De ella hablaremos á su tiempo; por ahora se contentará el lector con saber lo que todo el mundo sabía.

Claudio Florentín era napolitano, y por consiguiente en aquella época podía decir que era español, puesto que Nápoles se contaba entre los españoles dominios.

Pobre y sin protección de ninguna clase, sin más ayuda que la de su inteligencia, su astucia, su incansable actividad y su falta absoluta de escrúpulos cuando trataba de realizar un propósito, llegó á ser en Nápoles un personaje de importancia, puesto que consiguió formar parte del tribunal de la Inquisición y obtuvo la privanza de más de uno de los virreyes que en nombre del rey español gobernaban despóticamente la patria de Masaniello.

Tales servicios prestó á la que entonces

se llamaba la causa de la religión y á la causa real, tales pruebas dió de lealtad y de rara inteligencia, que le ofrecieron empleos de mucha importancia.

Empero el abate, aparentando una humildad y un desinterés que estaba muy lejos de sentir, no quiso aceptar nada, asegurando que desconocía la ambición, y que cuanto hacía era para mayor gloria de Dios y bien del rey y de la patria.

Esto le hizo valer mucho más, y el monarca concluyó por mandarle venir á la corte, haciéndole nuevos ofrecimientos.

No descaba otra cosa Florentín.

Siguió mostrando desinterés; pero quedó en Madrid, donde, lo mismo que en Nápoles, entró á formar parte del santo tribunal, señalándose tan singularmente, que bien pronto se le consideró indispensable y se le encomendaron los procesos de más importancia.

Florentín llegó, pues, en menos de un año á ser el alma del supremo tribunal de la Inquisición.

Sus opiniones eran escuchadas con respeto y tenían para todos tanta fuerza, que rara vez había quien acertara á contradecirlas.

El astuto abate tenía el don del raciocinio; su lógica iba derecha á las entrañas, y ni una sola vez dejó de llevar el convencimiento, aun de lo más absurdo, á todas las inteligencias.

Cuatro años hacía que se encontraba en Madrid y aunque continuaba siendo pobre, ó por lo menos viviendo pobremente, no había abandonado sus planes ambiciosos.

Se había propuesto un fin y no retrocedía, ni siquiera se detenía, sino que adelantaba constantemente, aunque con lentitud, como todo hombre prudente y astuto.

Claudio profesaba el principio saludable de que vale mucho más llegar tarde á un sitio, que caer en el camino por ir de prisa y no llegar jamás.

Por eso avanzaba paso á paso, como el gato avanza cuando se acerca al ratón; como avanza el tigre cuando va á caer sobre la gacela.

De este modo estaba seguro de llegar más ó menos tarde al punto deseado.

El tiempo no le importaba con tal de que llegase, y le importaba mucho menos

porque aún era joven, puesto que cuando lo damos á conocer no tenía más que cuarenta años, si bien aparentaba tres ó cuatro más. Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone.

El abate no había contado con ciertos azares de la vida, que suelen echar por tierra los más firmes propósitos.

Adelantaba con lentitud para no caer, y así estaba seguro de adelantar siempre; pero no había contado que era posible que se le presentase algún obstáculo insuperable, que alguna vez sus piernas se negasen á moverse.

El obstáculo, el inconveniente lo llevaba en sí mismo, en su naturaleza, es decir, en las violentas pasiones hijas de su organización.

No era un demonio quien debía detenerlo en su marcha triunfal; era un ángel, ó poco menos que un ángel, puesto que era la esposa de Jacobo.

La casualidad puso á Isabel delante del abate.

Este sintió lo que muchas veces hacía él sentir á los demás, es decir, la belleza de Isabel lo trastornó, lo fascinó hasta el punto que Claudio, cuando se trataba de ella, dejaba de ser lo que siempre había sido, era un hombre como los demás.

Debe suponerse desde luego que Florentín no amaría con ese amor delicado y sublime de las almas grandes y nobles, porque la suya era demasiado ruin.

Pero Florentín era una criatura de carne y hueso, y la pícara carne fué en aquella ocasión su mayor enemigo.

Su pasión devoradora era una pasión material, permítasenos la frase, era la excitación violenta de la materia, el trastorno de la organización.

Pero quizá por lo mismo se sentía más dominado, sufría más.

Estas pasiones concluyen como concluye la sed cuando se ha bebido, pero en cambio, antes de verse satisfechas, son atormentadoras como la sed misma bajo los ardientes rayos del sol de estío.

Fácilmente averiguó Claudio quién era el demonio que con formas de querubín se había levantado en su camino; quién era aquella mujer con cabellera de oro y ojos negros como la noche, y que para él representaba la fatalidad negra, como

aquellos mismos ojos que lo habían trastornado.

El abate contaba con una policía mucho más organizada y más fiel que la mejor de nuestros tiempos, porque la policía de la Inquisición se encontraba en todas partes, lo mismo en las calles que en los templos ó en el seno de las familias; pues muchas veces, los hijos y los hermanos, las esposas y los sirvientes se convertían en espías desinteresados y entusiastas. En aquella época de tinieblas espantosas, no solamente las palabras llevaban á un hombre á las hogueras de la Inquisición, si no los pensamientos, porque hasta los pensamientos se averiguaban.

Con tales medios se comprenderá que en pocos días pudo el abate Florentín conocer perfectamente á la desgraciada familia que nos ocupa; pero por lo mismo que la virtud de Isabel era un gran inconveniente, un imposible que se levantaba ante los criminales deseos de Claudio, su fatal pasión se encendió más y más, devorándolo y atormentándolo incesantemente.

Tuvo, sin embargo, bastante fuerza para dominarse y disimular, y aun en medio de su trastorno consiguió trazar un plan diabólico para realizar sus deseos.

Florentín empezó á trabajar con cuanto lentitud le era posible en su estado, porque hay que tener en cuenta que sus vehementes deseos no le permitían aguardar como lo hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

Una pasión, cuando es demasiado intensa, ahoga las demás, ó por lo menos las amortigua ó las templa.

Así sucedió al abate: su amor, si es que amor puede llamarse á lo que sentía, le hizo olvidar por entonces sus miras ambiciosas, porque su pasión era uno de esos sentimientos que lo absorben todo.

Sin embargo, tranquilizándose pensando que todo aquello no era cuestión más que de algunos días, y que luego; sin dejar de entregarse á las delicias con que soñaba, proseguiría sus planes para realizar su ambición.

Lo primero que hizo Claudio fué alquilar la casita de que hablamos anteriormente y desde donde podía observar á todas horas la vivienda del alquimista.

Su negra figura fué, pues, la que se dibujó dentro del marco de la ventana cuando huyó Jacobo.

Allí había permanecido el abate hasta el amanecer, y viendo que ninguna otra novedad ocurría, se fué antes de que pudiera ser visto por los vecinos madrugadores del barrio.

Supuso la verdad creyendo que Isabel habría pasado la noche en vela, que se habría dormido al rayar el día y que no se levantaría temprano.

Había resuelto Florentín obrar desde aquel día enérgicamente, dar el primer paso decisivo, y aun decidir si le era posible.

Hasta entonces se había concretado á mirar á Isabel las pocas veces que ésta salía de su casa los días de trabajo, y los de fiesta colocándose Claudio en un oscuro rincón de la iglesia de San Martín, y desde allí fijaba en Isabel una mirada ardiente y devoradora.

Entonces brillaban los ojos de Florentín como los de un tigre.

La primera vez que esto sucedió, Isabel había experimentado un malestar inexplicable, á pesar de que no había visto á Claudio.

El pensamiento de la infeliz, contra su voluntad, apartóse de Dios, y á no hacer un supremo esfuerzo, hubiera tenido que salir de la Iglesia antes de que se terminase la misa.

Empero Isabel era una de esas almas donde la fe todo lo domina, y consiguió, á pesar de su trastorno, seguir rezando, no con los labios, sino con el sentimiento, con el corazón.

Cuando Isabel se dispuso á salir de la Iglesia, sintió que sus rodillas le flaqueaban.

Era imposible que ella se hubiera explicado la causa de su trastorno.

Cuando llegó junto á la pila del agua bendita, vió una figura negra y extraña.

Era el abate, que se había colocado allí que con sus manos cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía orar fervorosamente.

Como si terminara su rezo en aquel instante, levantó Florentín la cabeza y fijó su mirada en Isabel.

Esta se estremeció: nunca había experimentado una sensación parecida.

Su corazón palpó con violencia, con

tanta violencia como si fuera á romperse; pero á la vez parecía helarse, y hubiera asegurado que un frío glacial corría por sus venas.

Los ojos de Florentín brillaban como dos carbunclos, y hubiérase dicho que de ellos se escapaban dos corrientes de fuego.

Isabel bajó los suyos, esforzóse, tomó agua bendita, hizo la señal de la cruz y salió de la Iglesia.

Entonces pudo respirar libremente.

El calor volvió á sus miembros, y su rostro se inundó de sudor.

Pocos minutos después, ella misma se reprochaba por lo que había sucedido, acusándose de cobarde y aprensiva.

A pesar de esto, no podía recordar al abate sin estremecerse, y cuando llegó á su casa, explicó con el cansancio su agitación y su rapidez no atreviéndose á decir á su esposo lo que había sucedido.

¿Por qué con Jacobo era reservada por primera vez en su vida?

Ella misma no lo sabía.

Al domingo siguiente le sucedió lo mismo, y así los demás.

Decidió entonces cambiar de Iglesia y fué á San Ginés.

Pero allí también encontró al que ella llamaba el fantasma negro.

Decidió no ir tampoco á San Ginés, pero no tuvo tiempo de hacer otra prueba, porque antes de que llegara un domingo, tuvo lugar el suceso de que nos hemos ocupado al principio de este libro.

Antes de que Isabel viese desde la ventana al abate, éste vió á Isabel, observando cómo ella se había ocultado presurosamente.

Florentín quedó inmóvil como una estatua.

Sus ojuelos relumbraron y su rostro enrojeció como si fuese á brotar sangre.

Luego se tornó lívido y se desfiguró.

—¡Oh!—murmuró después de algunos momentos—. ¿De cuando acá te turbas, Claudio?... En vano te agitarás, corazón, porque no te reconoceré como mío si intentas representar otro papel que el de entraña indispensable para la vida.

La turbación fué pasajera.

Claudio se dominaba con prodigiosa facilidad, como no se domina ningún hombre.

Bien pronto se le vió sonreír como siempre sonreía.

—Me protege la fortuna—dijo—. Yo tenía miedo á la primera impresión; ésta ha pasado ya y estoy seguro de mis fuerzas. Debe haberme reconocido... Tanto mejor.

Al pronunciar estas palabras se puso otra vez en movimiento, dirigiéndose á la morada de Jacobo.

Antes de llegar se hizo otras reflexiones, de las cuales alguna merece especial mención.

Hé aquí lo que pensaba:

—¿Hay virtud que ante nada, absolutamente ante nada ceda? La virtud no es más que la lucha de los sentimientos nobles contra las pasiones: si la virtud triunfa, es porque sus fuerzas son mayores que las de su enemigo, y por consiguiente, si se dan mayores fuerzas á la pasión, ésta podrá resistir, luchar más tiempo y acabar por vencer. El miedo y la ambición son dos de los mayores enemigos de la virtud, y todo consiste en la fuerza que se le dé. Cuando se trata de vencer con el oro, todo es cuestión de cantidad: la criatura que no se vende por uno, se vende por dos, por ciento ó por mil, y el que no cede ante un peligro, se somete ante otro mayor. Bien puede ser que esta mujer excepcional desprecie la vida; pero es madre, y antes que dejar á su hija huérfana y desamparada, será capaz de todo. Como mujer tendrá valor para resistir; pero como madre, le faltará el valor para todo. Yo no le diré «tu vida ó tu amor,» sino «tu hija ó tu obediencia.»

Esto solo es bastante para dar á conocer á Claudio Florentín.

¿Qué sería de la desdichada Isabel?

¿Qué haría la pobre madre cuando la pusiesen en la espantosa alternativa de olvidar sus deberes ó de dejar á su tierna hija huérfana y abandonada?

CAPITULO IV

LAS PROPOSICIONES DEL ABATE

Quando Isabel se retiró de la ventana, corrió adonde estaba su hija, la tomó en brazos y la besó con una ternura, que podríamos calificar de dolorosa.

Pocos minutos después oyó que daban algunos golpes en la puerta de la casa.

—¡Ah!... exclamó estremeciéndose.

Y luego con acento de temor profundo añadió:

—¡Si fuese él!...

Es imposible decir como pronunció estas palabras.

No tenía motivo alguno para creer que se presentara el hombre misterioso que tanto miedo le infundía.

¿Por qué pues, temía que fuese el abate quien llamaba?

En todo lo que con éste tenía relación, Isabel pensaba y obraba por instinto, en virtud de una fuerza ó más bien de una causa desconocida.

Sin darse cuenta de lo que hacía estrechó fuertemente contra su pecho á su hija.

Su rostro palideció y se contrajo.

Sus ojos brillaron con más intensidad, y contuvo el aliento quedando inmóvil como si se hubiera petrificado.

Repitiéronse los golpes.

Era preciso responder.

—No—murmuró Isabel, intentando tranquilizarse—. No será él, porque ni nos conoce, ni tiene nada que hacer aquí. Mis sospechas son hijas de la misma agitación de mi espíritu: ahora todo me infunde temor... Veamos.

Dejó á la niña y volvió á la ventana, viendo al abate que aguardaba á que le respondiesen.

No pudo Isabel contener un grito.

Sus magníficos ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Florentín la miró sonrió dulcemente, y dijo con su melíflua voz:

—Perdonad, señora...

—¿Qué se os ofrece?—preguntó Isabel esforzándose para poder hablar.

—No sé si vengo equivocado...

—Creo que sí, puesto que no os conozco.

—¿Acaso no vive aquí el señor Jacobo de Tordesillas?

—Sí.

—Entonces, si queréis tomaros la molestia de abrir.

—Mi esposo ha salido y no volverá hasta la noche.

—No importa—repuso el abate, en tanto que su mirada ardiente parecía devorar á la infeliz mujer.

—Os daré un recado para vuestro esposo,

porque se trata de un asunto muy urgente; y luego él hará lo que mejor le parezca.

No había excusas que dar para negarse á abrir.

—Viene solo—pensó Isabel—, y por consiguiente, nada debo temer, sea cual fuere el objeto que lo trae.

Además, no abrir hubiera sido infundir sospechas, dar lugar á que se creyese que algo había que ocultar en aquella casa.

Y por otra parte, ¿qué debía temer ella si era inocente y contaba en cualquier caso con la inmensa fuerza de su virtud?

Decidióse, bajó, abrió, y con voz alterada preguntó á Claudio:

—¿Qué tenéis que decirme?

—Permitidme que entre, porque el asunto no es para tratado en este sitio. Debéis suponer que no soy ningún malhechor, porque así os lo dice mi ropaje y mi aspecto.

Un supremo esfuerzo de voluntad bastóle á Isabel para recobrar toda su energía.

Su rostro, en el que antes no se pintaba más que el terror, tomó una expresión de dignidad impotente y altivez.

Entonces levantó los ojos y pudo sostener la mirada fascinadora del abate, diciéndola con voz más segura:

—Entrad.

Hízolo así Claudio.

Ambos subieron á la habitación donde se había quedado la niña.

A ésta le sucedió lo mismo que á su madre: miró como espantada á Florentín, y fué á refugiarse en el más oscuro rincón del aposento.

—Perdonad—dijo Claudio, sentándose en una de las banquetas.

Isabel hizo lo mismo.

Transcurrieron algunos segundos sin que ninguna de aquellas dos personas pronunciase una palabra.

El abate sonreía siempre, mientras fijaba en su víctima la mirada que el codicioso fija en su tesoro.

Ella sostuvo aquella mirada con una firmeza que nadie hubiera esperado en semejante situación.

¿Sabéis quién soy?—preguntó al fin el abate con su acento dulce italiano y su voz suave como la de una doncella.

—Lo ignoro—respondió Isabel.

—¿No habéis oído nombrar al abate Claudio Florentín?

—¡Ah!...

—Veo que mi nombre no os es desconocido como mi humilde persona.

—No.

—También sabréis que tengo la honra de pertenecer al supremo tribunal del Santo Oficio.

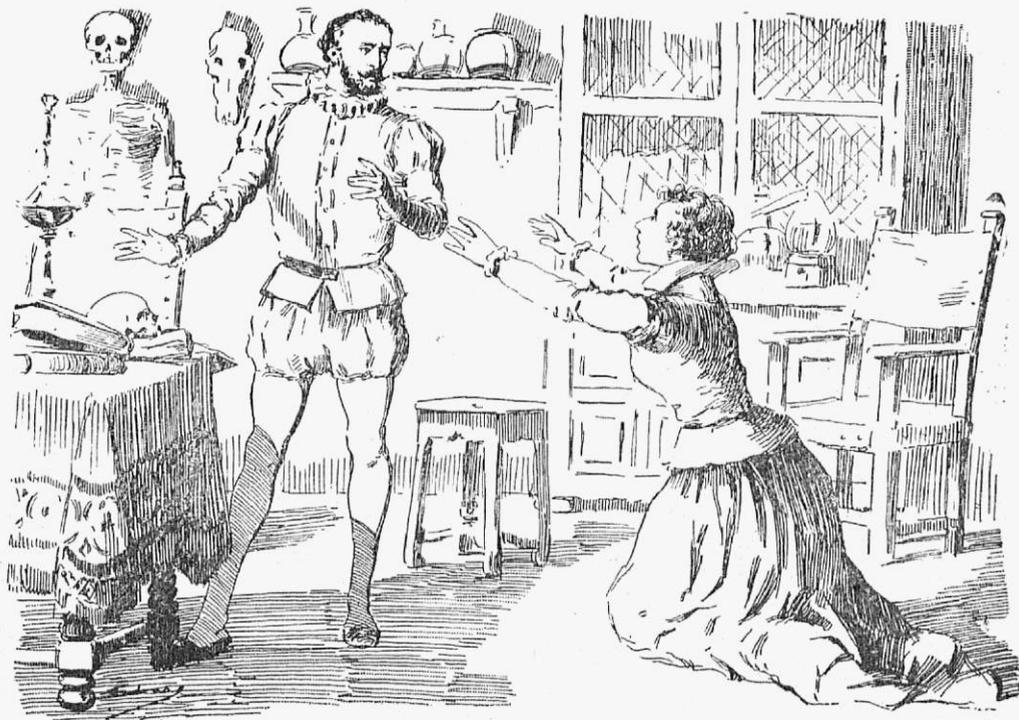
Isabel se estremeció convulsivamente y guardó silencio.

—Y de vuestra hija, puesto que sobre ella pueden caer los resultados.

No os comprendo.

En medio de la calle y en alta voz no había de deciros lo que os digo ahora: además, necesitaba un pretexto para que me dejaseis entrar.

Entonces, hemos concluido—replicó severamente Isabel.



—Huye... quizás dentro de algunos minutos sea tarde. (Pág. 8.)

—Puesto que nada de esto ignoráis—añadió Florentín—, me alegro, porque me evitaré muchas explicaciones.

—Desearía que vos concretaseis al asunto que os ha traído.

—Lo haré, porque soy enemigo de palabras innecesarias; pero es forzoso que conozcáis los antecedentes, que sepáis á que ateneros, porque así decidiréis con pleno conocimiento de causa.

Isabel miró con sorpresa á su interlocutor.

—¡Qué decidiré!... ¿Acaso se trata de algún asunto mío? ¿No habéis entrado con el fin de darme un recado para mi esposo? Hablad, os escucharé y repetiré cuanto me digáis; pero nada más.

El asunto es vuestro, solamente vuestro,

—¡Mío!...

—Aún no hemos empezado.

—No adivino de que queréis hablarme; pero sea de lo que fuere...

—¿No me escucharéis?

—No.

—¿Olvidáis quién soy?

—¿Me amenazáis?

—No os amenazo, sino que os recuerdo que debéis ser prudente, porque cualquiera desgracia que os aconteciera, sería la pérdida de vuestra inocente hija.

—Acabad, acabad—replicó la infeliz madre, que para no perder el valor y aparentar alguna calma, tenía que hacer inauditos esfuerzos.

—¿Qué he de deciros para vuestro esposo?—repuso Claudio con una tranquilidad espantosa—. ¿Qué he de deciros, cuando sé que anoche dejó esta casa y no volverá?

—¡Dios mío!...

—Tranquilizaos, que ningún peligro corre el señor Jacobo. Se le vió salir y se le dejó ir á pesar de que sobre él pesa una acusación terrible.

—¡Mi esposo acusado!... ¿De qué?

—Os lo diré luego y os convenceréis de que, si vuestro esposo no ha cometido delito alguno, por lo menos todas las apariencias lo condenan.

—Algún error, alguna mala voluntad...

—Todo puede ser; pero en estos asuntos no hay que mirar precisamente la justicia de la causa, sino los efectos, porque es lo que importa. El señor Jacobo podrá ser inocente; pero yo que nunca he mentido, os aseguro que hay motivo sobrado para llevarlo á la hoguera, y que vos, como cómplice, no tendríais mejor suerte.

—¡Oh!—exclamó Isabel volviendo á recobrar toda su energía—. Lo que decís es imposible.

—Es verdad.

—Entonces la justicia de los hombres...

—No he venido á discurrir sobre la justicia, ni esto nos importa tampoco. Vos, lo mismo que yo, tenéis que aceptar el mundo tal como es, porque no podéis hacer otra cosa, y lo que hemos de ver es lo que ha de hacerse dentro de esa misma situación. De vuestro esposo, repito, hablaremos después; ahora ocupémonos de vos, solamente de vos.

¿Qué se proponía el abate?

Era imposible que Isabel lo sospechara.

¿Se presentaba allí como inquisidor?

Como si Florentín adivinase estas dudas dijo:

—Vengo como hombre, solamente como hombre, y no seré otra cosa, si á ello no me obligáis.

El rostro de la desdichada esposa se cubrió de mortal palidez.

Una sospecha horrible brotó en su mente.

Pero por lo mismo que era demasiado horrible, se esforzó para desecharla.

Su primer impulso fué levantarse y mandar salir á Claudio.

Empero hacer esto con el abate Florentín, era lo mismo que sentenciarse á morir.

¡Cuánto sufrió la infeliz en aquellos momentos.

Instintivamente volvió la cabeza y miró

á su hija, que permanecía inmóvil en el rincón en que se había colocado.

La pobre niña no se atrevía á moverse.

Cuando no se ha desarrollado la inteligencia, hay un gran instinto, y éste hacía que la inocente criatura mirase con horror al abate.

Algunos segundos pasaron sin que Florentín pronunciase una palabra.

También su rostro empezó á cambiar de expresión.

—Señora—dijo al fin—, las cosas hay que aceptarlas como son y no empeñar-nos en buscarlas como debieran ser. Yo soy el primero que condena las debilidades humanas; pero no por eso dejo de estar sujeto á ellas como todo mortal, y el mismo crimen que hoy castigo en otro, puedo cometerlo mañana, porque me sea imposible triunfar de una pasión cualquiera; por consiguiente, no intentéis hacerme ver que mi proceder es criminal, porque yo soy el primero en reconocerlo, y contra mi voluntad obro así, porque hay fuerzas mayores que la muy grande de la voluntad, lo cual á mí me parecía imposible hace algunos meses. ¿Puedo ser más franco ni más leal? Ya que no otra cosa, habréis de reconocer en mí la virtud de esta franqueza, que virtud es, porque me cuesta el sacrificio que cuesta siempre reconocer las propias debilidades.

Este exordio no podía ser más extraño ni más propio del abate, y si no virtud, como él decía, era justo reconocerle originalidad.

Isabel empezaba á aturdirse, lo cual era natural que sucediese en su situación y oyendo lo que ella oía.

—Soy abate—añadió Florentín—; estoy en el camino de la vida religiosa: pero al emprender por esta senda, al proponerme practicar todas las virtudes, no pude despojarme de las condiciones naturales de criatura, ó lo que es lo mismo, no pude pasar de mi buen propósito, que he procurado realizar, conteniendo, ahogando mis pasiones, hasta que una de éstas se ha levantado con tales bríos, que todo freno es inútil, toda fuerza es poca.

La palidez de Isabel se hizo más densa.

Entreabrió los labios para replicar; pero le fué imposible articular una sílaba.

Las mejillas del abate volvieron á enrojecer.

Su rostro empezó á contraerse y á desfigurarse, y sus negras pupilas relumbraron con el intenso fuego de su repugnante pasión, fijando en Isabel una mirada profunda, devoradora, irresistible.

La desdichada no pudo contener un grito.

—¿Me habéis comprendido?—preguntó el abate con voz que repentinamente se hizo ronca y destemplada.

Y mientras seguía mirando á Isabel, su pecho se levantaba, impulsado por una respiración violenta y desigual.

—¿Me habéis comprendido?—repitió después de algunos instantes—. ¡Ah!... Si para ser dueño de su belleza me pidiera Satanás el alma...

—¡Callad, callad!—gritó Isabel, ocultando el rostro entre las manos.

—El alma y el cuerpo, sí, todo por vos... ¡Oh!... Si queréis que sea vuestro esclavo, lo seré: pronunciad una palabra y me veréis á vuestros piés... De todo soy capaz por vuestro amor, de todo, hasta de la virtud que nunca he comprendido; de todo, hasta de la ternura, que antes de conoceros era un imposible para mi corazón de pedernal; de todo... ¡Oh!...

—Callad... Idos...

—Pero no me rechacéis, porque también soy capaz de convertirme en vuestro verdugo; no me rechacéis, porque todo, absolutamente todo lo más cruel lo más espantoso y lo más horrible me parecería poco para satisfacer mi ardiente sed de venganza... Si ambicionáis riquezas, las tendréis, porque me sobra el oro, aunque parezco pobre; si queréis...

—Basta...

Florentín, cuyos encendidos ojos parecía que iban á saltar de sus órbitas, levantóse, dió un paso hacia Isabel y extendió los brazos para cogerle una de las manos.

Pero ella, horrorizada, púsose también en pie, retrocedió y dijo con el acento de la resolución más firme:

—Deteneos, porque yo misma sería incapaz de matarme para evitar que me tocáis.

Claudio cayó de rodillas, cruzó las manos con suplicante ademán, y en el colmo de su extravío exclamó:

—¡Por piedad! ¡Si supierais lo que sufro, si pudierais comprender cómo sien-

to el corazón abrasado y destrozado!... ¡Por piedad, por piedad!...

Isabel lo miró con el desdén más profundo.

Nunca había estado tan hermosa como entonces; pero nunca tan imponente.

—¡Cuánta miseria y ruindad!—murmuró.

Claudio que en aquellos momentos puede decirse que había perdido el juicio, se arrastró por el suelo mientras seguía suplicando, y se retorció los brazos con desesperación.

No hubiera podido mirársele sin sentir á la vez el miedo y la repugnancia.

Tan horrible estaba su rostro en aquellos momentos, que nada hubiera podido compararse, que no encontramos palabras para pintarlo.

Así pasaron algunos minutos.

—Que os suplico yo—dijo al fin el abate—, yo, á quien tantos y tan grandes han suplicado, yo, ante quien tantos y tan poderosos se arrodillan...

—Salid—gritó Isabel—; salid, ó pediré socorro hasta que acudan los vecinos y os encuentren á mis piés; salid, porque lo mismo adelantaréis con súplicas que con amenazas; ya os he dicho que antes de satisfacer vuestros criminales deseos, yo misma pondría fin á mi existencia.

El abate rugió como un tigre.

Levantóse jadeante y con los labios cubiertos de blanca espuma.

—¡Oh!—exclamó con acento de rabiosa ira—, mirad lo que hacéis...

—Salid.

—Que sois madre...

—¡Ah!...

—Decidís la suerte de vuestra hija...

—¡Miserable!...

—No la condenáis á una orfandad la más triste, á una miseria espantosa, sino á mucho más que eso, porque yo me haré dueño de ella, yo la guardaré, y...

—Callad...

—Haré todo lo que es imaginable para perder hasta su alma.

—No... no—dijo la infeliz madre yendo adonde estaba su hija, tomándola en brazos y estrechándola contra su corazón.

—Pensadlo bien de aquí á la noche, y entre tanto no intentéis huir, porque estáis vigilada y no podréis dar un solo paso sin que se apoderen de vos y de vuestra hija.

—¡Dios mío, socorredme!...

—Pensadlo bien. Esta noche volveré, no á suplicaros, sino á exigir, y vos decidiréis del porvenir de vuestra hija.

No pronunció Florentín una palabra más. Salió del aposento y se detuvo en la escalera algunos segundos, con el fin de sosegar-se lo suficiente para poder dar á su rostro la expresión que siempre tenía.

Isabel, sin fuerza para sostenerse, se dejó caer en una banqueta, mientras la niña la abrazaba y lloraba.

¿Podrían salvarse?

CAPITULO V

LA SORPRESA

Durante todo aquel día pudo observar Isabel que su casa estaba vigilada por dos ó tres hombres, cuyo aspecto no era nada equívoco.

Cerró la noche, y sin embargo nadie se presentó.

Transcurrieron una, dos y aun tres horas. Brilló la luna.

Isabel se asomó á una de las ventanas y miró á todos lados.

Los vigilantes habían desaparecido.

—¿Habrá desistido de su criminal propósito? De todos modos creo que debo huir y ocultarme. Aprovecharé esta ocasión.

Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando oyó que llamaban á la puerta.

La infeliz tembló.

—¿Qué debo hacer?

De nada le serviría no abrir, porque le echarían la puerta abajo, lo cual daría á su conducta un carácter de resistencia que agravaría su situación.

Asomóse otra vez á la ventana.

El blanco resplendor de la luna iluminaba la negra figura del abate.

Cerca de éste había cinco ó seis hombres, y algo más allá una silla de manos.

Lo que esto significa no era dudoso.

Isabel, poseída de terror, fué al laboratorio, abriendo la ventana de éste y mirando junto á las tapias del corral.

Entre tanto llamaron otra vez.

Por aquí no hay nadie—murmuró ella—. Mientras llaman y se convencen de que

no quiero abrir, me será muy fácil salir por esta puerta.

Para convencerse de que no se equivocaba, examinó cuidadosamente aquella parte, lo cual le hizo perder algún tiempo.

Seguían llamando cada vez con más fuerza.

—¡Dios mío, protegedme!—exclamó Isabel.

Y saliendo del laboratorio sin cuidarse de cerrar la ventana, ni la puerta, fué al aposento donde estaba su hija, tomó la bolsa que contenía los diez ducados; la guardó y luego se dispuso á coger el lío de su ropa y que, según ya digimos, tenía preparado.

Pero antes de que lo hiciese así, ni mucho menos tuviese tiempo de vestir á su hija, que dormía tranquilamente, oyóse un crujido y pocos segundos después apareció el abate.

No hay que decir que la puerta había sido forzada por los esbirros que acompañaban á Florentín, lo cual hicieron en uso del derecho que tenían de entrar en todas partes, bien á bien ó mal á mal.

Isabel quedó como petrificada y fijó en Claudio una mirada de terror y de odio profundo.

—No me equivoqué—dijo Florentín con voz dulce y tranquilo acento.

Y después de desplegar una burlona sonrisa, añadió:

—Habéis visto que no estaba guardada la puerta del corral y pensasteis huir mientras llamábamos; pero debió haberseos ocurrido que si no mandé vigilar por aquella parte, era porque no pensaba daros tiempo para huir. Creo que os habéis asomado á la ventana; debéis haber visto que vengo preparado, y por consiguiente excuso deciros que es forzoso decidirse en este momento.

Isabel no pudo articular una sílaba, no pudo hacer más que acercarse á la cuna donde su hija dormía, como si quisiese defenderla.

—¿Habéis reflexionado?—preguntó el abate después de algunos momentos.

—¡Oh!...

—No os molestéis en entrar en razonamientos inútiles, no os toméis el trabajo de suplicarme, porque vuestras súplicas, las escucharé lo mismo que vos habéis escuchado las mías: decidme solamente sí ó no.

En el primer caso, podéis considerar absoluto á vuestro esposo y asegurado el porvenir de vuestra hija; pero en el segundo, preparaos á seguirme si no queréis que con una mordaza y á la fuerza se os saque de aquí.

—Matadme—replicó Isabel resueltamente—. Matadme; pero...

—Entiendo—interrumpió el abate con una calma espantosa—: sin duda no estáis convencida de que soy capaz de todo, según os dije esta mañana. Vais á tener la prueba.

En el rostro pálido y contraído de Isabel se revelaba la horrible agitación de su espíritu.

La lucha que sostenía era espantosa.

Sin embargo, no se debilitaba la fuerza de su virtud.

—Si es preciso—replicó—sacrificar á mi hija, la sacrificaré. En último caso, ¿qué me importa nada de este mundo? Después de vuestras iniquidades, vendrá la justicia divina.

—Que se trata de vuestra hija...

—Ya os he dicho que estoy resuelta á sacrificarla, porque mis deberes son antes que todo.

La frente de Florentín se contrajo.

No esperaba tanta firmeza, y empezó á temer que á pesar de todos sus abusos, á pesar de los grandes medios con que contaba, no le sería posible satisfacer sus deseos.

Transcurrieron algunos segundos de silencio y de mortal angustia, de una angustia inconcebible para Isabel.

Al fin ésta, con febril energía, dijo:

—¿Qué determináis?

—No soy yo, sino vos, la que habéis de determinar.

—Ya conocéis mi resolución.

—¿Habéis pensado?...

—Basta de observaciones.

—Señora...

—Estoy dispuesta á seguirlos.

No era esto lo que esperaba el abate, y la sorpresa se pintó en su rostro.

Bien hubiera querido entrar en explicaciones, para hacer que su víctima comprendiese lo que la esperaba; pero no pudo, porque hubiera perdido toda su fuerza moral, después que él mismo había dicho que no admitía observaciones.

El miserable reflexionó, y como no com-



—He aquí mi crimen: (Pág: 8:)

prendía la heroicidad de la virtud, dijo para sí:

—Creo que se arrepentirá, en cuyo caso no habremos perdido más que algunos días.

Luego, dirigiéndose á Isabel, añadió:

—Puesto que lo queréis, sea.

—Voy á vestir á mi hija...

—No la despertéis.

CAPITULO VI

LO QUE HIZO SIMÓN

—Es preciso.

—No puesto que ha de quedarse aquí

—¿Intentáis separarme de ella?

—Ya os lo dije esta mañana.

—¡Oh!—exclamó arrebatadamente la infeliz madre—. Para separarme de mi hija no basta todo vuestro poder. Me mataréis; sí, me mataréis; pero exhalaré el último suspiro, estrechando contra mi pecho á la hija de mis entrañas.

—No es menester mataros: basta con que un par de hombres robustos se apoderen de vos, os sujeten, os pongan una mordaza...

—Habrán de matarme, habrán de matarme.

—¿No cambiáis de resolución?

—Estoy decidida á morir—repuso Isabel con el acento de una loca—. Decidida á morir, y... ¡ahogará á mi hija entre mis brazos!... No, no tendréis más que dos cadáveres, y entonces...

—Os compadezco.

—Venid si os atrevéis...

—Habéis perdido la razón.

—No importa, si mi locura ha de salvar mi pureza; no importa, si mi falta de juicio ha de darme valor.

—¿De qué os serviría el valor sin la fuerza?

—Llamad á vuestros verdugos y lo veréis... ¡Oh!... No sabéis lo que es una madre, lo que una madre puede... Llamadlos, miserable, llamadlos...

—¿Me provocáis?

—Sí.

—¡Desdichada!—gritó fuera de sí el abate.

—Llamad á vuestros verdugos y veréis si pueden separarme de mi hija... ¿A qué esperáis? ¿Acaso tenéis miedo?

Y al decir esto, Isabel cogió á su hija y fijó en Florentín una mirada que éste no pudo sostener.

La niña despertó y empezó á llorar mientras gritaba:

—Que se vaya ese hombre.

Claudio convencido de que nada conseguiría, dió un paso hacia la puerta.

Empero en aquel instante, por la que comunicaba con el laboratorio, salió un hombre, que se arrojó sobre el abate, asiéndolo por la garganta, mientras le decía con reconcentrada voz:

—¡Quieto!

El hombre que apareció en tan críticos momentos no era otro que el gigante á quien, según vimos fué á buscar el pobre jorobado.

—¿Cómo había entrado allí tan oportunamente?

Preciso es que retrocedamos para que esto se comprenda.

Antes de que llegara el abate y sus esbirros, Simón se había presentado en los alrededores de la vivienda del alquimista, examinándola cuidadosamente y ocultándose luego entre unos matorrales, desde donde podía ver sin ser visto.

Allí esperó sin moverse, y como hombre que está acostumbrado á espiar, pudo por consiguiente observar como llegaron los otros y forzaron la puerta para que Claudio entrase en la casa.

—Me parece—murmuró Simón—que el señor abate no da en esta ocasión pruebas de su astucia y de ser un hombre prevenido; pero no es extraño porque cuando la cabeza se trastorna por una mujer, el más listo no sabe hacer nada á derechas. Dejan libre la puerta del corral, lo cual es de poca importancia para mí; pero de mucha para ella.

Al decir esto salió de su escondite, donde dejó la capa y la espada que debían estorbarle, y se acercó á la tapia, que sobre estar medio derruida en algunos puntos, presentaba algunos huecos, donde podían apoyarse las manos y los piés para subir.

Para un hombre como Simón, la empresa era demasiado fácil, mucho más fácil de lo que le fué al jorobado.

—Manos á la obra—dijo.

Y después de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie le observaba, buscó el sitio más á propósito para su objeto, y en pocos segundos se encontró sobre la tapia.

Lo mismo que había hecho el huérfano la noche anterior, hizo él, es decir, buscó la cornisa ó faja saliente del muro, puso en ella sus piés, y buscando asideros, ya en las grietas, ya en las ventanas, llegó á la del laboratorio, encontrándola abierta según la había dejado Isabel.

—He aquí—murmuró el gigante—lo que no me había ocurrido pensar: si conforme por un descuido han dejado abierta esta ventana, si la hubiesen cerrado, ¿qué haría yo ahora sin herramientas para abrirla? Hace poco me burlé de la torpeza del abate, y yo he cometido otra. Pero, en fin, la casualidad me protege y nada se ha perdido.

Simón se puso de un salto en el interior del laboratorio y colocó la diestra en la daga por lo que pudiera ocurrir.

El resplandor de la luna iluminaba la mayor parte de aquel aposento.

El gigante lo examinó, fijando por último su mirada en el esqueleto, y diciendo para sí, mientras sonreía:

—Buen personaje me recibe... ¡Por Satanás, que es raro capricho tener aquí á este mozo, tan desnudo de carne como de ropa!

Y luego, acercándose á la osamenta,, añadió con acento burlón:

—Con vuestro permiso, caballero.

Acercóse á la puerta, detúvose y escuchó.

Todo lo que Claudio é Isabel decían, lo oyó Simón perfectamente.

—Veamos—pensó—, en qué para todo esto, porque si no es necesario, me volveré por donde he venido, según lo dispuesto por el pobre jorobeta, á quien, mal que me pese, tengo que obedecer.

Efectivamente, Simón permaneció inmóvil, escuchando y aun viendo por una rendija de la puerta, y cuando llegó el momento crítico, abrió y se lanzó en el aposento inmediato.

Claudio quiso gritar y huir; pero no se lo permitieron, ni su terror ni las duras manos del gigante.

La que si exhaló un grito, no de miedo, sino de sorpresa, fué Isabel, que también quedó inmóvil como una estatua.

La niña, no sabemos por qué, dejó de gritar y se asió fuertemente al cuello de su madre.

Transcurrieron algunos segundos.

El rostro de Florentín se puso amorado, y sus ojos, inyectándose en sangre, se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

No le faltó mucho para desfallecer, puesto que, como se presumirá, era tan cobarde como mal intencionado.

En su angustiosa situación, sin poder hablar ni moverse, quiso volver la cabeza para mirar al que lo sujetaba.

Pero Simón tuvo buen cuidado de estorbar que lo hiciese así, porque no le convenía ser conocido por el abate.

—¿Quién sois?—preguntó al fin Isabel, acercándose al que tan inesperadamente la socorría.

—Decíroslo —respondió Simón—, sería lo mismo que perderme, y en último caso nada os importa mi nombre; aprovechad la ocasión...

—¡Ah!... No lo matéis, no lo matéis...

—Descuidad, señora,, que como no se muera del susto, no lo mataré.

—¡Dios mío!

—No perdáis el tiempo... la puerta del corral la tenéis libre... huid... no os detenáis porque si la canalla que aguarda á este sacristán se apercibe de lo que sucede, ni vos ni yo podremos salvarnos.

—¡Que me vaya y os deje!...

—Sí.

—¿Qué haréis vos?

—Descuidad.

—¿Pero quién os envía, por qué me socorréis?

—Que nos perdemos, señora.

Comprendió Isabel que las observaciones eran inútiles, y que aquel hombre que aparentaba tanta tranquilidad y parecía estar dotado de tanto valor, no había penetrado allí sin mirar antes cómo había de salir.

La infeliz se dispuso á dejar el aposento, pero Simón la detuvo, diciéndole:

—Un instante, señora.

—¿Qué queréis?

—Abrid esa ventana y dejad la luz en otra habitación, donde hay un esqueleto. Isabel obedeció.

—¿Qué más queréis?

—Nada: idos ya, y que Dios os dé buena fortuna.

Oyéronse los pasos de Isabel, que salió sin perder un instante.

Claudio exhaló un gemido.

—Os encontraréis mal, lo supongo—le dijo Simón—; pero es preciso evitar que gritéis. Ahora estamos á oscuras, os permitiré volver la cabeza si es que tenéis capricho de hacerlo así.

Florentín se estremeció convulsivamente; estaba medio ahogado.

Simón soltó una carcajada burlona.

—¿Qué haríais—dijo—, si me pudiérais encerrar en los calabozos de la Inquisición? No os contentaríais con menos que hacer que poco á poco me fuesen arrancando el pellejo y la carne, hasta dejarme como el mozo que me ha recibido cuando entré; pero yo no soy tan cruel, y voy á daros una prueba de que tengo buen corazón. ¡Voto á Satanás!... Sin más trabajo que dar un apretón, os quedaríais tieso y acabaríais de atormentar inocentes; pero no lo haré, aunque el deseo me sobra, porque tengo que obedecer á quien me manda... Venid.

Y esto diciendo, arrastró al abate hasta la ventana, y mientras que con una mano seguía sujetándolo por la garganta, con la otra lo cogió por debajo de un brazo y lo levantó con la misma facilidad que se levanta una pluma.

Florentín agitó las piernas, haciendo inauditos esfuerzos para desasirse; pero no consiguió más que lastimarse.

—Parecéis una araña—le dijo el gigante volviendo á reír burlonamente—. Así pataleaba yo cuando mi madre, después de haberme zurrado, quería llevarme á la escuela.

Claudio exhaló nuevos gemidos.

Simón lo sacó por la ventana, y mientras lo tenía suspendido, gritó:

—¡Ahí va!

Y el cuerpo del pobre abate cayó sobre uno de los esbirros, y éste y aquel rodaron por el suelo, exhalando gritos y ayes, con sorpresa y asombro de los demás.

La escena que siguió es indescriptible; y tuvo más de cómica que de grave.

Como la luna seguía resplandeciendo, pudo verse con todos sus detalles aquel cuadro.

Los esbirros que quedaron en pie retrocedieron mientras sacaban la espada.

Los que habían caído se revolvieron entre el polvo, pidiendo auxilio con lastimera voz.

Al fin lograron levantarse en el estado en que puede comprenderse.

Estaban magullados, y sentían tan intensos dolores como si les hubieran roto los huesos.

Además, la conmoción producida por el ferror los habían puesto en tal estado,

que apenas acertaban á darse cuenta de lo que les sucedía.

Era imposible que explicasen aquello los que estaban en la calle.

Libre de las manos de Simón, y no habiendo perdido la vida al caer, Florentín dejó de tener miedo y se entregó por completo á los transportes de su rabiosa ira.

¡Isabel se le había escapado!

Esto no tenía remedio por entonces, y por consiguiente solo debía pensar en apoderarse de aquel hombre que se había presentado tan inesperadamente, y que lo había maltratado tan sin respeto ni consideración.

—¿Quién es?—murmuró Claudio con voz entrecortada—. Ella no lo conoce... ¡Oh!

Y dirigiéndose á los esbirros, que aún se miraban con sorpresa y empezaban á preguntarse que significaba aquello, les gritó:

—Tres de vosotros á la puerta del corral... Que nadie salga, y si alguien intenta salir y os hace resistencia, matadlo... Vigilad por todos los lados de la tapia... Corred... ¡Oh!... Corred.

Como autómatas que obedecen á sus resortes, tres de los esbirros desaparecieron tras una de las esquinas de la casa.

¿Había ya salido Simón?

Vamos á verlo.

Cuando quedó solo, entró en el aposento donde había dejado la luz, tomó ésta con una mano, y en seguida, riendo á carcajadas como quien se divierte mucho, abrazó el esqueleto y volvió á salir, mientras decía:

—Vamos, caballero, vamos; tenéis que prestarme el último servicio. Ya que me habéis recibido tan cortesmente y sin molestarme con preguntas importunas, justo es que me despidáis y entretengáis un rato á mis perseguidores, para que yo tenga tiempo de huir.

Dicho esto, Simón bajó la escalera, y al pié de ésta y frente á la puerta que daba á la calle colocó el esqueleto, cuyas partes debían estar fuertemente unidas cuando no fué cada hueso por su lado.

Hecho esto, puso en el suelo la luz, entró por una puertecilla, atravesó un largo pasillo, y bien pronto se encontró en el corral.

El tiempo que habían perdido los otros fué la salvación del gigante, que pudo salir sin ningún inconveniente, yendo al mato-



rral donde había dejado su capa y su espada, tomando estas prendas y alejándose en seguida.

Pocos momentos después llegaron los que debían vigilar por el lado de la tapia.

Florentín hizo cuanto pudo para serenarse, y aunque no del todo, recobró la tranquilidad de espíritu lo bastante para disponer lo que en aquel momento era conveniente.

—Entrad—dijo á tres de los esbirros—, registrad la casa, y apoderaos de cuantas personas encontréis. Os advierto que hay un hombre demasiado temible, el que me ha tirado por la ventana. No se dejará prender; pero mientras lo acometéis, gritad y entraré con estos otros.

—¿No hay más que uno?

—No más: la otra persona es una mujer, aunque supongo que ésta habrá conseguido irse por la puerta del corral.

Los esbirros no vacilaron, porque al fin eran tres y contaban en caso de apuro con el auxilio de los dos que habían guardado la silla, y aun con los otros tres que se encontraban en la parte del corral.

No con el valor que les era propio, sino con el que les daba la superioridad de sus fuerzas, empujaron la puerta y dieron un paso en el interior de la casa.

Pero instantáneamente quedaron inmóviles, y pasado un segundo y haciendo grandes esfuerzos, pudieron exhalar un grito de profundo terror y salieron precipitadamente.

—¿Qué os sucede—les preguntó el abate.

—Señor—dijo uno de los esbirros, mientras que su temblorosa diestra limpiaba el copioso y frío sudor que inundaba su rostro—; señor...

—¿Qué pasa?...

—No nos mandéis entrar en esa maldita casa.

—Pero...

—¡Ah!... ¡Qué horror!...

—¿Acabaréis?—replicó el abate con impaciencia.

—Entrad y veréis... ¡Qué horror, qué horror!

Florentín, á pesar de su cobardía, se lanzó hacia la puerta, y entró en la casa, mientras decía:

—¡Seguidme, miserables!

Pero también quedó parado.

—No entréis—le gritaron los esbirros—,



Claudio Florentín.

no entréis, porque contra los muertos, cuando resucitan, no sirven el valor ni la espada.

Claudio no tenía miedo más que á los vivos.

Le sobraba inteligencia para ser supersticioso, y le bastaron algunos momentos de reflexión para comprender lo que aquello significaba.

—¿Por qué tembláis?—gritó—. Precisa-

mente tenemos la fortuna de encontrar una de las cosas que buscábamos.

— ¡Un esqueleto!..

— Sí, una prueba de los crímenes de Jacobo de Tordesillas; el esqueleto de alguna de las víctimas que ha inmolado, extrayéndoles la sangre para hacer diabólicos filtros.

Esta explicación fué bastante para que todos perdieran el supersticioso miedo y se atrevieran á registrar la casa.

Ya era tarde.

Simón se encontraba bastante lejos.

La desesperación de Florentín no puede pintarse.

La idea de que se le había escapado Isabel lo trastornaba hasta un punto inconcebible.

No le producía menos efecto el no haberse apoderado del personaje misterioso que lo había echado por la ventana.

¿Quién era aquel hombre?

Por saberlo hubiera dado el abate la mitad de su vida.

¿Qué clase de relaciones había entre aquel hombre y Jacobo de Tordesillas?

¿Cómo había podido presentarse tan á tiempo?

Isabel no le había dado aviso alguno, puesto que fué la primera en sorprenderse, y ni siquiera lo conocía.

En vano caviló Florentín.

Era forzoso esperar.

En cuanto á la infeliz madre, no se dió Claudio por vencido.

Aún tenía sobrados medios para perseguirla, y esperaba apoderarse de ella.

No perdió tiempo, salió de la casa, cerró y guardó la llave, empezando allí mismo á dar órdenes.

CAPITULO VII

LA HISTORIA DE DAVID

Tiempo es ya de que acabemos de dar á conocer á David, diciendo algo de su triste historia y algo de su alma.

David era hijo de padres honrados, aunque pobres, y pocos días después de haber nacido, empezaron sus desgracias.

Su buen padre murió, quedando sin otro amparo que el de su madre, la cual trabajó sin descanso para criar y educar á su hijo.

Por más que parezca dudoso, el pobre

jobado cuando nació era hermoso y se parecía mucho al hombre que le había dado el ser.

Su virtuosa madre era también un prodigio de belleza.

Cuando el niño tenía cinco años y empezaba á dar muestras de inteligencia rara y precoz, su madre dejó también de existir, y el desdichado huérfano quedó solo y sin más recursos ni amparo que el de la caridad de algunos vecinos.

Cómo pudo vivir, no puede decirse.

Quedó en la casa donde había nacido; pero no en la habitación que habían ocupado sus padres.

En aquella casa, que era de las más grandes que entonces había en Madrid, y que estaba ocupada por muchas familias de jornaleros y pobres artesanos, en aquella casa, repetimos, vagó David como si para él no hubiera otro mundo.

Nadie lo había recogido, y sin embargo todos lo amparaban.

Su vida se pareció entonces mucho á la de un perro que no hubiese tenido amo.

Desde el amanecer se le veía recorrer patios y pasillos, subir escaleras y entrar y salir en todas las habitaciones donde encontraba abierto.

Cuando acertaba á llegar donde comían, extendía los bracitos y pedía pan.

Dábanle unas veces y otras le hacían salir tratándole cruelmente.

Cuando llegaba la noche, David se dormía donde quiera que se encontraba y sin que nadie se cuidase de él.

A todo esto se acostumbraron los vecinos de tal modo, que nadie se ocupó del pobre niño sino para darle la comida que sobraba.

¿Qué hubiera sido del infeliz si hubiese tenido una enfermedad?

Probablemente habría muerto en un rincón.

Hay que advertir que el huérfano no nació jobado.

Como si hubiera comprendido su horrible situación, David tenía para todos dulces sonrisas, y con nadie se mostraba importuno ni exigente.

Era de carácter melancólico y nada expansivo, y si alguna vez tomaba parte en los juegos de los niños de su edad, lo hacía más bien por complacerlos que por divertirse, como si así hubiera querido pagar

el alimento mezquino que se le arrojaba como á un perro.

Más de una vez lo encontraron los vecinos oculto en un rincón llorando silenciosamente; pero nadie se cuidó nunca de averiguar la causa de aquel llanto.

¿Quién hace caso de las lágrimas de un niño cuando éste no interesa?

Y sin embargo, David no lloraba porque tuviese hambre ni frío, ni porque le hubiesen hecho mal alguno los de su edad; lloraba porque sentía el corazón oprimido, y porque sin cesar pensaba en su cariñosa madre.

¡Pobre niño!

A pesar de sus pocos años, su alma era la de un hombre.

Un año transcurrió así, cuando un día, al bajar una escalera, resbaláronse sus pies y el infeliz rodó, quedando sin sentido.

Lo recogieron, llevándolo á la habitación más próxima, y acostándolo sobre una manta hecha dobleces.

—No ha muerto—dijo una de las vecinas, mientras rociaba con agua fría el rostro del niño.

—¡Qué ha de morir!—replicó otra—. Este rapaz tiene siete vidas como los gatos.

—Pobrecito—añadió una tercera, que era más compasiva.

—No le tengáis lástima, porque su mayor fortuna sería morirse.

—¿Qué sabéis vos si esta criatura ha de ser algo en el mundo?

—Ahora es un muñeco que suele divertirnos y que vive como un perro sin amo, y cuando tenga más edad, como no hemos de mantenerlo toda la vida ni hemos de educarlo, se irá por esos mundos hará conocimiento con gente de mal vivir, principiará por ser ratero y acabará por ser ladrón.

Después de estas y otras observaciones, y cuando David hubo recobrado el conocimiento, lo dejaron, sin pensar en él, más que para preguntar cada mañana si se había muerto el monigote.

No tenemos que decir que nadie pensó siquiera en llamar á un médico, á pesar de que vieron que el pobre niño no se movía y tenía en su rostro señales de sufrimientos espantosos.

Así pasaron los días.

David no exhaló una sola queja; sola-

mente se le sorprendió llorando alguna que otra vez.

Es imposible imaginarse más horrible desdicha en una criatura.

Dios tuvo á bien conservarle la existencia, y cuando Dios lo hizo, bien hecho estaba.

Al cabo de un mes pudo levantarse David, y solo entonces advirtieron las consecuencias de su caída.

Ni su cabeza, ni sus piernas, ni sus brazos habían sufrido nada; pero en el lado izquierdo de su espalda advertíase un bulto bastante grande.

No por cariño, sino por curiosidad, reconocieronle escrupulosamente los vecinos.

—Está comprendido—dijo uno de ellos, barbero de oficio y que tenía pretensiones de llegar un día á ser sangrador.

—¿Qué es eso?—preguntaron los demás.

—Que se le ha salido de su sitio la paletilla.

—¿Y no podrían metérsela otra vez?

—Cuando cayó, sí; pero ahora ya es imposible.

—Si no es más que cuestión de fuerza—dijo un hombre de formas atléticas y gigantesca estatura—, yo me comprometo á volver á su sitio la paletilla.

—No conseguiríais más que matarlo.

Puese ó no acertada la opinión del barbero, ello es que David quedó con su protuberancia, y que ésta iba creciendo á medida que él crecía y se desarrollaba, llegando á ser bastante grande para que no pudiera ocultarla ni disimularla de ningún modo.

Empero el niño no había perdido nada de su agilidad, ni mucho menos de su rara belleza, que era cada día más expresiva y más interesante.

Volvió á su antigua vida; pero su situación fué doblemente horrible, porque su joroba fué objeto de constante burla de todos.

Lo que sufrió no puede explicarse.

Además de esto, cuando apenas tenía nueve años, empezaron á echarle en cara el mísero pedazo de pan que le daban alguna vez, y en más de una ocasión lo trataron cruelmente.

David, sin haber salido de aquella casa, empezó, pues, á recibir las más duras lec-

ciones, á conocer el mundo, á apreciar el corazón humano.

Ya hemos dicho que David sentía y pensaba, no como un niño, sino como un hombre.

¡Pobre criatura!

De esto resultó lo que era natural que resultase: su alma se llenó de amarga hiel.

¿Era posible que el desdichado huérfano amase á los hombres que tan injustamente lo trataban?

Debía odiarlos, debía ser el mayor enemigo de la sociedad, y con todo, su corazón grande y sensible, á pesar de su alma noble y generosa, extraviando el dolor su juicio, debía querer vengarse del mundo á que él no había podido pertenecer, debía buscar ocasiones de hacer mal á sus semejantes, debía gozar cuando todos sufriesen.

Cumplió diez años.

Se consideró un hombre, y efectivamente lo era, porque no es el tiempo el que hace á los hombres.

Examinemos sus condiciones morales, el estado de su alma.

Pero no: mejor será que escuchemos de sus labios lo que sentía, porque lo explicará con más exactitud que nosotros.

La mayor parte de su historia, la conocemos: el resto, él mismo lo contará.

CAPITULO VIII

DONDE DAVID DA Á CONOCER SU ALMA

Mientras el abate intentaba apoderarse de Isabel, David se hallaba oculto cerca de la casa, esperando el resultado de aquel suceso.

Como ya hemos dicho, la infeliz madre, tan aturdida por la sorpresa como trastornada por el terror, echó á correr, llevando en los brazos á su hija medio desnuda, sin cuidarse de otra cosa que de alejarse con cuanta rapidez le era posible.

El jorobado la vió salir, dejó su escondite y la siguió bastante de cerca; pero ella, en su trastorno, no se apercibió de semejante circunstancia.

Ambos corrieron largo rato.

Llegaron á un espeso bosque de castaños.

Isabel, sin aliento y sin fuerzas para sostenerse, detúvose y se volvió para convencerse de que nadie la seguía.

Entonces se encontró con la extraña y bella á la vez figura del jorobado, que la miraba con una expresión de ternura infinita y de dolor indescriptible.

Isabel exhaló un grito y quedó como petrificada.

—Tranquilizaos—dijo David con su voz dulce y agradable, con aquel acento que algunas veces parecía llegar á lo más profundo del alma—. Tranquilizaos, que no os he seguido para haceros ningún mal; soy vuestro amigo, si es que así puedo llamarme, porque estoy dispuesto á dar la vida por vos.

Puede comprenderse la sorpresa con que Isabel escuchó estas palabras.

Su mirada se fijó afanosa en el desconocido, como si quisiera convencerse de que éste no mentía.

No sabiendo qué decir, guardó silencio.

Los negros ojos de David brillaban como dos carbunclos, y poco á poco iba revelándose en su semblante la más profunda conmoción.

Al cabo de algunos segundos se empañaron sus negras y brillantes pupilas, y bien pronto dos lágrimas oscilaron pendientes de sus largas y sedosas pestañas, rodando por sus pálidas mejillas.

El clarísimo resplandor de la luna, que daba de lleno en el expresivo rostro del joven, permitió, á Isabel observar aquel llanto, y más sorprendida, más aturdida que nunca, murmuró:

—¡Lloráis!...

Pero David, en vez de contestar, se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, levantó los brazos, elevó al cielo una tiernísima mirada, y exclamó:

—¡Gracias, Dios misericordioso!... ¡Se-guid protegiéndola!...

La voz se ahogó en su garganta.

Después de algunos momentos, esforzose y pudo añadir:

—¡Madre mía, madre de mi alma, tú cuyas virtudes te habrán hecho merecedora de un lugar en la eterna mansión de los justos, ruega á Dios por esta madre desgraciada, en la cual me parece verte y á la que creo que amaré lo mismo que á tí!

Esta sencilla plegaria, doblemente conmovedora en aquellos momentos, hizo experimentar á Isabel una emoción inexplicable de dulzura y á la vez de tristeza;

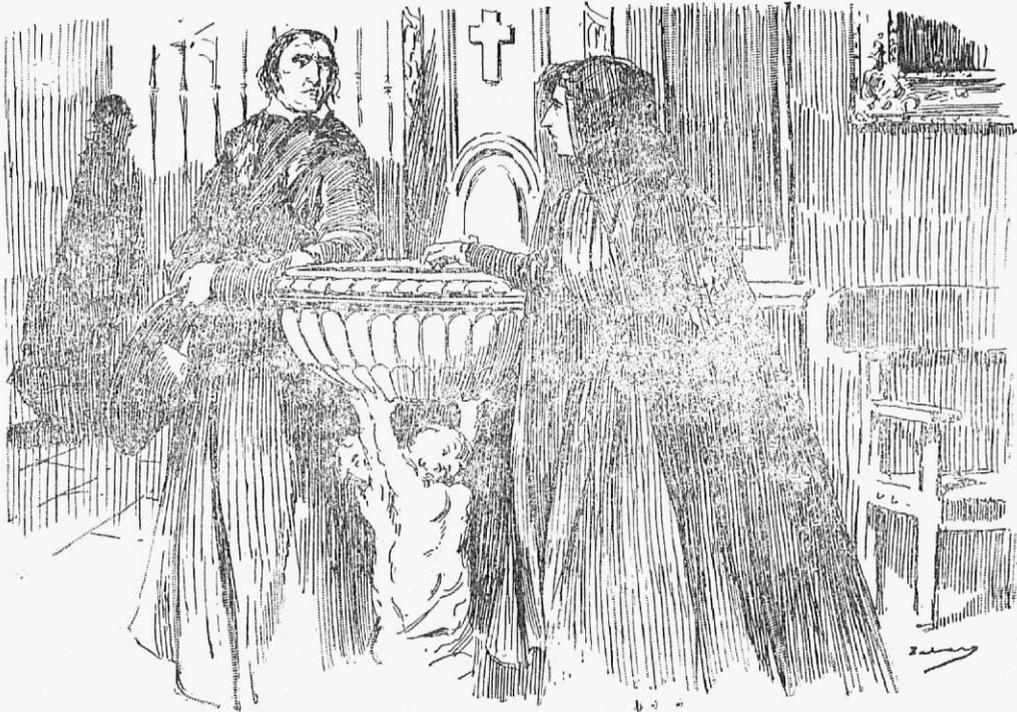
y también de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

Las palabras de David podían haberse interpretado en más de un sentido; sin embargo Isabel no vió en ellas más que la expresión de una ternura desinteresada, purísima, verdaderamente santa, la ternura de un hijo ó de un hermano.

qué mostráis tanto interés por nuestra suerte?

Los ojos de David volvieron á relumbrar, entreabriéronse sus labios y se dibujó en ellos una sonrisa profundamente amarga.

—¡Quién soy!—exclamó—. Un desdichado, cuya existencia no ha tenido un solo instante de dulzura; un infeliz que no ha



Florentín levantó la cabeza y fijó su mirada en Isabel. (Pág. 14.)

Empero ¿por qué aquel hombre la amaba hasta el punto de estar dispuesto á toda clase de sacrificios?

Esto era incomprensible para ella, que ni lo conocía, ni siquiera lo había visto nunca.

No importaba esto: aquellas dos almas, como todas las almas nobles y sublimes, se habían comprendido ya y necesitaban pocas ó ningunas explicaciones.

La infeliz se arrodilló también y oró fervorosamente, dando á Dios gracias porque le había librado de su cruel enemigo.

Pasaron algunos minutos.

El jorobado limpió sus ojos y se levantó, diciendo:

—Sentaos, señora, descansad y recuperad las fuerzas, porque aún estáis muy cerca de vuestros perseguidores.

—¿Quién sois?—preguntó al fin Isabel; dejándose caer sobre una piedra.— ¿Por

tenido más esperanza risueña que la horrible esperanza de la muerte.

—¡Dios mío!—murmuró Isabel estremeciéndose.

—Vais á saber por qué me interesa tanto vuestra suerte; vais á saber á qué rarísimas circunstancias debéis vuestra salvación; vais á conocer mi tristísima historia. Seré breve, porque el tiempo vuela con rapidez, y un solo minuto puede ser causa de nuestra perdición.

—Vos debéis conocer al hombre que se ha introducido en mi casa y me ha librado de mi cruel enemigo—repuso la infeliz madre.

—Ese hombre me obedecía.

—¡Ah!...

—Escuchadme, señora, y cuando me conozcáis y os separéis de mí, no me olvidéis,

que vuestro recuerdo tampoco se borrará de mi alma.

Isabel abrigó, como mejor pudo, entre sus mismas ropas á su hija, y se dispuso á escuchar.

David guardó silencio por algunos segundos, como si quisiese coordinar sus ideas.

No repetimos todo lo que dijo, porque de su historia conocemos la mayor parte.

Cuando refirió el triste suceso de su caída, añadió:

—No sé si me equivoco; pero creo que aquella enfermedad acabó de desollar mi inteligencia, que era todo lo peor que podía sucederme.

Mientras mi razón era la razón de un niño, mis sufrimientos no eran tan horribles.

Sin darme cuenta de ello, después de aquella desgracia anhelé como nunca el consuelo de las caricias; mi instinto buscaba en el amor de los demás la compensación de lo que me negaba la fortuna.

¡Vana esperanza!

Nunca hab'á sido mirado con tanta indiferencia y aun con tanto desprecio...

Me equivoco: hasta entonces se me había mirado con indiferencia, y desde que fuí más desgraciado, fijaron en mí su atención aquellas gentes descorazonadas.

Pero, ¿para qué tomaban en consideración mi persona?

Para hacerme objeto de una burla, que bien pudiera calificarse de impía, porque impío es todo lo que escarnece los resultados de los fallos de la Providencia.

¡Cuanto sufrí!

Los niños de mi edad eran los que más me atormentaban.

Sea por la falta de juicio, ó por otra razón cualquiera, ello es que no hay crueldad que iguale á la de un niño.

Se mofaban de mí y me maltrataban de cuantas maneras puede imaginarse.

¡Y no podía castigarlos, no podía siquiera defenderme!...

¡Oh!...

No, no podía siquiera defenderme, porque entonces sus padres me hubieran echado en cara los grandes beneficios que creían haberme hecho, y me hubieran negado cruelmente el derecho de alimentarme con lo que á ellos les sobraba, y que á no dármele á mí, lo hubiesen dado, no á los mendigos, sino á los perros.

Cuando á la criatura se le niega el derecho de la defensa, piensa en la venganza, por más que sus sentimientos sean nobles y generosos.

El que piensa en la venganza, desconoce tácitamente sus deberes y niega los derechos de los demás; así pues ¿cómo había yo de reconocer á nadie derecho alguno, cuando ningunos me concedían á mí?

La sociedad me imponía deberes, sin aceptar ninguno cuando de ella se trataba.

Yo debía necesariamente y por instinto rebelarme contra injusticia tan atroz.

A pesar de mi ignorancia, yo comprendía que nadie está obligado á aceptar deber alguno, si al imponérselo no se le concede un derecho.

Dios mismo, que es omnipotente y sabio hasta la perfección, hasta lo infinito, no nos ha impuesto deberes sino concediéndonos derechos, puesto que nos ha dado el libre albedrío, nos ha dejado sin limitación el uso de la inmensa fuerza de nuestra voluntad.

Reconozco que he debido aceptar los dolores que el Omnipotente se dignaba enviarme y que debían acrisolar mi virtud; pero ¿se puede pedir á un niño esa santa resignación de las almas grandes y sublimes?

Por lo mismo que mi inteligencia se desarrollaba con rapidez, era mucho más fácil que me extraviara.

Yo era entonces un ser bien extraño, una criatura con la cabeza de hombre y el corazón de niño.

Tal vez me encuentre ahora en el mismo estado, con el mismo corazón y la misma cabeza.

Empecé á odiar á los que me trataban tan injustamente, lo cual equivale á decir que odié á la sociedad, porque para mí no había más mundo que aquella casa, ni más criaturas que aquellas.

Si yo hubiera tenido las fuerzas de Sanson, no habría vacilado en arrancar las piedras angulares de aquel edificio, gozándome en verlo como se derrumbaba, aplastando á todos sus moradores, y quedando yo también enterrado entre sus ruinas.

Había oído referir la historia del desdichado esposo de la traidora Dalila, y muchas veces me abracé á una de las columnas del patio de la casa, haciendo esfuerzos y exclamando: «¡Si yo fuera Sanson!»

No deseaba yo riquezas, no deseaba otra cosa que las fuerzas de un Hércules.

Lo único grato que había para mí, era el recuerdo de mi madre; pero aun este mismo recuerdo, á pesar de su dulzura, era demasiado triste y me atormentaba horriblemente, porque más y más me convenía de la realidad de mi espantosa situación.

Cuando uno es desgraciado, los recuerdos de la pasada dicha son un sufrimiento más.

A pesar de mi odio al mundo, si los que peor me trataban me hubiesen pedido cualquier sacrificio en nombre de mi madre, no me habrían visto vacilar para hacerlo.

No pienso en mi madre con respeto ni con ternura, sino con adoración, con una adoración tan verdadera, tan profunda, que no sé si á la criatura le está permitido para otro ser, para otro objeto, para otro recuerdo, para otra cosa que el Omnipotente.

Empero legítima ó no, así es, y por el recuerdo de mi madre soy capaz de todo, absolutamente todo.

¡Madre mía, madre de mi alma!

David tuvo que interrumpirse.

La voz se ahogó en su garganta, y las lágrimas volvieron á correr por sus mejillas.

—¡Pobre niño!—murmuró Isabel con acento de profunda conmoción.

—Seis años pasaron—repuso David después de algunos momentos—. Seis años durante los cuales fuí criado de todos los vecinos, que me mandaban despóticamente, pagándome con algún pedazo de pan y algunos de los harapos que desechaban. Seguía desarrollándose mi inteligencia: pero ¿de qué me servía, si no la empleaba en aprender? Como antes he dicho, no servía más que para explicarme mi situación y sufría más.

Pensé cambiar de vida; ¿pero qué hacer? ¿A dónde iría con mi absoluta ignorancia, sin apoyo ni recursos de ninguna clase?

Me empeñaba en luchar para hacer lo imposible, y tuve días de una desesperación que no puede concebirse.

No sé hasta dónde hubiera yo ido en aquellos fatales momentos de trastorno, de verdadera locura; quizá hubiese atentado contra mi existencia, si bien para hacer esto encontraba dos inconvenientes inven-

cibles en mi propia naturaleza: el uno era mi valor que se rebelaba contra la cobardía del suicidio, y el otro era el recuerdo de mi madre. Ya que había perdido á mi madre en este mundo, quería que mi alma estuviese con la suya en la eternidad, y esto no podría conseguirlo si era suicida, porque el alma de los suicidas no puede ir á la mansión de inefables gozes, donde debe morar la de mi buena madre.

Si no hubiera necesidad de que aprovecháseis los momentos, os referiría por qué serie de casualidades conocí hace tres años al abate Florentín; pero lo importante es que sepáis que llegué á conocerlo, y que él debió, con su inteligencia y su rara astucia, penetrar hasta lo más recóndito de mi alma, conocerme como nadie me ha conocido, y decidirse á explotar mi aversión al mundo, haciéndome instrumento de sus tenebrosos planes.

Con una habilidad verdaderamente admirable, halagó mis malos instintos, ofreciose á protegerme y me llevó á su lado, dedicándose á instruirme con una solicitud verdaderamente paternal; pero inculcando en mi alma inocente los principios que á él le convenía que yo profesase, y encendiendo más y más mi devoradora sed de venganza contra los hombres, á la vez que fríamente me exhortaba á perdonar á los que me hubiesen hecho daño.

Si el abate tuviera tanto corazón como inteligencia, si ésta la emplease en hacer bien, según la emplea en satisfacer sus sórdidas pasiones, si tuviera conciencia, debería postrarse el mundo á sus pies. ¡Oh!... No sabéis lo que vale la cabeza de ese miserable.

Antes de un año lo conocí como él me había conocido; comprendí que se servía de mis sentimientos como el asesino de un puñal.

Pero ¿qué importaba?

De todos modos yo me encontraba mejor á su lado, porque alimentaba mi alma con el estudio, y... ¡fuerza es confesarlo!... al ayudarle, obedeciéndole, satisfacía mi anhelo de venganza...

Desde que los conocí empiezo á mirarme con horror...

¡Oh!...

Nada quiero ocultaros, señora, porque quiero que conozcáis mi alma; quiero hablaros como hablaría á mi madre.

Los juicios del Omnipotente son inescrutables.

La misma criminal pasión que se había despertado en mi alma, ha venido á servir para un acto de justicia.

Mi sed de venganza os ha salvado.

Ved cómo ha sucedido esto, y alabad á Dios que es sabio y grande sobre todas las grandezas: grande hasta lo infinito.

Aunque el abate sabía que vuestro esposo tenía en su casa un esqueleto, y aunque de público se decía que os entregábais al cultivo de diabólicas ciencias, necesitaba más para sus planes, y después de enviarnos por medio de uno de sus espías el aviso del peligro que os amenazaba y que no tenía otro fin que el de amedrentar á vuestro esposo para que huiese me mandó que os observase, para ver si sorprendía algún secreto que le sirviese de arma contra vosotros.

Obedecí, y anoche escalé la tapia del corral de vuestra vivienda, y conseguí llegar hasta una de las ventanas, por cuyas rendijas se escapaban destellos de luz.

Estabais sentada, y os pude contemplar sin inconveniente alguno; pero apenas examiné vuestro rostro, sentí...

No puedo explicar lo que sentí.

Recuerdo á mi madre tan perfectamente como si la estuviera viendo, y llegué á creer que había resucitado, apareciendo á mis ojos tal como era en los últimos días de su vida...

¡Ah!...

Sí, sois el fiel retrato de mi buena madre; teneis el mismo rostro, y debe ser también igual vuestra alma noble y vuestro sensible corazón.

Sí — añadió con vehemencia David —; debe ser lo mismo, porque en vos el semblante no es una máscara engañosa que oculta el alma, sino del alma espejo...

Me trastorné hasta el punto de que no se cómo pude sostenerme sobre la cornisa en que se apoyaban mis pies.

Mi corazón palpitó con violencia; me pareció que, roto en mil pedazos, iba á saltar del pecho.

¡Y me pedían que contribuyese á la desgracia de la infeliz madre que es el retrato de la mía!...

¡Jamás!...

Yo tenía necesidad de amar y de ser amado.

Desde aquel momento os amé, pero con el amor purísimo, con el santo amor de un hijo, y abrigué la esperanza risueña de que vos tuviéseis también para mí la ternura de una madre. No me hice más reflexiones; me entregué completamente á mi corazón, y me consideré vuestro hijo...

¿Qué no hace un hijo por salvar á su madre?

Toda la noche hubiera permanecido allí contemplándoos; pero me era forzoso volver al lado del abate; de otro modo hubiera desconfiado de mí, y nada me habría sido posible hacer por vos.

Me alejé; dí á Dios gracias con un fervor desconocido para mí...

¡Me consideraba dichoso, completamente dichoso.

En aquellos momentos no me hubiera cambiado por nadie, absolutamente por nadie.

En pocos minutos tracé un plan que había de dar por resultado vuestra salvación.

Comprenderéis que en la situación en que me encuentro de nada puedo disponer; pero ¿faltan jamás recursos á quién tiene fe y una voluntad como la mía?

No.

Volví al lado de Florentín, lo engañé y empecé á trabajar.

El resultado ya lo estáis viendo.

Dios nos ha protegido; pero aún no hemos hecho más que principiar.

Isabel no pudo ya contenerse, y abriendo los brazos, exclamó con una ternura sin igual:!

— ¡Pobre criatura!... Sí, yo os amaré como pudiera amaros vuestra madre... ¡Venid, hijo mío, venid!...

David abrazó á Isabel, mientras decía:

— ¡Madre de mi alma!...

Y luego presentó su frente noble, recibiendo en ella un ósculo de inmensa y de purísima ternura.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguna de aquellas dos criaturas pudiese pronunciar una palabra.

Lo que sentían, lo expresaron sus profundos suspiros y sus lágrimas.

Más tiempo hubieran pasado de este modo, si cada instante no fuese mayor el peligro; pero hubieron de esforzarse para recobrar algún tanto la calma y ocuparse de la situación en que se encontraban.

Tenemos que separarnos—dijo David—. Yo os seguiría; me salvaría con vos ó con vos moriría; pero así, en vez de haceros un beneficio, os haría un mal, y para salvaros debo ahogar los impulsos de mi corazón. Para defenderos en caso necesario soy poco, porque me sería imposible luchar con una una turba de esbirros; pero en cambio valgo

derecha, seguid, y al cabo de una hora saldréis á un pequeño valle.

—¿Y luego?

—En el valle encontraréis un hombre que os diga: «Yo soy el enviado de vuestro hijo».

—¿Y ese hombre?...

Os guiará y os pondrá en salvo.



—¡Miserable!... (Pág: 19:)

mucho para protegeros, si el abate sigue teniendo en mí la confianza que ahora tiene. Cuando estéis completamente fuera del alcance de vuestros perseguidores, será otra cosa: entonces arrojaré la máscara y me reuniré á vosotros, si queréis tenerme á vuestro lado, si queréis que con vosotros sufra y con vosotros goce.

—Sí, sí...

—Ahora, escuchadme bien.

—Decid.

—¿Veis ese sendero?—preguntó David extendiendo un brazo.

—Sí.

—Pues bien, por ahí seguiréis hasta llegar á unas montañas, donde el camino concluye. Una vez allí, examinaréis el terreno y encontraréis una vereda, que á los pocos pasos se divide en dos. Tomad la de la

Proseguid.

Nada más tengo que deciros ahora.

—Entonces...

—Idos, y que Dios os proteja.

Abrazáronse.

Isabel, con los ojos llenos de lágrimas, se alejó.

David, llorando también, permaneció inmóvil hasta que la perdió de vista.

Después se arrodilló y oró fervorosamente.

—¡Soy feliz!—murmuró disponiéndose á volver á la villa.

Creo, lector, que ya conocerás perfectamente el alma del pobre jorobado, y por consiguiente me permitirás que dé fin á este capítulo, y principio á otro no menos interesante.

CAPITULO IX

EL ABATE AGUARDA CON AFÁN Y DAVID
CON TERROR

El abate, que como precavido y astuto se había preparado á todo, dió en poco tiempo las órdenes convenientes para que se persiguiese á Isabel; y antes de media hora se ponían en movimiento muchos esbirros y soldados, que en distintos grupos se alejaban de la población en todas direcciones, explorando los caminos y la campiña.

Tal era el número de los perseguidores, caminaban con tanta prisa y buscaban con tanto acierto, que parecía imposible que no encontrasen á la desdichada Isabel.

Tomadas estas disposiciones y seguro de que conseguiría su objeto, el abate volvió á su vivienda, que no era, según ya hemos dicho, la casa que estaba enfrente de la habitada por Jacobo.

La calle que hoy se llama de Isabel la Católica, que antes se llamaba de María Cristina, que primero tuvo el nombre de la Inquisición, no se parecía en nada en aquella época á la que hoy conocemos, á pesar de que de aquella época se conservan aún algunos edificios.

Uno de estos el que hoy está señalado con el número 4, era el en que se hallaba establecido el consejo y tribunal del Santo Oficio, ó de Corte, según se le llamaba; hasta que á fines del siglo pasado, el consejo supremo se trasladó á la magnífica casa que hizo construir en la calle de Torija, apellidada entonces de Corito.

Esta casa, que es una de las más notables de Madrid, existe aún, y sobre su entrada hemos alcanzado á leer el terrible lema de «Exurge Domine et judica causam tuam», y que estuvo también grabado sobre la puerta del edificio que hemos citado primero.

También en la referida calle de Isabel la Católica, se conserva la célebre casa de los condes del Aguila y de Trastamara, notable por la esplendidez de sus salones y especialmente por los magníficos aposentos, que entonces se llamaban cuerdas, caprichosamente enriquecidos de relieves y saltadores de agua.

Casi enfrente de este edificio, que ahora está señalado con el número 23, es de-

cir, al final de la calle se levantaba el convento de San Norberto de padres canónigos «premostratenses», ó más bien se levantó cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos de referir, pues en la época de la primera parte de esta historia, aún no se había edificado y estaba sin desmontar el terreno que debía ocupar algunos años después.

Hoy ya no existe, y en su lugar se vé la plaza llamada de Mostenses, corrupción de la palabra premostratenses.

Alrededor de este sitio y á la parte de la calle de San Bernardo, empezaban ya á formarse las de la Garduña, Enhoramala vayas, hoy travesía de la Parada, Aunque os pese, ahora travesía de las Beatas, y Sal si puedes, ahora Pre:il alto.

Al otro lado se encontraban las estrechas y tortuosas que conocemos, y cuyo aspecto no ha cambiado más que por la edificación de alguna otra casa, conservándose aún muchas de miserable aspecto y de las llamadas «á la malicia», nombre que se les dió, porque maliciosamente se levantaban de un solo cuerpo para librarse de pagar la contribución llamada de «Regalía y aposento».

A la conclusión de la calle de la Inquisición y esquina á lo que es Plaza de los Mostenses, había unas cuantas casas de bastante pobre aspecto y que ninguna tenía más de dos pisos.

Tras éstas, y dando á la calle de la Parada, había otras aún más humildes y las tapias de algunos corrales, completándose así la manzana que terminaba por uno de sus lados en la calle de la Flor Baja.

En el piso bajo de la casa que hacía esquina, tenía su vivienda el abate Florentín.

Allí llegó escoltado por dos esbirros, y despidiéndolos, sacó una llave, abrió la medio apollada puerta y entró en un portal estrecho, húmedo y sucio.

Casi es escusado decir que el abate iba provisto de una linterna sorda, pues esto era indispensable para salir de noche en aquellos tiempos tan alabados por algunos.

Luego abrió otra puerta, y bien pronto se encontró en la habitación que ordinariamente ocupaba.

Allí se véa una cama bastante pobre,

una mesa de nogal, sobre la que había un crucifijo de talla, de tres pies de altura, un breviario, un gran tintero de piedra y algunos papeles.

Cerca de la mesa había un pequeño armario con puertas de rejilla de alambre y algunos libros religiosos.

Junto á la otra pared había colocada una antiquísima gaveta, más allá un arcón de roble con cerradura de aldabón, y cuatro ó cinco sillas.

Tal era el mueblaje de Florentín.

Con la luz de la linterna encendió un velón, apagando luego la primera y dejando sobre la mesa el segundo.

En el escuálido rostro del abate se revelaba todavía la agitación borrascosa de su espíritu.

Estaba densamente pálido y desfigurado.

Sus ojuelos relumbraban como dos carbunclos.

Arrojó el sombrero sobre una silla, cruzó los brazos y se puso á pasear á lo largo de la estancia.

Si la mirada hubiera podido penetrar en la cabeza de aquel miserable y ver sus pensamientos, el más indiferente se hubiera horrorizado.

Cerca de una hora transcurrió.

Florentín continuaba paseando como si no supiese lo que hacía.

Oyóse el ruido de una llave que giró en la cerradura.

Pocos momentos después se abrió la puerta y entró David.

Entonces Claudio se detuvo, fijó su penetrante mirada en el joven, y le dijo:

—Has tardado mucho.

—Pero no he perdido el tiempo—respondió el jorobado con serenidad.

—Por lo menos debes haber corrido: tienes las mejillas rojas y tu respiración es violenta.

—Así es, señor: he corrido mucho y estoy fatigado.

Al decir esto David, se sentó.

—Supongo que has cumplido mis encargos.

—Todos.

—Para lo cual no necesitabas andar mucho.

—Después de hacer cuanto me mandásteis, fuí á buscaros al arrabal.

—No me encontraste...

—Pero encontré á Perico Sutil y á Ju-

das Granada, y me dijeron lo que había sucedido.

—Y entonces, ¿por qué no te viniste?

—Porque quise hacer algo de provecho.

—Sepamos.

—Conozco personalmente á la criminal, y esto es una ventaja para buscarla.

—¿Adónde fuíste?

—Ya sabéis que soy fuerte y ligero, á pesar de mi joroba, y que hay muy pocos que corran tanto como yo.

—Es verdad.

—Me serví de mi agilidad para recorrer aquellos alrededores, á nadie encontré y tomé entonces por el camino de Hortaleza.

Ya había andado bastante y pensaba retroceder, cuando la suerte me depa-
ró un campesino, á quien pregunté si había encontrado á una mujer que llevaba un niño medio desnudo.

—¿Y qué te respondió?

—Había encontrado efectivamente á la que buscamos y me indicó la dirección que llevaba.

—¡Ah!...

—No tengo necesidad de deciros que si antes había corrido, entonces volé.

—Bien, David, estoy satisfecho de tu lealtad.

—Y yo me considero dichoso.

—Prosigue—repuso afanosamente el abate.

—En aquel sitio debe dar muy poco el sol, porque estaba el suelo húmedo de la lluvia de ayer.

—¿Y qué tiene que ver la lluvia con la mujer á quien buscamos?

—¿Acaso no lo adivináis?

—Confieso mi torpeza.

El jorobado sonrió como quien siente halagado su amor propio, y dijo:

—No solamente la humedad, sino la luna me favorecía también.

—Eso sí lo comprendo, porque la claridad de la luna te permitía ver los objetos á larga distancia.

—Sin embargo, entonces me sirvió para examinar los que estaban más cerca.

—Estás incomprendible, mi querido David.

—Pues es muy sencillo: antes de seguir corriendo me arrodillé y busqué en el suelo las huellas que debían haber dejado al pasar por allí.

El abate no pudo contener una exclamación.

mación de alegría, y acercándose al joven y dándole algunas palmaditas en la espalda; le dijo con acento cariñoso:

—Hijo mío, serás un hombre de provecho y harás una gran fortuna.

—Con vuestra generosa protección.

—Dime si encontraste lo que buscabas.

—Lo encontré bien pronto, porque los pequeños piés de la fugitiva no pueden confundirse con los que andan por aquellos sitios.

—¿Y cómo sabes que sus pies son pequeños?

Le he visto las manos y no necesito más.

Bien, David, muy bien.

—Me fué muy fácil conocer la dirección que llevaba la persona que había dejado aquellas señales, y además me convencí de que iba corriendo, ó por lo menos muy deprisa.

—Me deleito escuchándote—repuso Florentín, que sonreía con expresión del más dulce contento—. ¿Cómo adivinaste que Isabel corría?

—Las huellas eran profundas y su contorno estaba á veces confuso, como si la fugitiva hubiese resbalado porque no mirase dónde ponía los piés.

—No te equivocas: cuando se corre, se pisa con más fuerza, lo cual produce el resultado que tu tan acertadamente buscabas.

—Seguí, deteniéndome alguna vez por un instante para reconocer el piso; pero le plugo á mi mala fortuna que el blando terreno se hiciese pedregoso, y por consiguiente que no hubiese allí ninguna huella.

—¡Oh!

—Además, la vereda se dividía en otras tres, y á los pocos pasos quedaban separadas unas de otras por los accidentes del terreno, de modo que desde ninguna de ellas podían verse las demás. Tomé á la ventura por la de en medio, corrí desesperadamente, y... ¡Nada! Volví atrás, hice lo mismo en las otras dos... ¡Tampoco! Vagué entonces por uno y otro lado, subí á los sitios de más elevación, miré... ¡Trabajo perdido! A pesar de que soy fuerte, me encontraba ya muy fatigado, y sobre todo me convencí de que una vez perdida la huella, me sería imposible adelantar nada sin el auxilio de otra persona.

—Es verdad—murmuró el abate, cuyo rostro volvió á contraerse.

—Me volví, y aquí me teneis. No he conseguido todo lo que deseaba; pero no es poco el saber hacia que parte ha tomado la fugitiva. Ya habréis dado vuestras órdenes; pero con estas noticias podréis adoptar vuestras disposiciones, si así conviene.

Florentín no respondió.

Volvió á cruzar los brazos y á pasear.

Nada había sospechado, ni era posible que sospechase de David.

El semblante de éste no dejaba traslucir lo que pasaba en su alma.

Desde su niñez habíase acostumbrado á ocultar lo que sentía, y no era posible que el más astuto adivinase lo que el pobre jorobado se empeñaba en callar.

Esto lo sabía muy bien Claudio; pero ¿cómo había de sospechar que el que siempre le había servido tan fielmente se había vuelto traidor en un momento?

Al secundar las miras del abate, David obedecía á sus inclinaciones, y hasta se complacía, porque esto era equivalente á descargar terribles golpes contra la sociedad que lo había maltratado, y á la que había declarado la más cruda guerra.

Las criaturas no son jamás inconsecuentes consigo mismas, ó lo que es igual, no hacen nada contra sus instintos, contra sus sentimientos, contra su carácter, á menos que les obligue una fuerza mucho mayor que la de su voluntad.

Todos nos dejamos arrastrar por nuestras inclinaciones, y por más que reconozcamos el error, por más que estemos seguros de que caminamos á nuestra perdición, no retrocedemos, sino que todo lo más nos detenemos un instante; pero luego avanzamos con mayor brío y, más firme resolución.

Se nos preguntará, cómo es que David, á pesar de sus inclinaciones, no solamente se detuvo, sino que retrocedió, y cómo en un instante cambió de tal modo, que á ver su alma no hubiera podido reconocersele.

El error de Claudio consistía precisamente en la apreciación que había hecho de las inclinaciones del desdichado niño.

No, los instintos de David no eran malos; sino por el contrario, los más nobles y generosos.

Su corazón era todo ternura; pero en vano había intentado amar, porque no sólo no había sido correspondido, sino que se le había despreciado.

Era generoso; pero no hay generosidad

bastante para sufrir lo que él había sufrido.

Todas las ofensas las había perdonado; pero habían herido su dignidad, y esto era imposible que lo olvidara un alma grande como la suya.

La desesperación es la locura, y el exceso del dolor produce las más veces la desesperación.

El jorobado, si no se dejaba arrebatarse, si continuaba fingiendo con la habilidad que le era propia, podía ser para el abate el más terrible enemigo.

El mayor de todos los peligros es el que más desconocemos, porque no nos guardamos de él y nos sorprende cuando más tranquilos estamos.

Así precisamente debía sucederle á Flo-



—¿Quién sois, por qué me socorréis? (Pág: 23:)

David estuvo desesperado, y en su extravío quiso defenderse, quiso vengarse, no por hacer mal, sino para no aceptar la humillación.

¿No se comprende que así sucediera?

Claudio, al estudiar al pobre niño, había confundido lastimosamente las naturales inclinaciones, con las consecuencias inevitables de ciertas circunstancias.

No es extraño que sucediese así: el abate, aunque tuviese mucha inteligencia y fuese muy astuto, era al fin un hombre, falible como todos.

El error podía costarle bien caro; porque, ¿cuánto, no podría hacer David, después de haber ganado la confianza de su señor y héchese dueño de los secretos de éste?

rentín con su protegido y criado, mucho más cuando este era por lo menos tan astuto como su señor.

Pasó más de un cuarto de hora, durante el cual la mirada de David, aunque disimuladamente, no perdió uno solo de los gestos del abate.

Al fin éste se detuvo y dijo:

—Es muy tarde.

—Ya dijeron las once.

—Acuéstate y descansa, porque mañana quizá tengamos mucho que hacer.

—¿Y he de velar mientras vos veláis?

—Quiero esperar el resultado de mis órdenes.

—Yo también, porque el asunto, por sus circunstancias, ha llegado á interesarme mucho.

—Eres uno de los más fieles servidores de la santa causa, y ya sé que no te importa la fatiga cuando se trata de cumplir el deber; pero repito que quizá te necesite muy temprano, y es preciso que recuperes las fuerzas.

David hubiera insistido en quedarse; pero no lo hizo por no infundir sospechas, y se concretó á decir:

—Buenas noches, padre y señor.

—Dios te bendiga, hijo mío—respondió dulcemente Florentín.

El jorobado encendió otra luz, salió y se dirigió á su dormitorio, que era de reducidas dimensiones, ocupado por una mala cama que había en el suelo, por una pequeña mesa desvencijada y sucia, y una silla en no mejor estado.

David entornó la puerta, apagó la luz, y sin desnudarse se dejó caer en su duro lecho.

No pensaba dormir, ni aun queriendo, hubiera podido conciliar el sueño.

¡Con cuánto afán y temor contó el infeliz los momentos que faltaban.

Si Isabel había equivocado el camino, caería en manos de sus perseguidores, porque las disposiciones tomadas por el abate eran desgraciadamente demasiado acertadas.

Nada más fácil sino que la desdichada esposa incurriese en la fatal equivocación: no estaba acostumbrada á andar fuera de la población: desconocía completamente aquellos sitios, y de noche en medio de su trastorno había de verse muy apurada para seguir las indicaciones de David.

La agitación de éste, crecía por instantes.

Levantábase unas veces y acostábase otras sin encontrar sosiego.

Con el oído atento al más leve rumor, esperaba que de un momento á otro llamasen para dar la noticia del resultado de las pesquisas.

Empero á sus oídos no llegaba más que el ruido acompasado, leve y monótono de las pisadas del abate, que no dejaba de pasear, esperando con una impaciencia imposible de describir.

Pasaron dos, tres y cuatro horas.

Nadie llamaba.

—¿Se habrá salvado?—murmuró David.

Y luego exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡Dios mío!

El abate dejó de pasear, y reinó en toda la casa el más profundo silencio.

Otra hora pasó.

Resonaron algunos golpes dados á la puerta de la casa.

David se puso en pié de un brinco y como impulsado por un resorte de acero.

Su boca se abrió para exhalar un grito; pero pudo contenerse.

Oprimióse el pecho porque apenas podía respirar.

Pensó primero salir, diciendo que había oído llamar; pero después de un instante de reflexión, detúvose y dijo para sí:

—No me presentaré; pero escucharé.

Oyóse el ruido de una puerta que se abría.

Pocos segundos después, el de otra.

No tardaron ambas en sonar al cerrarse.

David percibió el ruido de pasos de dos ó tres personas que atravesaban el portal y entraban luego en el aposento de Florentín.

Los miembros del joven temblaban convulsivamente.

Su rostro estaba inundado de frío sudor.

Hizo un esfuerzo sobrehumano.

Salió del dormitorio, y con el silencio de una sombra adelantó por el pasillo.

En pocos momentos llegó á la habitación del abate.

La puerta había quedado abierta.

Detúvose, apoyándose en la pared, y escuchó.

¡Con cuánta violencia palpitaba su corazón en aquellos momentos terribles!

Nunca había sufrido tanto el infeliz huérfano, nunca, ni en los días de su más espantosa desgracia.

Pero á pesar de todo, no le faltó el valor.

A sus oídos llegaron las siguientes palabras...

Perdona, lector; pero nos ocurre la idea de que para saber lo que sucedió á Isabel, en vez de escuchar como el pobre jorobado, será mejor que vayamos á buscarla, porque creemos que hemos de presenciar escena; de mucho interés, y sobre todo que te darán á conocer perfectamente qué clase de gentes eran los perseguidores.

CAPITULO X

UNA SITUACIÓN HORRIBLE

Retrocederemos para unirnos á Isabel cuando se separó de David.

La desdichada siguió el camino que le habia indicado su protector.

Con frecuencia se detenía, miraba á su alrededor y escuchaba temerosa de que sus perseguidores la dieran alcance.

Cada ruido que se percibía, por leve que fuese, la hacía temblar.

No se agitaba el ramaje sin que ella se sintiera poseída de terror.

Estrechaba contra su pecho á su tierna hija; exhalaba profundos suspiros y lastimeros ayes, y unas veces vertían copiosas lágrimas sus negros ojos, y otras relumbraban con el fuego intenso de la fiebre.

Los sufrimientos de aquella madre infeliz no tenían igual.

Nada temía por ella; pero sentía destrozada el alma al pensar que su hija podía caer en manos del miserable Florentín.

—¡Hija mía, hija de mis entrañas!— exclamaba con frecuencia.

Y cubría de besos el rostro de la niña.

Esta solía decir con dolorido acento:

—Tengo frío.

Isabel procuraba abrigar á la tierna criatura, envolviéndola en su ligero ropaje y estrechándola más y más contra su palpitante seno.

Los dolores de aquella mujer sólo pueden comprenderlos una madre.

La atmósfera estaba fría.

Empero Isabel sentíase abrasada.

Al cabo de una hora empezaron á faltarle las fuerzas.

Sus endebles chapines estaban destrozados.

Sus pies estaban llenos de heridas y teñidos en sangre.

¡Fuerzas, fuerzas, Dios mío!—exclamó la pobre madre.

Su acento, más que de súplica, era de desesperación.

Su mirada no se dirigió al cielo con la ternura del que implora, sino con el fuego del que reclama, con el atrevimiento del que acusa.

¿Era posible que no se hubiera trastornado la razón de Isabel?

Estaba dotada de un espíritu grande y enérgico, de un espíritu privilegiado, y si no más que á ella le hubiesen amenazado todos los peligros imaginables, la habríamos visto serena y resuelta ir á morir con la sonrisa en los labios y el desdén en la mirada.

Pero entonces no se trataba de la mujer, sino de la madre; y entre la madre y la mujer hay una distancia inmensa.

No le faltaba mucho para llegar al valle de que le había hablado David.

¿Pero no se agotarían antes sus fuerzas? Mucho puede la voluntad; pero la energía en el orden moral tiene también sus límites, como la resistencia en el orden físico.

Cuando éste llega al aniquilamiento, á la nulidad, puede decirse, el espíritu es impotente también, porque no tiene sobre qué ejercer su influencia.

Isabel hizo ese supremo esfuerzo del náufrago que se encuentra próximo á la salvadora orilla.

Llegó donde el sendero se dividía en dos, aunque ya fuese por efecto natural del resplandor de la luna ó por aberración de los ojos de Isabel, á ésta le pareció que en lugar de dos veredas había tres.

—¿Cuál es, cuál es?—se preguntó con acento de mortal angustia.

Y después de algunos momentos, añadió:

—Debe ser por aquí... ¡Protejedme, Dios mío!... No, no pido nada para mí... ¡Proteged á mi hija!...

¡Pobre madre!

Aprovechando las últimas fuerzas que le daba la fiebre, y como el torrente que se desborda, lanzóse por el sendero que ella creía su salvación.

¿Se había equivocado?

Pronto lo veremos.

A la derecha tenía una montaña de roca casi cortada á pico, y á la izquierda empezaba á marcarse la profundidad de un abismo donde las inmediatas cumbres proyectaban grandes sombras.

A medida que avanzaba estrechábase más y más el sendero.

Bien pronto éste no tenía más anchura que la absolutamente precisa para que la desdichada pusiese los pies.

Al cabo de algunos minutos oyó un ruido sordo, igual, prolongado y espan-

table como el mugido del huracán desolador.

Isabel se detuvo.

Sus miembros temblaron convulsivamente.

Empezó á sentir el frío de la fiebre.

—Sea lo que quiera, no es ruido de pasos... ¿Por qué me detengo?... ¿He de retroceder ante fantasmas, cuando debo huir de la realidad?

Y con toda la energía de su exaltación calenturienta, añadió:

—¡Adelante, adelante!

Y adelantó con más rapidez que antes.

No tardó en saber de qué procedía el ruido; era un torrente que se precipitaba de peña en peña, levantando blancas espumas y esparciendo una lluvia de cristalinhas perlas.

La claridad de la luna reflejaba en los líquidos borbotones.

Las aguas comprimidas se escapaban por una de las quebraduras de la roca, yendo á perderse en el abismo, á cuyo fondo no alcanzaba la vista.

Entonces se convenció Isabel de que había equivocado el camino.

El torrente le cortaba el paso.

Examinar el terreno y decidirse á retroceder, todo fué obra de un instante.

Tenía que volverse con cuidado, porque, según hemos dicho, apenas había terreno donde afirmar los pies.

Con el brazo derecho sestuvo á su hija y extendió el izquierdo, asiéndose á la roca.

Empero en aquel momento empezó á desmoronarse el poco terreno que bajo sus pies estaba.

Sintióse la infeliz resbalar.

Exhaló un grito destemplado, un grito desgarrador.

Comprimió entre sus crispados dedos el trozo de roca donde había colocado la mano.

En aquel instante sus fuerzas eran muy superiores á las de Sansón.

Pero por lo mismo debían concluir pronto.

Sus magníficos ojos, abiertos como si fueran á saltar de sus órbitas, miraron por un instante á sus pies.

Le faltó el valor para contemplar el abismo que amenazaba tragársela.

En su rostro, lívido y desfigurado, se reveló un terror indescriptible.

Cada segundo rodaba una de las pie-

dras que tenía bajo sus pies y constantemente, aunque en poca cantidad, iba cayendo tierra á la negra sima.

Como si bajo sus plantas hubiese tenido un reloj de arena, por los granos de tierra que se desprendían hubiera podido Isabel contar los momentos de su existencia.

La muerte es más ó menos horrible, más ó menos espantosa, según las circunstancias.

En la situación de Isabel, con el abismo á un lado y al otro una inaccesible muralla de roca, el hombre de más valor y de más sangre fría hubiera temblado.

La infeliz no podía huir del peligro.

¿Cómo había de huir cuando ni sostenerse podía? Parecióle que la roca á que estaba asida empezaba también á moverse.

¿Qué sería de la desdichada madre si le faltaba el apoyo que hasta entonces había sido sus sostén único?

Era igual que falsease ó no la roca.

Isabel podría sostenerse algunos minutos, y aun cuando consiguiera prolongar una hora ó dos aquella situación horrible ¿qué adelantaría?

El hombre que había de guiarla esperaría en el valle; no acudiría á socorrerla, porque para nada tenía que ir allí.

La niña, poseída también de espanto, abrazábase fuertemente al cuello de su madre, lo cual era para ésta otro inconveniente para que pudiera sostenerse largo rato.

¡Espantosa situación!

La muerte hubiera sido mil veces preferible.

Isabel, con la garganta oprimida por los brazos de su hija, apenas podía respirar.

Sentíase ahogada, y esto disminuía considerablemente sus fuerzas.

Si hubiera tenido libre el brazo derecho tal vez habría podido acabar de volverse y retroceder.

Empero con su hija en brazos le era imposible hacer el menor movimiento.

Con voz penosa y entrecortada dirigió la infeliz conmovedoras súplicas al Omnipotente.

Y en aquellos momentos, para los cuales no encontramos calificación, por entre las quebraduras de la roca viéronse asomar algunas cabezas.

¿Eran los perseguidores de la fugitiva?

Ella no se apercibió inmediatamente de semejante circunstancia.

Pero, pasados algunos segundos, oyó el ruido de varias voces.

Tembló Isabel mucho más de lo que había temblado.

Los que gritaban podían lo mismo ser amigos que enemigos.

Quiso mirarlos; pero no pudo levantar la cabeza.

—Algunos minutos...

—¡No puedo más!...

—Esperad, esperad...

—Pronto...

—Allá vamos.

Desaparecieron las cabezas de aquellos hombres.

No se oyó más ruido que el del torrente.



—¿Qué no hace un hijo por salvar á su madre: (Pág: 32:)

Ellos sí la veían perfectamente.

No debían ser amigos, puesto que en la cabeza de alguno de ellos relumbraba el acerado casco.

Hubo, por parte de Isabel, algunos momentos de horrible duda.

Escuchó, y pudo entender que los otros decían:

—Esperad, buena mujer... sosteneos algunos minutos que necesitamos para llegar donde estáis.

—¡En nombre de Dios!—gritó la infeliz mujer con suplicante acento—. ¡Por lo que más améis!...

—Aguardad...

—Salvad á mi hija, aunque yo perezca.

—Os salvaremos á las dos.

—¡Ah!...

—No perdáis los alientos...

—¡Dios mío!...

Las fuerzas de Isabel se agotaban.

Probablemente no llegarían á tiempo los que habían prometido salvarla.

¡Salvarla, cuando debían ser sus crueles perseguidores!

¡Desdichada Isabel!

CAPITULO XI

UNA ESCENA HORRIBLE

No tuvo que esperar mucho Isabel, pues aun no habían pasado ocho minutos cuando vió llegar varios hombres, que tenían que caminar uno tras otro, porque la estrechez del sendero no les permitía ir de dos en dos.

A favor de la claridad de la luna podía examinarlos perfectamente.

Entre ellos iban dos soldados; pero los

demás, todos de negro, tenían un aspecto que no titubearíamos en calificar de lúgubre.

Uno de estos últimos iba delante.

Era de estatura muy elevada y extremadamente flaco.

En los salientes pómulos de su cara, en sus labios delgados y contraídos y en sus ojos grises y relumbrantes se adivinaba un fondo de refinada malicia y de astucia sin igual.

Lo mismo examinado en los detalles de sus facciones que en su conjunto, era horriblemente feo, y su semblante tenía un no sé qué de repulsivo que infundía terror.

El alma de aquel hombre debía ser negra, si es que alma tenía semejante ser.

Según parecía los demás iban á sus órdenes.

Isabel dejó escapar un grito de espanto.

Apenas vió á los que llegaban, reconoció en ellos á los agentes de la Inquisición.

Poco faltó para que la infeliz, en su nuevo trastorno, hubiera caído al fondo del abismo.

¿No hubiera sido esto preferible á caer en manos de sus perseguidores?

La muerte de aquellas dos criaturas debía considerarse una dicha en aquella situación.

Si Isabel hubiera estado sola, no la habríamos visto vacilar: antes que entregarse, se hubiera lanzado al fondo del abismo.

Empero no se creyó con autoridad para decidir de la suerte de su hija.

—Que lleguen—murmuró—; se apoderarán de mí; pero no conseguirán separarme de este pedazo de mis entrañas, como antes no me quiten la vida.

El esbirro que iba delante se acercó cuanto pudo á Isabel, y extendiendo los brazos, dijo:

—Dadme ese niño, porque si no será imposible que os mováis.

—¡Mi hija!—exclamó Isabel con febril exaltación.

—Sí, vuestra hija... ¿Quién ha de ser?

—¡Jamás!

El esbirro se encogió de hombros y replicó:

—Sin duda habéis perdido el juicio.

—¿Qué queréis de mí?

—Primeramente sacaros de donde estáis y donde no podréis permanecer muchos minutos.

—¿Y después?

—¿No lo adivináis?

—Sí, queréis llevarme presa.

—Nos es forzoso cumplir las órdenes que tenemos.

—¡Miserables!...

—Mirad cómo se desmorona el terreno sobre que estáis... Dentro de algunos momentos vos también caeréis.

Efectivamente, Isabel sintió que se reducía el espacio donde afirmaba los pies y que muy pronto le sería imposible sostenerse.

Pero dejar á su hija en manos de aquellos hombres, que la entregarían al abate, separarse de ella para siempre...

Esto era demasiado horrible.

La desdichada volvió á dudar entre morir ó entregarse.

La niña, poseída de terror, se asía cada vez con más fuerza al cuello de su madre.

—Repito, buena mujer—dijo el esbirro después de algunos instantes—, repito que habéis perdido la razón. ¿Cómo queréis moveros mientras tengais en brazos á esa criatura?

—Antes que abandonarla á la crueldad de mis enemigos, prefiero morir y que ella muera también, porque la muerte no es tan horrible como el porvenir que le aguarda á mi pobre hija.

—¿Qué sabéis vos de lo porvenir?

—¡Jamás, jamás!...

—Dadme esa criatura, y luego...

—¿Me la devolveréis?

—Os la devolveré cuando no os amenace ningún peligro?

—¡Ah!...

—Dádmela, pues.

—¿Juráis cumplir vuestra promesa?—preguntó Isabel, fijando en el esbirro una mirada ardiente y profunda.

—Lo juro.—

—Haced la señal de la cruz.

—Puesto que lo queréis, os complaceré.

Y el miserable extendió la mano derecha, hizo la señal de la cruz y añadió:

—Cuando ya no estéis en peligro se os devolverá á vuestra hija; os lo juro por Dios...

—¿Tenéis hijos?

—Uno.

—Juradlo por su vida.

—Por la vida de mi hijo también.

—Si no cumplís la promesa que acabáis de hacer delante de Dios...

—Que caiga sobre mí y sobre mi hijo todos los males, y que se condene mi alma.

La pobre madre se tranquilizó.

—Tomad—dijo inclinándose cuanto le fué posible hacia su perseguidor.

Este extendió sus larguísima brazos, y cogió á la niña, que se resistía á separarse de su madre.

Luego que la hubo tomado, la entregó á otro de los esbirros, y volvió á extender los brazos.

Isabel pudo entonces volverse y asirse de las manos que se le alargaban. Con este auxilio se encontró pronto en terreno firme.

—Mi hija, dádmela ya...

—Ahora no puede ser, salgamos de aquí.

Y anduvieron hasta dejar la vereda.

—¡Mi hija!—volvió á decir entonces Isabel.

—Siento deciros que me es imposible devovéros-la en este momento—replicó el esbirro.

La desdichada madre sintió afluir á su cabeza su sangre toda, y exhaló un grito.

—Tranquilizaos, buena mujer...

—¡Oh!... Habéis jurado...

—Sí, he jurado devolveros á vuestra hija cuando no os amenace ningún peligro: pero este caso no ha llegado todavía, porque precisamente ahora corréis más peligro que nunca, puesto que estáis muy cerca de la horca y de la hoguera.

El abuso que cometía el esbirro, excusándose con el doble sentido de las palabras, no podía ser más horrible.

Para esto no encontramos calificación.

Era imposible que Isabel, al escuchar el juramento, hubiera pensado que se trataba de otros peligros que del que entonces corría.

Lo que sintió la infeliz es imposible explicarlo.

Relumbraron sus negros ojos como dos centellas.

Sus manos crispadas se levantaron.

Hizo un movimiento para lanzarse sobre el que tenía en brazos á su hija, que no cesaba de llorar y exhalar ayes lastimeros llamando á su madre.

Pero las duras manos de los esbirros sujetaron á Isabel.

—¡Oh!—exclamó la infeliz con el acento de una loca y clavando su terrible y ar-

diente mirada en el miserable que la había engañado.

—¡Maldito seáis!... ¡Oh!... ¡Maldito seáis, y que vuestro propio hijo sea el instrumento del castigo de la justicia divina!

El esbirro no pronunció una palabra ni tuvo valor para mirar frente á frente á Isabel.

Esta se oprimió el pecho, estremeciéndose violentamente y cayó sin sentido.

Cuando recobró el conocimiento se encontró entre densas tinieblas y sobre un suelo húmedo y frío lo mismo que la atmósfera pesada y nauseabunda que la rodeaba.

—¿Dónde estoy?—murmuró con voz débil.

Incorporóse y extendió los brazos.

Pero no encontró más que el vacío.

El frío desconsolador de la fiebre agitaba sus miembros y alguna vez hacía chocar unos con otros sus dientes.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

Con pasos vacilantes anduvo de un lado para otro. Al cabo de algunos segundos encontró una pared, más bien que húmeda, mojada.

No necesitaba más pruebas para convenirse de que durante su desmayo había sido encerrada en los subterráneos de la Inquisición.

Le era imposible sostenerse, y volvió á dejarse caer, exhalando gemidos y pronunciando el nombre de su hija.

El ruido de su voz se apagaba apenas se había producido.

Al cabo de algunos minutos le faltaron las fuerzas para gritar.

Algunos gemidos leves se escaparon de su pecho.

Lo que había sufrido era demasiado para las fuerzas humanas.

A no ser madre, no hubiera resistido tanto.

Una hora después, en aquel lóbrego recinto no se oía más que la respiración desigual y fatigosa de la desdichada madre.

Antes hemos dicho que la muerte era para aquellas dos criaturas una felicidad en la situación en que se encontraban.

La dejaremos para volver á la vivienda del abate, y presenciar la escena que allí tuvo lugar.

CAPITULO XII

SUFRIENTOS

Dejamos á David con el rostro empapado en frío sudor, profundamente agitado y apoyándose en la pared cerca de la puerta del aposento de Florentín.

No podía el pobre jorobado ver al abate ni á los que acababan de llegar; pero le bastaba oír para que cesara su incertidumbre, y no necesitaba más que escuchar el acento para comprender lo que al hablar sentían aquellos miserables.

Algunos segundos pasaron de silencio absoluto.

—Se miran—dijo para sí el jorobado—, y con la mirada se entienden... ¡Oh!... Tal vez se gozan en su triunfo.

No se equivocaba.

Claudio, sin hacer una sola pregunta y sin escuchar explicación alguna, dejó escapar una exclamación de júbilo satánico.

Todo lo comprendió David.

Su trastorno era indescriptible.

El infeliz puso una mano en la pared como si quisiera asirse para no caer al suelo, y apoyó también la frente, que se le abrasaba como si encerrase una hoguera.

Luego llevó á su pecho la otra mano, colocándola sobre el corazón, como si quisiera contener las violentas palpitaciones de éste.

Aunque ya estaba seguro de que Isabel había caído en manos de sus perseguidores, permaneció inmóvil en aquel sitio y escuchando con una angustia mortal.

Como si el abate hubiera querido disimular su contento, después de la exclamación de que hemos hablado, exhaló un suspiro y murmuró con acento que parecía ser de profunda tristeza:

—¡Loada sea Dios!... Me duelen los sufrimientos de esa mujer; pero es fuerza castigar la heregía.

Y después de un momento, añadió:

—Vuestro rostro me dice que habéis sido afortunados en vuestra noble empresa.

—Sí—respondió una voz que parecía ser la misma del miserable que había engañado á Isabel—, hemos sido afortunados; pero hemos tenido que vencer grandes dificultades, y ha faltado muy poco para que vuestras órdenes no puedan cumplirse sino á medias.

—No os entiendo.

—Nos hemos encontrado en el mayor de los apuros, en la situación más grave y más extraña que puede imaginarse, y á no proceder con mucha astucia, de nada nos hubiera servido la fuerza.

—¿Acaso—replicó Florentín—, estaba con ella ese miserable sacrílego que atentó contra mi vida?

—Nadie la acompañaba, nadie más que su hija.

—¿Entonces?...

—Había tomado un sendero donde apenas había sitio para colocar los pies; y llegó donde no pudo ni seguir adelante ni retroceder. A un lado tenía las rocas, al otro un precipicio...

—¡Oh!...

—Empezó á desmoronarse el terreno, y se asió á las peñas con una mano; mientras que con la otra sostenía á su hija, quedando inmóvil.

El jorobado tembló convulsivamente, y sintió que los cabellos se le erizaban.

Para contener un grito, tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos.

Comprendió que Isabel había equivocado el camino, que era el único peligro que él temía.

—¿Y cómo—preguntó el abate—, se os ocurrió tomar aquel sendero, cuando no era probable que ella hubiera huído por donde no había salida?

—No tomamos por allí, señor.

—No comprendo entonces cómo la encontrásteis.

—Íbamos por otra vereda en el corazón de la montaña; pero como anduvimos mucho sin descubrir á nadie en todo lo que alcanzaba nuestra vista, examinamos el terreno á uno y otro lado por si la fugitiva se había ocultado entre las quebraduras de la roca, con el fin de dejarnos pasar sin que la descubriésemos.

—Perfectamente.

Entonces fué cuando tuvimos la fortuna de verla, le gritamos para que se sostuviese mientras llegábamos en su socorro, y ella, que no nos reconoció, hizo cuanto pudo para darnos tiempo.

—Proseguid.

—Hasta entonces todo iba bien; pero cuando nos encontramos donde ella estaba, principiaron los apuros.

—¿No podíais sacarla de allí?

—Sí; pero era menester que antes nos

dejase tomar á su hija, y á esto se negó tan resueltamente...

—¿Prefería morir?

—Lo prefería.

—¡El suicidio!

—Parecía que estaba loca.

—Sí, el espíritu de Satanás la trastornaba, no debe dudarse.

—Sí, porque...

—Explicaos, pues no adivino lo que queréis decir.

—No es nada, señor, no es nada—replicó el esbirro, cuyo voz pareció alterarse ligeramente.

—Decid.

—A veces... tiene uno el ánimo... ya



Extendió los brazos y cogió á la niña que se resistía á separarse de su madre. (Pág. 43).

—Seguro estoy de que hubiera puesto en ejecución su loco intento; pues no tenía más que soltarse de la peña á que se sujetaba, y no hubiéramos podido evitar que rodase con su hija al abismo.

—Del dicho al hecho...

—No hay gran trecho; señor, no hay ninguna distancia cuando se ha perdido la cabeza.

—Es verdad—repuso tristemente el abate...—Será preciso exorcitar los malos espíritus que se han posesionado del alma de esa infeliz; porque mientras no la dejen, no volverá á la razón.

—Yo también creo que está poseída de Satanás, y esto es lo único que me tranquiliza.

—¡Qué os tranquiliza!—replicó Florentín con extrañeza.

sabéis que no soy cobarde, y sobre todo, que cuando cumplo mi deber, creo que hago méritos á los ojos de Dios.

—No os equivocáis.

—Pero esta noche...

—Acabad de explicaros.

—Para conseguir que la delincuente me entregase á su hija tuve que prometerle devolvérsela; me exigió un juramento y renové mi promesa; pero teniendo cuidado de decirle que le sería devuelta su hija cuando ella no corriese ningún peligro.

—Entiendo.

David entendió también lo que esto significaba; lo entendió, porque conocía demasiado los medios de que aquella gente se valía en ciertas ocasiones.

La indignación produjo en el jorobado tanto trastorno como dolor.

¡Cuán difícil le fué contenerse!

¡Qué esfuerzos tan inauditos tuvo que hacer para permanecer inmóvil!

Pero ¿qué hubiera adelantado con presentarse y arrojar al rostro de aquellos miserables toda la horrible fealdad de su inicuo proceder?

Se hubiera perdido inútilmente.

Se hubiera inutilizado para favorecer á la que amaba como á su madre.

David se oprimió más y más el pecho, clavando en él las uñas hasta hacer saltar la sangre.

Las palabras del esbirro le desgarraban el alma.

Sin embargo, debía continuar allí; era conveniente que siguiera escuchando.

Además, su noble corazón anhelaba participar de los sufrimientos de Isabel.

David hubiera creído cometer una ingratitud separándose de allí para evitar nuevos dolores.

—Cumpliré mi deber—murmuró.

Y apretó su abrasada frente contra el muro, cuya frialdad le consolaba.

—La delincuente—repuso el esbirro—, me exigió que hiciese para jurar la señal de la cruz, y que mi juramento lo pronunciasse en nombre de Dios y por la vida de mi hijo.

—¿Y vos?

—Juré.

—Bien, bien.

—Luego—repuso el miserable alguacil—, le dije que el peligro no había cesado para ella, puesto que estaba de la horca y de la hoguera mucho más cerca que antes, y por consiguiente no había llegado el caso de cumplir la promesa de devolverle su hija.

—¿Y ella?

—¡Oh!—exclamó el esbirro con voz más alterada que antes—, me maldijo con un acento que hacía temblar.

—¡Vos temblásteis!...

—Es que además de maldecirme...

—¿Qué hizo?

—Invocó á Dios, pidiéndole que hiciese á mi propio hijo instrumento de su justicia para castigarme...

—Tranquilizaos que la maldición de un réprobo equivale á la bendición del Omnipotente.

—Pero mi juramento...

—No habéis sido perjuro.

—Perdonad, señor abate; pero tengo una duda, y os suplico...

—¿Qué queréis?

—¿Qué es lo que vale cuando se jura, la intención ó la palabra?

—La palabra, que es la que expresa la intención, porque esta no puede verse por el que escucha.

—Hablo de la intención del que exige el juramento.

—¡Oh!...

—Si la intención de esa mujer...

—Ella—interrumpió el abate—, no puede creeros obligado más que á lo que vuestras palabras signifiquen: le dijisteis terminantemente que cuando no estuviera en peligro...

—Pero ella se refería solamente el peligro de morir entonces...

—La culpa no es vuestra: vos hablásteis de todos los peligros y en todo pensábais.

—Me confundo un poco...

—Además, vos no jurásteis voluntariamente, sino á la fuerza, obligado por las circunstancias, y con el santo fin de servir la causa de la religión.

—Es verdad pero...

—La Iglesia, en ciertos casos, está autorizada para relevar á una persona de la obligación de cumplir un juramento.

—¿Y á mí?

—Se os relevará, tranquilizaos.

—¡Ah!...

—Ya sabéis que desatado queda en el cielo lo que desata la Iglesia en la tierra.

—Gracias, señor... Y en cuanto á lo que se refiere á mi hijo...

—¿Qué os importa? La delincuente desea que vuestro hijo sea la causa de vuestra desgracia; pero esto no pasa de ser un deseo criminal de esa mujer, y comprenderéis que Dios no ha de concederle lo que pide.

—Tenéis razón; yo estaba ofuscado...

¡Oh! No sé lo que me sucedía cuando me miraba aquella mujer con los ojos relucientes como los de un tigre.

—En aquellos momentos estaba loca, y la mirada de loco produce siempre ese mismo desagradable efecto; pero es extraño que vos, valiente y con vuestra conciencia tranquila...

—No hablemos más de eso, señor aba-

te... Os aseguro que he vuelto á ser el mismo que siempre.

—Proseguid vuestro relato.

—Queda muy poco que decir.

—Sepamos.

—Después de maldecirme—dijo el esbirro—, la delincuente se desmayó.

—Os mandé tratarla con todo miramiento, porque se puede castigar á los criminales sin dejar de ser caritativos.

—Se han cumplido fielmente vuestras órdenes.

—Bien.

—Con todo cuidado ha sido conducida á su prisión, si bien allí la hemos dejado como hacemos con todos, porque así nos lo mandásteis.

—¿Y la niña?

—La guardo hasta que dispongáis lo que ha de hacerse.

—Lo dispondré muy pronto, apenas sea de día; entre tanto cuidad de ella porque la pobrecita no tiene al fin la culpa de los extravíos de sus padres.

—No tengo más que deciros.

—Idos, pues, y descansad, que bien lo necesitáis.

—¿A qué hora he de venir?

—Yo mismo iré á buscaros, y mientras, no solamente no dejéis entrar á nadie, en vuestra casa, absolutamente á nadie, sino que tampoco deis contestación á los que llamen á vuestra puerta.

—¿Y si alguien se presentase en vuestro nombre?

—Se conoce que aún estáis trastornado, porque de otro modo, no me haríais esa pregunta.

—Perdonad...

—¿Qué quiere decir nadie?

—Comprendo.

No hablaron más.

El jorobado, apoyándose en la pared porque no podía sostenerse, alejóse y entró nuevamente en su dormitorio, dejándose caer en su duro lecho mientras murmuraba con acento desgarrador:

—¡Madre mía!... ¡Dios mío cuanto sufro!

Llevó las manos á la cabeza, se oprimió las sienes, y quedó inmóvil.

Pocos momentos después oyóse que el abate decía:

—Habéis prestado un gran servicio á la santa causa; habéis contribuído á la gloria del Omnipotente... Bien, estoy satisfe-

cho... ¡Dios os bendiga, como yo lo hago en su divino nombre!

—Gracias, gracias—respondió el esbirro—. ¡Ah!... Jamás podré pagar tantas y tan inmerecidas bondades.

Luego sonaron las puertas al abrir y cerrarse, y la casa quedó silenciosa.

CAPITULO XIII

DAVID SIGUE PERDIENDO LA ESPERANZA

A las seis de la siguiente mañana el abate estaba ya vestido y daba algunos golpes á la puerta del dormitorio de David, diciendo:

—Vamos, hijo, ya es tarde... Bien se conoce que anoche corriste mucho; pero es preciso sacudir la pereza.

El pobre jorobado, que contra su costumbre permanecía á semejante hora en el lecho, respondió con un gemido y algunas palabras, que no pudieron entenderse.

Algunos minutos después salía con vacilantes pasos y se presentaba á Florentín.

Éste le miró atentamente y le preguntó:

—¿Estás enfermo?

—No señor—respondió David, cuyo rostro lívido y desencajado, revelaba sus horribles sufrimientos durante la pasada noche.

Esta contestación fué una torpeza, que no hubiera cometido á no encontrarse aturdido aún, porque su aspecto debía ser sospechoso, á menos que lo justificase la falta de salud.

A pesar de la ciega confianza que Claudio tenía en su protegido, fijó en éste una mirada escudriñadora y repuso:

—Algo te sucede.

—¿A mí!...

—Lo dice tu semblante, y en vano lo negarás.

—No estoy completamente bien; pero tampoco puedo decir que estoy malo.

—¿Qué sientes?

La frente de David se contrajo más de lo que estaba, y después de algunos momentos, respondió:

—Confesaré mi pecado, porque á vos no debo ocultaros nada.

—Sepamos.

—Lo que tengo no es otra cosa que el defecto natural de la ira. Muchas veces me habéis aconsejado para que no me deje dominar por esta pasión; pero hay momentos

en que toda mi voluntad es poca para tener calma.

—Sí, te he aconsejado y te aconsejo, porque ya sabes que la ira es un gran pecado y además uno de nuestros mayores enemigos, porque el hombre que pierde la calma comete torpeza tras torpeza y para nada sirve.

—Bien lo sé.

—¿Y cuál ha sido el motivo de tu enojo?

—Señor, hay momentos en que á uno le producen cierto efecto cosas que en otra ocasión se mirarían con indiferencia.

—No adivino...

Por lo que me habíais dicho del alquimista y su mujer, me interesó grandemente este asunto.

—Ya lo he visto.

—Cuando supe anoche que ella había logrado fugarse, tomé á empeño encontrarla.

—Poco te faltó para conseguirlo.

—Al estar sobre la huella, me consentí á realizar mi deseo, y no hay cosa peor que consentirse, porque el desengaño atormenta mucho. Ya sabéis lo que me sucedió; pero ignoráis que me sentí desesperado, hasta el punto de que he pasado una noche de agitación horrible, siendo mayor ésta, porque me mandásteis acostar en vez de darme gente para que me ayudara á buscar á la fugitiva.

—Pues tranquilízate—repuso Florentín, que no cesaba de mirar al jorobado—. Tranquilízate...

—¿La han encontrado?

—Sí.

—¡Ah!...

—Ya está en lugar seguro.

Los ojos de David se animaron y relumbraron como dos centellas; pero, como puede suponerse no era esto porque se alegrase, como fingía.

Lo que pasaba en su alma era imposible que lo adivinase Florentín.

Este y aquel guardaron silencio.

Ambos pensaban en lo mismo; pero era bien distinto el objeto que se proponían.

Por de pronto era imposible salvar á Isabel: esto no podría conseguirse sino esperando á que se presentaran algunas circunstancias favorables, y aún así era muy dudoso conseguirlo; pero ya que nada pudiera hacerse entonces en favor de la madre, David estaba resuelto á librar á la hija de la horrible suerte que la esperaba.

Para esto creía contar con medios seguros.

En todos los asuntos reservados y de importancia, daba Claudio la parte más principal á su protegido, y así creía éste que debía suceder en lo referente á la hija de Jacobo.

Cualquiera que fuesen los planes relativos al porvenir de la pobre niña, creía el jorobado que á él se le encargaría ponerlos en ejecución, si bien le inquietaban las últimas palabras pronunciadas por el abate la noche anterior.

De cualquier modo la cuestión era menester abordarla con muchísima habilidad.

Nunca había sido tan necesario el disimulo, y sin embargo nunca se había encontrado David con menos fuerzas para disimular.

—Preciso es—dijo para sí el desdichado

Y después de reflexionar algunos segundos, añadió en voz alta:

—Anoche me dijisteis que era preciso madurar porque tendríamos mucho que hacer, lo cual no me sorprendió; porque suponía que la delincuente no lograría escaparse.

—Pues yo temía que no la encontraran, y por eso creí que hoy nos ocuparía este asunto desde muy temprano; pero ya está encerrada.

—No me refiero á la madre, sino á la hija, porque supongo que no tendrá parientes que se encarguen de ella y como además es preciso evitar que se pierda el alma de esa niña...

—Tienes razón; pero según entiendo hay una familia cristiana que desea educar á esa criatura y hoy mismo se la llevará; si es que á estas horas ya no lo ha hecho, porque anoche mismo les envié un recado con los mismos que prendieron á la madre.

No necesitó más David para convencerse de que el abate quería en aquel asunto valerse de otras personas.

¿Qué razones había para que Claudio obrase así?

¿Desconfiaba de su protegido?

No desconfiaba; pero no creía que fuese la persona á propósito para secundar sus planes en aquella ocasión.

—Si os parece—repuso el jorobado con indiferencia—iré á ver á esa familia, y si

sobre su conducta hay necesidad de tomar informes...

—No es menester, hijo mío; la conozco perfectamente.

—Entonces...

—Descansa, que bien lo necesitas.

—Creo que me haría mal acostarme otra vez.

aparente pobreza y de su exterior humilde.

A cuantas personas se dirigió le hablaron con el respeto más profundo y como si se tratase, no de un agregado al supremo consejo del Santo Oficio, sino del inquisidor general que representaba tanto como el rey, y que mucho más poder que el rey tenía.



Se encontró frente á frente con el abate. (Pág. 53.)

—Pues bien, almuerza y vete á pasear, procurando distraerte para olvidar el disgusto que anoche tuviste.

Prefiero acompañaros según costumbre, si en ello no hay ningún inconveniente.

—¡Inconveniente!... Al contrario, hijo mío; puedo necesitarte y me alegraré tenerte á mi lado.

No era prudente seguir aquella conversación, porque se hubiera dado lugar á sospechas que á toda costa debían evitarse.

David guardó silencio, volvió á su dormitorio para arreglar su cama, y luego se ocupó en disponer el almuerzo.

Media hora después salía con el abate, y á los pocos minutos llegaron al edificio donde estaba establecida la Inquisición.

Cuando penetraron allí pudo conocerse mejor que nunca toda la importancia que tenía Claudio Florentín, á pesar de su

Florentín recibía aquellas muestras de respeto con el aire humilde que lo caracterizaba, y para todos tenía sonrisas y palabras las más agradables.

—Las primeras habitaciones que se encontraban en aquel edificio no indicaban el uso á que estaba destinado; nada se veía por allí que diese idea de que se entraba en una cárcel de donde muy rara vez salían los acusados sino para ir á la horca y á la hoguera.

No se encontraban macizas puertas ni grandes cerrojos, ni había en apariencia más guardas que un portero completamente desarmado, y algun otro esbirro que andaba por aquellas habitaciones.

En el piso principal estaban las dependencias del consejo; en el segundo había algunas habitaciones destinadas á cierta clase de acusados, y en las cuevas se en-

contraban los calabozos donde gemían muchos infelices.

Estas cuevas, según hoy mismo puede verse, llegan hasta cerca de la Plaza de Santo Domingo.

Algunos de sus departamentos recibían escasa luz y ventilación por agujeros que daban salida á los patios, y decimos por agujeros, porque aquellas aberturas no merecían el nombre de ventanas.

David recibió también saludos en que había algo de respetuoso, porque todos sabían que el jorobado, no solamente poseía la más completa confianza de su protector, sino que tenía medios de hacer mucho mal.

Lo que no puede el cariño lo puede el miedo en las almas ruines y cobardes.

A no ser así, el pobre jorobado hubiera tenido que sufrir también de los esbirros de la Inquisición las sangrientas burlas que había sufrido de los vecinos de la casa donde se había criado.

El abate, siempre seguido de David, atravesó algunas habitaciones y se encontró en una donde había dos ó tres hombres de aspecto verdaderamente horrible.

Todos ellos estaban vestidos de negro de pies á cabeza, y no había ninguno que fuese de escasa estatura y dejase de tener formas atléticas.

Cada uno de aquellos hombres tenía un manajo de llaves pendiente de su cintura.

Pusieronse en pie sin pronunciar una palabra y pareció que esperaban recibir órdenes.

El abate se dirigió á uno de ellos y le dijo con dulzura:

—Supongo que eres tú.

No necesitó el otro más explicaciones, porque respondió:

—Yo soy.

—Pues vamos, hijo.

El calabocero abrió una puerta, dejando libre el paso á Florentín y al jorobado, y entrando él luego y volviendo á cerrar.

Siguieron un pasillo, bajaron unos cuantos escalones y hubo necesidad de abrir otra puerta.

Entonces no entraron más que Claudio y su protegido; el otro cerró, quedando fuera.

Los dos primeros se encontraron en una habitación bastante reducida y que no recibía más luz que la poca que entraba por una ventanilla abierta junto al techo.

Allí había otro hombre, que también tenía en su cintura un manajo de llaves y que estaba sentado en una banqueta.

Al ver á Florentín, púsose en pie como hicieron los otros; pero no se cruzó una sola frase.

El hombre que estaba allí encerrado para guardar á otros, encendió una lámpara, abrió una puertecilla que estaba asegurada con dos cerrojos y dos cerraduras y los tres entraron en un lóbrego pasadizo, á cuyo final había otra puerta no menos fuerte.

Esta no fué abierta como la anterior, sino que el carcelero dió en ella algunos golpes.

Abrióse entonces una ventanilla que tenía dos barrotes de hierro y se pudo ver la nariz de una persona, que desde el otro lado dijo:

—Voy en seguida.

Y sonó el ruido de la llave al girar en la cerradura y rechinaron al correrse algunos cerrojos.

En otro aposento, escasamente iluminado, había seis hombres, armados con espadas, puñales y pistolas, y vestidos de negro como lo demás.

Todos ellos se inclinaron respetuosamente ante el abate, que les pagó con una dulce sonrisa, y el que había abierto alargó la mano á David, estrechándola como la de un amigo.

—Buenos días—le dijo el jorobado.

Y siguió á Florentín.

Entramos en todos estos detalles, porque los misterios de la Inquisición han de ser uno de los objetos principales de este libro, puesto que sin darlos á conocer no podríamos hacer una pintura exacta de aquella época tenebrosa cuyo solo recuerdo espanta.

Sin más que lo que llevamos dicho, se comprenderá que el infeliz que era encerrado en los calabozos de la Inquisición debía perder la esperanza de salir de ellos, por mucha que fuese su astucia, por agudo que fuese su ingenio, por temerario que fuese su valor.

El sistema que allí se observaba para guardar á los reos, hacía imposible toda tentativa de fuga, por ninguno de los medios imaginables.

La fuerza de nada servía, y el ingenio y el oro eran también inútiles, puesto que



los mismos guardianes puede decirse que estaban presos también.

Para relevar á los sombríos vigilantes, se observaban tales precauciones, que no parecía sino que se trataba de devolver la libertad al reo de más consideración.

El que llevaba las llaves, abrió otra puerta, y alumbrando con la lámpara empezó á bajar una escalera estrecha y húmeda.

Florentín y el jorobado le siguieron.

Bien pronto se encontraron en un sótano donde apenas podía respirarse.

El llavero abrió otra puerta, siguieron andando bajo una bóveda ennegrecida y húmeda, dejando atrás las entradas de algunos calabozos, en cuyo interior de algunos de los cuales resonaban angustiosos lamentos.

Nunca le había sucedido á David lo que entonces le sucedió; aquellos gemidos llegaron hasta lo más profundo de su alma.

Estremecióse David, experimentando alternativamente sentimientos de ira y de dolor.

El semblante de Claudio no se alteró en lo más leve.

Con una indiferencia horrible pasó junto á aquellas puertas como si á sus oídos no llegasen los mortales lamentos.

Cinco minutos después se detuvieron, y el guardián se dispuso á abrir la puerta de un calabozo.

—¡ Ah! — exclamó entonces Florentín, dándose una palmada en la frente.

Y volviéndose al jorobado le dijo:

— Podías haberte quedado fuera y estarías mejor: pero ya que has venido, espérame, aquí con la luz.

— ¿ Y yo? — preguntó el calabocero.

— Idos con los otros y volved luego para cerrar.

David se sentó en el suelo, cruzando los brazos y quedó inmóvil como quien está dispuesto á esperar sin impacientarse; pero sus negros ojos fijaron una mirada de avidez en la puerta del calabozo, cuyos cerrojos y llaves empezaron á rechinar.

Allí estaba Isabel, allí estaba la infeliz á quien el huérfano amaba con filial cariño.

Entró el abate.

Cerróse la puerta y se fué el carcelero

Entonces David se levantó, acercóse á la puertecilla, pegando á ella el rostro y escuchando mientras decía para sí:

— Ahora saldré de dudas; ahora veré si me equivoco en mis sospechas.

CAPITULO XIV

CÓMO SE ENCONTRABA ISABEL

Dejamos á Isabel tendida sobre el húmedo pavimento y presa de la más espantosa agitación.

La fiebre la devoraba, y si Dios no se apiadaba de la infeliz, su existencia debía **terminar brevemente**.

No puede decirse si quedó aletargada ó dormida; lo cierto es que permaneció inmóvil, que al cabo de una hora cesaron sus gemidos, y que no se oyó mas ruido que el de su respiración penosa y desigual.

Probablemente si en aquellos momentos la hubiesen interrogado sobre su estado físico y su situación, no le habría sido posible ni explicar lo que sentía, ni decir dónde se encontraba.

Los recuerdos de cuanto le había sucedido desde que se encontró junto al torrente, eran vagos, tan vagos como los que quedan de un ensueño.

Quando nos parece imposible una cosa, no acabamos de convencernos de que ha sucedido, por más que toquemos las pruebas.

Esto le sucedía á Isabel: no creía posible que la separasen de su hija, y aunque no la sentía entre sus brazos, se resistía á creer que su desgracia fuese una realidad.

La pobre madre se encontraba en ese estado de aturdimiento en que nada se ve claro.

Quando recobrase por completo el uso de su razón, sufriría mucho más de lo que había sufrido.

Sus ideas eran confusas, lo mismo que sus recuerdos en aquellas primeras horas de su desgracia, y no era posible que ésta la apreciase en su verdadero valor; pero después debía sufrir mucho más de lo que había sufrido, porque comprendería perfectamente hasta qué punto era horrible el porvenir que aguardaba á su hija.

No sabremos decir si por fortuna ó por desgracia, al amanecer empezó á calmar su agitación y á sentir más despejada su cabeza.

Abrió los ojos y miró á su alrededor.

Ya no estaba envuelta en negras tinieblas.

El calabozo en que la habían encerrado no era de los peores, puesto que tenía un agujero por donde penetraba alguna luz.

No era de los peores, y sin embargo había momentos en que las paredes destilaban agua, y el piso estaba húmedo y blando hasta el punto de que en él quedaban señalados los pies.

El abovedado techo, de poca altura, lo mismo que los gruesos muros, estaban ennegrecidos y daban un aspecto doblemente triste, verdaderamente lúgubre á aquel lugar.

Isabel hizo un esfuerzo, incorpórose, se pasó las manos por la frente, y luego se levantó.

Los nombres de su hija y de su esposo salieron de sus labios.

A pesar de que le preocupaba su situación, hizo en aquel momento lo que hubiera hecho cualquiera, lo que hacemos todos instintivamente al encontrarnos en un lugar que nos es extraño; es decir, miró á su alrededor, lo cual no le sirvió para otra cosa que para sentirse más y más horrorizada.

En uno de los rincones había un montón de paja medio podrida, y no lejos de allí veíase en la pared una anilla de hierro, de la que pendía una gruesa cadena, que terminaba con una argolla grande del mismo metal.

A poca distancia, y medio ocultos en la tierra, veíanse tres ó cuatro huesos de un cuerpo humano, cuya mate blancura se destacaba del negro color del pavimento.

Isabel no pudo contener un grito.

Aquella paja debía servirle de lecho, y los huesos le anunciaban el fin que podía tener.

En los calabozos de la Inquisición murieron muchos infelices de hambre y de sed. Hubo acusados á quienes se les olvidó por completo, y cuyos cadáveres se corrompieron y consumieron, no quedando de ellos más que la osamenta, que muchas veces ni siquiera cuidaban de recoger sus verdugos.

De este modo se inculcaba en aquellos tiempos la cristiana fe, de este modo se cortaba la herejía, de este modo se daba ejemplo de virtud y santidad.

Para imitar á Jesucristo se convertían aquellos católicos en verdugos, y esto lo hacían invocando el santo nombre del Redentor de la humanidad.

El hijo de Dios fué azotado, martirizado, vertió su preciosa sangre y espiró en la cruz como el más depravado criminal...

Ahora se nos ocurre una idea: los católicos de aquellos buenos tiempos, tan alabados por algunos no morían por su Dios; pero en nombre de Dios azotaban, atormentaban cruelmente y hacían morir en el suplicio á centenares de honradas criaturas. Estos infelices eran verdaderos mártires que probablemente fueron á la eterna mansión de los justos; eran sedientos de justicia, que la obtendrían con creces en la eternidad; eran desvalidos, que habían sufrido y llorado mucho en la tierra y habían de ser consolados en el cielo. ¿Se propondrían los inquisidores hacer mártires para aumentar el número de almas que debían alcanzar un lugar en la eterna mansión de los inefables goces?

¡Quién sabe!

La duda que acabamos de expresar puede ser hija de la candidez, por más que parezca desgarradoramente sarcástica; pero aun admitiendo el sarcasmo, de éste á la horrible crueldad de los verdugos de aquel tiempo, hay una distancia inmensa.

Isabel recorrió con pasos vacilantes su calabozo examinando cuidadosamente hasta el último rincón, y encontrando los más tristes recuerdos hasta en las paredes, pues en algunos sitios de éstas se veían grabadas, probablemente con las uñas; palabras con que algunos infelices poco antes de expirar habían expresado lo que sentían.

En los calabozos de la Inquisición era frecuente encontrar estas señales de dolor y de la desesperación.

La desdichada esposa empezó á leer aquellos letreros, de los que muchos estaban casi borrados.

De pronto se detuvo, exhaló un grito, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos: acababa de ver escritas las palabras siguientes:

«¡Hija de mis entrañas! Adiós, hija mía; ruega por tu madre y que Dios te bendiga.»

— ¡Otra madre — exclamó Isabel — ¡Otra madre, que ha sufrido lo que yo sufrí y que sucumbió sin que tuviesen piedad de la infeliz, que dejó este mundo sin poder dar á su hija el último abrazo, el último beso, sin poder dirigirle la postrer mirada!... ¡Ah!... Yo también moriré sin

ver á mi hija; yo también, para despedirme de ella, tendré que estampar su dulce nombre en estos negros muros... y tal vez soy más desgraciada aún, porque mi pobre hija queda en poder de ese miserable... ¡Oh!...

Isabel pareció recobrar las fuerzas.

Su cabeza se inclinó sobre el pecho y quedó pensativa.

Pocos segundos después su pálido rostro había cambiado de expresión.

—Sí—dijo con voz segura—, necesito vivir para mi hija, necesito vivir y recobrar la libertad... ¿Por qué he de abatirme?... Tengo un protector que vale mucho, tengo un hijo... ¡David, David!... ¡Ah! David velará por mi hija, y como cuenta con grandes medios, me sacará de aquí; sí, me sacará, aunque tenga que sacrificar su vida, porque está dotado de un alma grande y generosa, y me ama con el amor de un hijo... ¡Pobre criatura!... Yo también le amo como una madre.

Isabel debía sucumbir aquel mismo día, ó entregarse á una risueña esperanza, y he aquí cómo los ojos de su espíritu llegaron á entrever el primer destello de la esperanza más dulce.

Desde aquel instante renació su valor, y en vez de horrorizarse al examinar su calabozo, sintióse indignada cada vez que encontraba señales de sufrimientos y abusos.

Después de concluído el minucioso examen, volvió los ojos al agujero por donde entraba la luz y lo miró atentamente: era una abertura circular practicada en la bóveda y con dos barrotes de hierro en forma de cruz.

Esta abertura daba á un pequeño patio donde nadie entraba más que los vigilantes, que rara vez dejaban de colocarse allí.

Isabel acabó por sentarse en el montón de paja; estaba resuelta á esperar los sucesos con un valor que nadie hubiera creído en semejante situación.

No hay que decir que las esperanzas de Isabel reconocían un fundamento casi falso; porque si bien David contaba con grandes medios, nada le sería posible hacer en favor de la madre ni de la hija.

Entregada á sus pensamientos y esforzándose para justificar su risueña esperanza, pasó Isabel más de una hora.

Al fin crujió la puerta, que se abrió.

La esposa de Jacobo exhaló un grito,

levantó la cabeza, y se encontró frente á frente con el abate.

CAPITULO XV

FLORENTIN SIGUE DESESPERÁNDOSE

Los ojuelos del abate relumbraron como dos carbunclos, y fijaron en su víctima una mirada de avidez indescriptible, mientras decía:

—¿Os infundo miedo?

Isabel se repuso bien pronto, levantándose, y con acento del más profundo desdén replicó:

—¡Miedo!... No, no es miedo lo que me hace experimentar vuestra presencia, sino una repugnancia invencible, la repugnancia que sentimos al ver al reptil asqueroso que se arrastra á nuestros pies.

Por un instante se contrajeron los músculos del rostro de Florentín; pero luego, dilatándose nuevamente para sonreír con expresión que lo mismo podía ser de lástima que de burla, dijo:

—Si no soy ó no me consideráis más que un reptil que á vuestros pies se arrastra, un impotente reptil, ¿por qué con vuestros pies no me aplastáis? Nada valgo, señora, ya lo sé; bien poco, casi ninguno es mi poder; sin embargo, fué menester anoche que un miserable asesino me atacase traídoramente para libraros de mí... ¡Oh!... Pero la situación ha cambiado completamente: ahora no se aparecerá ningún protector vuestro, y me escucharéis, y aun habréis de mostraros más dispuesta á transigir. Tiempo habéis tenido para reflexionar, y además estáis viendo que mis amenazas no son vanas palabras para atemorizaros; ya no dudaréis que cumplo lo que digo...

—No lo dudo ni nunca lo he dudado—interrumpió Isabel con acento firme—; pero estoy decidida á no ceder á vuestras criminales exigencias.

—Hablemos con calma—repuso Claudio, acercándose más á su víctima—, porque lo mismo á vos que á mí nos conviene aprovechar el tiempo. Nada adelantamos, vos con decirme que me odiáis, yo con repetiros que no retrocederé. Examinemos la situación y decidamos de una vez. Por mi parte no puedo hacer más sino dejar que pronunciéis vuestra sentencia; pero no olvidéis que no es de vos precisamente de

quien se trata, sino de vuestra hija inocente que está en mi poder.

—¡ Oh!—exclamó Isabel con voz reconcentrada oprimiéndose las sienes—. Idos miserable, idos y dejadme morir en paz. Ya sé que nadie puede favorecerme; ya sé que mi pobre hija será la más desdichada de las criaturas; pero antes que su felicidad, antes que mi existencia, antes que todo es mi deber. No, mi hija me acusaría si á costa de la honra comprara yo su reposo: me acusaría y me despreciaría, me echaría en cara mi debilidad, y me preguntaría por qué no he sabido morir.

—Hay cosas que no quisiera deciros—repuso el abate con una calma horrible—pero me obligáis á ello... Escuchad.

—No, no quiero escucharos.

—¿ Qué haréis?

—Bien. hablad; pero no esperéis contestación.

—No habéis tenido más que un solo día de sufrimientos, uno sólo, y en tan pocas horas el dolor ha hecho estragos increíbles en vuestra belleza. Si ahora os viese yo por primera vez, estad segura de que vuestros magníficos ojos no encenderían en mi pecho la pasión que encendieron antes; porque, preciso es reconocerlo por más que sea muy triste, el dolor puede interesar, pero no enamora; el llanto conmueve, infunde lástima, pero no convida á los goces, porque no despierta el deseo... La naturaleza humana es así, y tenemos que aceptarla como es: tanto como atrae la alegría, repele la tristeza: tanto como la belleza entusiasma, desagrada la fealdad. Un rostro lívido y desencajado, donde no se ven sino huellas de lágrimas y expresión dolorosa; unos ojos enrojecidos por el llanto, unas pupilas que han perdido su brillo, y si algo expresan el sufrimiento...

—¡ Oh!... ¡ Basta, miserable, basta!

—Os hablo como siempre os hablé, con una franqueza que no habéis sabido apreciar y... permitidme que continúe.

—No, no...

Dentro de algunos días vuestra belleza me será indiferente; pero no por eso quedaréis libre de mí porque recordaré lo que habéis hecho, tendré necesidad de vengarme, y sobre todo me convendrá que desaparezcáis para siempre, porque de otro modo me sería imposible guardar á vuestra hija.

No podía llevarse más allá el cinismo.

El valor de Isabel no menguaba, pero empezaba otra vez á sentirse aturdida.

El abate la miró y después de desplegar una sonrisa horrible, añadió:

—Según he podido observar, vuestra hija se os parece, hasta el punto de ser vuestro retrato más fiel, y dentro de algunos años no habrá diferencia ninguna entre su belleza y la que me cautivó cuando os conocí; dentro de algunos años podrá mirársela y creer que no ha pasado tiempo ninguno, y que sois vos misma, más joven aún y con todos los encantos de la candidez y la pureza... ¡ Ah!... ¿ No adivináis?...

La desdichada madre horrorizada, exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Si ahora—dijo el abate— no veo satisfecho mi afán, gozaré al menos con una esperanza que forzosamente ha de realizarse, porque yo educaré á vuestra hija según me convenga, y si preciso fuese, vivirá encerrada y sin ver á nadie.

A pesar de esta amenaza terrible, no vaciló Isabel; el sentimiento de su honor y de sus deberes estaba en ella sobre todo.

La infeliz hizo un nuevo esfuerzo y replicó:

—Después de los hombres, está la justicia del Omnipotente, y aun en este mundo, pensad que mi hija tiene padre, que ese padre no se encuentra en vuestro poder, y que algún día se presentará para pedir os cuenta de vuestra conducta, se os presentará, y entonces... ¡ Oh!... Si supierais de todo lo que es capaz un padre cuando se le hiere en el corazón...

—No halaguéis la esperanza de que vuestro esposo os venga algún día, porque él ignora lo que sucede, lo ignora y jamás llegará á saberlo... ¿ Y quién ha de decírselo? Ha huído creyendo que la Inquisición le perseguiría; la Inquisición, entendedlo bien, pero no yo. Si algún día volviera, lo cual es casi imposible sin que venga á estos calabozos; si algún día volviera, repito, os buscaría sabría tal vez que el Santo Oficio se había apoderado de vuestra persona, preguntaría por su hija, y... ¿ Cómo había de decirle nadie lo que todo el mundo ignoraba? El buen Jacobo sufrirá, pedirá á Dios justicia, porque no puede pedirla á los hombres; pero ni siquiera pensará en mí, porque la misma ra-

zón hay para que piense en cualquier otro Inquisidor.

Desgraciadamente era demasiado verdad lo que el abate decía: Jacobo no podía pensar en él, y por consiguiente el horrible abuso quedaría impune y envuelto en el misterio, como otros muchos de la misma clase.

Además, ¿Qué había de hacer Jacobo, cuando estaba perseguido y tenía que huir de todos?

Si pasados muchos años, y á pesar de los peligros que le amenazasen, regresaba á su patria, ni siquiera recuerdo encontraría de los dos seres á quienes amaba tanto.

Anhelaría vengarse; pero ¿sobre quién descargaría sus golpes?

—No cedéis —añadió Florentín— porque tenéis esperanzas de salvaros y de salvar á vuestra hija.

—No.

—Sí; tenéis esperanza porque sabéis que hay una persona decidida á protegeros, una persona á quien tal vez no conocéis, pero que anoche os dió prueba del interés que le inspiráis.

—Ya sé que una vez aquí nada debo esperar.

—Esa persona no se ocultará mucho tiempo; hará nuevas tentativas, y entonces... ¡Oh! Yo os juro que ha de pagarme con creces el abuso que cometió no hace muchas horas.

Al oír esto, sintióse la esposa de Jacobo poseída de terror.

Pensó en David: estaba segura de que éste no la abandonaría, y era probable que le perdiese su deseo de salvarla.

Pero qué había de hacer la infeliz?

No creía tener derecho á sacrificar á nadie; pero tampoco estaba obligada á sacrificar su honra y sus deberes.

Cada observación del abate era un motivo de nuevo tormento para Isabel, y por consiguiente, ésta deseó más vivamente que nunca poner término á la conversación.

—¿Habéis concluído?—preguntó la desdichada, después de algunos instantes.

—Espero vuestra resolución.

—Ya la conocéis.

—Entonces, os haré la última advertencia.

—No la necesito.

—Aún os daré un nuevo plazo hasta mañana y si persistís en vuestra loca negati-

vas, la acusación con las pruebas de vuestros crímenes será presentada al consejo.

—¡Las pruebas de mis crímenes!...

—Sobran.

—No esperéis á mañana—replicó Isabel—; hacedlo ahora mismo, porque deseo presentarme al tribunal; sí, lo deseo porque entonces todo el mundo sabrá quién sois.

—¡Vana esperanza!

—¿Acaso pensáis que no diré la verdad?

—Es que no tendríais ocasión de decirlo, porque yo, nadie más que yo, os tomará las declaraciones; nadie más que yo, os interrogará, y si alguna vez os concede el consejo una audiencia, lo cual es casi imposible, se hará con vos lo que con muchos, ni se os escuchará...

—¡Oh!... ¡Y á eso llamáis justicia, y eso lo hacéis en nombre de Dios!

—Pensad que no he venido para que examinemos el proceder de los hombres, sino para saber...

—Basta—interrumpió Isabel.

—Pensad en vuestra hija.

—¡Basta, basta!

El rostro de Claudio volvió á contraerse, y un sordo rugido se escapó de su pecho.

—Soy un necio—murmuró—. Soy un necio cuando suplico, pudiendo mandar... Si, basta. Yo también quiero que esto concluya inmediatamente, concluirá pronto...

—Idos, ó no respondo de lo que haré—gritó la esposa de Jacobo con acento de amenaza.

—¿Qué haréis?

—Soy una mujer; pero el valor me sobra y la desesperación me da fuerzas... ¡Oh! No os acerquéis, no os acerquéis, porque me sobran alientos para ahogaros entre mis manos; no os acerquéis, si queréis vivir.

Era tan terrible la expresión del rostro de Isabel, relumbraban sus negros ojos con tanta intensidad, que Claudio tuvo miedo, tembló y retrocedió á su pesar.

Isabel adelantó hacia su verdugo con las manos crispadas y las pupilas chispeantes.

—¡Oh!...—exclamó el abate fuera de sí y mientras seguía retrocediendo hacia la puerta—. Ya no os amo, ya no os amo, pero me vengaré, os aniquilaré, y vuestra hija... ¡Ah!... Vuestra hija os reemplazará... Aún soy joven... Esperad, esperad ahora que os salve vuestro misterioso protector.

Y al pronunciar estas palabras, Claudio soltó una carcajada estridente y salió del calabozo.

Isabel, cuyas fuerzas se habían agotado, cayó de rodillas, cruzó las manos, elevó al cielo una mirada y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡Dios mío, salvad á mi hija!... ¡Hija de mis entrañas!

Entre tanto Florentín se alejaba, diciendo al jorobado:

—Vamos, vamos.

Si no hubiera estado el abate tan trastornado por la ira como estaba, hubiera podido ver que el rostro de David revelaba una agitación verdaderamente horrible, y que el infeliz andaba con pasos vacilantes y sin poder apenas sostenerse.

Lo que sufría se comprenderá con sólo decir que había escuchado la conversación.

Sin duda se habían disipado sus esperanzas y conocía perfectamente los motivos que habían impulsado á Florentín á tramar aquella horrorosa intriga.

David, noble y generoso, sufría lo que no es concebible.

Isabel era la única persona que había amado al pobre huérfano, y la vida de ella debía concluir bien pronto.

Salieron de los subterráneos, y poco después se encontraron en la calle.

Claudio se detuvo y meditó, como si dudara lo que había de hacer en aquellos momentos.

También su rostro estaba lívido y descompuesto, y en él se adivinaba fácilmente la borrasca que agitaba su espíritu.

Sin embargo, Florentín sabía dominarse, estaba demasiado acostumbrado á fingir, y á los pocos minutos había dado á su rostro la expresión que siempre tenía.

Cuando acabó de reflexionar, volvióse al jorobado y le dijo con dulzura:

—Nada hemos de hacer hasta la tarde; tú no estás mejor y te convendrá distraerte. Paséate mientras yo voy á casa y arreglo unos papeles... anda, hijo mío, anda, que tu salud me interesa mucho.

David, que también había reflexionado y empezado á trazar su plan, no hizo entonces observación ninguna, sino que, pronunciando algunas palabras de gratitud, se alejó hacia la plaza de Santo Domingo.

El abate, según había dicho, se encaminó á su vivienda, y cuando en ella estuvo, cubrió su cabeza con un gorro negro de

punto, sentóse junto á la mesa, apoyó en ésta los codos y la frente en las manos, y murmuró:

—Necesito meditar.

CAPITULO XVI

DAVID APROVECHA EL TIEMPO

David, apenas perdió de vista á su protector, apresuró el paso, hasta el punto de que hubiera sido muy difícil alcanzarle.

Dejó atrás la plaza de Santo Domingo, las estrechas calles que rodeaban el convento de Santa Catalina y los Caños del Peral, y siguiendo en la misma dirección, llegó bien pronto á la puerta de Guadalajara.

Una vez allí, tomó hacia San Salvador, atravesó la calle de Puerta Cerrada, que hoy se llama del Sacramento, bajó por los derrumbaderos que dan á la de Segovia, y pasando al opuesto lado como si se encaminase á San Francisco, llegó al cabo de un cuarto de hora á las sombrías, sucias y tortuosas calles del barrio, entonces extramuros, que aún conserva el nombre de Morería.

El lector habrá adivinado que David iba en busca de Simón.

Así era, puesto que el pobre huérfano llegó á la vivienda del malhechor, llamando á la habitación que éste ocupaba.

—¿Qué viento os echa por aquí?—preguntó Simón al abrir la puerta y ver al jorobado.

Este pasó por debajo del brazo de aquél, que aún tenía la mano en la hoja de la puerta, y después de entrar le dijo:

—Cierra, siéntate y escúchame.

Obedeció el asesino, sentóse y replicó:

—Aquí me tienes, temblando por si te ha dado el capricho de favorecer á otra rubia, lo cual me desagradaría, porque ¡cien legiones! le tengo á tu amo más miedo que á mismo Satanás.

—Permíteme que descanse, porque he corrido mucho y apenas puedo hablar.

—Te permitiré cuanto quieras ¡cuernos de Lucifer!, porque me tienes cogido por las orejas y tengo que hacer por tí lo que no haría por el que me llenase de oro.

—Paciencia, Simón; ten paciencia, que mi recompensa no consistirá sólo en mi silencio, sino que algún día te daré el oro que tantos ambicionas.

—¡Oro tú—exclamó el asesino soltando una carcajada burlona—. ¡Por mi abuela!, que debió ser una bruja, ¿tienes esperanzas de ser rico?

David miró desdenosamente al gigante y se encogió de hombros.

—Si no tuvieras algo que pedirme—añadió Simón—no vendrías á verme... ¡vive Dios!... Te quiero mucho, porque á pesar de que eres chiquitín y tienes el estorbo de la joroba, he visto pocos hombres con tanto corazón como tú. Mira, amigo David, tienes mucho entendimiento, y si piensas un poco, te convencerás de que no te conviene seguir haciendo el triste papel de perro del abate.

—¿Vas á proponerme que sea tu compañero—replicó David—, y que, unida mi astucia á la fuerza de tus puños, nos hagamos ricos?

—Precisamente.

—Tengo tanto valor como tú, no muchas menos fuerzas y más que otros hombres, como puedo probártelo, y debes comprender que si yo quisiera ser ladrón, para nada necesitaría tu ayuda.

—Bien dicen que todo chiquitín es atrevido.

—Dejemos lo que no nos interesa, y escúchame.

—Vuelvo á temblar.

—Ante todo te diré que estoy satisfecho de ti.

—Ya lo creo... Si hubieras visto cómo pateaba el sacristán... ¡Dios de Dios!... Debe estar hecho una furia con el que se atrevió á cogerlo por el gaza y hacerle bailar fuera de la ventana... Pero sin duda no sabes lo mejor: allí me encontré un esqueleto...

—Sí, sí, ya lo sé.

—Si entraron en la casa después que yo me fuí, creerían que era una aparición del otro mundo... ¡Já, já!... Fácil era que me hubiesen echado el guante; pero te confieso que me divertí... ¿Y la rubia?... ¡Cuerpo de Satanás!... Es un gran bocado; veo que tienes buen gusto; pero no entiendo que una mujer tan bonita se enamore de ti, á menos que no te haya visto por detrás.

—Simón—replicó David severamente—, de la mujer á quien protegistes no debe hablarse sino con el más profundo respeto: yo amo á esa desgraciada con el senti-

miento puro que inspira una madre, y ella me ama como si yo fuese su hijo.

—Perdona; pero...

—Lo que hicimos de nada sirvió.

—¿Le echaron mano al fin?

—Está en los calabozos de la Inquisición.

—¡Mil truenos!—exclamó el gigante.

—Y ahora.

—¿Quieres que nos metamos en el negocio de sacarla de allí?... Pues te hablaré con franqueza: una cosa es el abate cuando está solo, y otra es la Inquisición; y prefiero que cumplas tus amenazas...

—Déjame hablar.

—Es que á tus palabras les tengo más miedo que á los corchetes, porque no sé cómo te las compones que siempre acabas por convencerme, y esto es precisamente lo que quiero evitar.

—Tranquilízate, que ahora no intento sacar de su calabozo á esa infeliz.

—Entonces, dispón lo que quieras.

—Tal vez más adelante, si nos favorecen ciertas circunstancias...

—Entonces hablaremos.

—Sí.

—Ya te escucho—dijo Simón acomodándose lo mejor que pudo en su asiento.

—No sé si conoces á Crispín...

—¡Ira de Satanás!... ¿No he de conocerle?... Es uno de los mejores sabuesos de la Inquisición... ¡Libreme el diablo de sus uñas!

—¿Y sabes dónde vive?

—No solamente sé que habita en la calle del Recodo, sino que también puedo ponerte al corriente de toda su historia, que no deja de ser interesante.

—La conozco perfectamente.

—¿Qué quieres que haga con ese bribón?

—Que lo espíes, y nada más.

—¡Que lo espíe!

—Sí; ahora mismo irás á situarte en el sitio que mejor te parezca y estarás en observación.

—Lo haré, aunque no me gusta andar por aquellos sitios.

—El abate irá á casa de Crispín.

—¿Y qué más?

—No te olvides de cuantas personas entran y salen allí.

—¿No he de hacer otra cosa?

—Sí.

—Sepamos.

—Crispín tiene en su casa una niña de tres ó cuatro años.

—Las orejas apuesto á que es la hija de la rubia que guardaba el esqueleto.

—No te equivocas.

—¿Es menester apoderarse de esa niña?

—Ese es mi deseo; pero me parece que no podremos conseguirlo.

—Entonces.

—Bien sea Crispín ó cualquiera otra persona, ello es que sacarán de allí la niña, y hay que seguir á quien se la lleve.

—Entiendo.

—Si cuando esto suceda hay ocasión de apoderarse de ella, lo haremos, aunque supongo que se tomarán toda clase de precauciones para evitarlo.

Simón cruzó los brazos y meditó algunos momentos.

—Mira—dijo luego—, te sirvo por dos razones.

—La primera es porque me tienes miedo.

—Es verdad.

—¿Y la segunda?

—Te hablaré con franqueza, aunque abusos de mí.

—Acaba.

—Sin saber por qué, te he tomado cariño.

—Es extraño.

—A pesar de tu joroba, eres un hombre de provecho, y á mí me gustan los hombres que tienen corazón.

—¿Adónde vas á parar?

—Digo esto para que sepas por qué ahora quiero servirte.

—Lo que ahora me importa son los resultados; en cuanto á las causas...

—No me hables así, porque no te entiendo.

—Concluyamos.

—¡Voto á cien mil legionés!...

—No debemos perder el tiempo...

Según tus explicaciones, lo que deseas es ser dueño de esa niña.

—Si fuera posible...

—Lo intentaremos.

—¡Ah!...

—Dices que á esa criatura han de sacarla de la vivienda de Crispín, y es de suponer que esto lo haga una persona sola.

—Tal creo.

—Pues bien; al que la saque se le sigue, y cuando llegue á un sitio conveniente...

—¿Qué intentas?

—Se le pide la niña, y si no la da, se le quita, y si se resiste, con una puñalada se termina el asunto... ¡Por las uñas de Satanás!... Esto es una cosa muy sencilla...

—¡Sangre!—murmuró David con voz sombría.

—¿Sabes que no te reconozco?

—¿Por qué?

—Hoy eres otro hombre.

—Soy el mismo.

—Ayer no hubieras sido tan escrupuloso, mucho más cuando la persona que lleve la niña no ha de ser ningún santo.

David inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó silencioso.

Largo rato pasó.

—Acepto tu plan; pero creo que tú solo no podrás llevarlo á cabo: quien quiera que se lleve la criatura pondrá resistencia, y antes que se dé una puñalada se grita, se llama la atención.

—Estoy dispuesto á servirte.

—¿Y qué?

—Todo eso puede evitarse si me dejas hacer lo que me parezca.

—Explicate.

—Seguiré al que lleve á la criatura, y cuando estemos en sitio á propósito, antes de decirle una palabra...

—¡Oh!...

—No gritará, te respondo de ello, porque sé muy bien en qué parte he de herir.

El rostro del jorobado se contrajo más y más.

Dos días antes no hubiera encontrado inconveniente para hacer lo que Simón le proponía; pero entonces se sintió horrorizado.

Sin embargo, entre la perdición de la hija de Isabel y la muerte de uno de los cómplices del abate, no era dudosa la elección.

David tuvo que esforzarse para decidirse; pero decidióse al fin.

—Sea—dijo poniéndose en pie.

—Me parece el camino más corto...

—No hablemos más.

—Negocio concluído...

—Supongo que no necesitas más advertencias.

—No, porque todo lo comprendo: quieres proteger á esa familia, y ya que por ahora nada puedes hacer por la madre...

—Deseo salvar á la hija.

—Pues yo te aseguro que serás dueño

de la chiquilla cuando la saquen de la casa de Crispín.

—Adiós, Simón—repuso el jorobado alargando la diestra al asesino.

—¿Cuándo nos veremos?

—A la noche.

—¿Y si antes se concluyese este negocio?

—Guardarás á la niña hasta que yo la recoja.

—¡Dios de Dios!... ¿Qué he de hacer con ella?

—La tendrás aquí...

—Pero llorará, gritará...

—Procura acallarla.

—Si me das licencia para que la zurre...

—Al contrario, la tratarás con el mayor cariño, la arrullarás como una madre, si fuere preciso...

—¡Truenos y rayos!

—Desgraciado de tí si le haces el más leve mal.

—Al cabo de mis años quieres convertirme en nodriza... ¡Vive el cielo!... Afortunadamente la criaturita ya no debe mamar y no me hará cierta clase de exigencias que me pondrían en el mayor apuro.

Y al decir esto, Simón empezó á reir estrepitosamente.

—No te detengas—le dijo David.

—Descuida, que pronto me encontraré en la calle del Recodo.

—Dios nos proteja...

—O el diablo, que es igual, si conseguimos lo que queremos.

David se envolvió en su raída capa y salió mirando á todos lados para asegurarse de que nadie le observaba.

Lo que acababa de hacer no podía dar ningún buen resultado, tratándose de un hombre tan prevenido y astuto como el abate.

Este no sacaría de casa de Crispín á la niña sin tomar toda clase de precauciones, porque sabía desde la noche anterior que tenía un enemigo que era tanto más temible, cuanto que no era conocido.

David, con cuanta rapidez le fué posible, encaminóse otra vez á su vivienda.

CAPITULO XVII

UNA BRUJA CON APARIENCIAS DE BEATA

Cuando David llegó á su vivienda, ó para hablar con más exactitud, á la del

abate, encontró á éste, si no en la misma postura que lo dejamos, pero sentado junto á la mesa.

Nadie hubiera conocido en el semblante de Florentín lo que pasaba en su alma.

El pobre jorobado había hecho también lo posible para ocultar su agitación y aparecer tranquilo.

—No podríamos decir cuál de aquellos dos hombres valía más; pero esto precisamente nos disipa toda esperanza de que se salve la hija de Isabel.

—¿Te encuentras mejor?—preguntó cariñosamente Florentín á su protegido.

—Ya estoy completamente bien—respondió éste sonriendo como siempre sonreía.

—Me alegro.

—Supongo que tenemos mucho que hacer y espero vuestras órdenes.

—Si no me equivoco son las diez.

—Creo que sí.

—Pues bien—repuso el abate levantándose, quitándose el gorro y tomando el sombrero—, preciso es que pensemos en la comida.

—Hoy es viernes.

—Sí.

—Entonces prepararé un potaje y una ensalada, y además...

—Basta, David, basta: no podemos gastar mucho.

—Ya sabéis que yo me contento con bien poco; pero por vos haría también unas sopas de ajo.

—Puedes dejarlas para la cena.

—Como mandéis.

—Ocúpate del potaje, mientras yo salgo á evacuar algunos asuntos.

Estremecióse David: porque temió que el abate fuese entonces á casa del esbirro y se sacase á la niña sin dar tiempo á que llegara Simón.

—Señor—dijo el jorobado—, tendréis que esperar algunos minutos, porque no hay judías y he de ir á comprarlas.

—Pon garbanzos, es igual.

—Tampoco tenemos.

—Pero si debe haber lentejas.

—Muy pocas si acaso...

—No importa, porque apenas si tengo apetito.

—¿Y la ensalada?

—Debe haber.

—Pero el vinagre...

—Pues bien, suprime la ensalada y la comeremos á la noche.

—El pan...

—Lo comprarás cuando yo vuelva.

No hizo David más observaciones.

—He de acompañaros?

—Ni es preciso, ni posible, puesto que has de ocuparte de la comida.

—Entonces...

—Volveré antes de las doce—replicó Florentín.

Y salió.

David se dejó caer en una silla y quedó inmóvil.

¿Llegaría Simón á tiempo?

Esta duda atormentó horriblemente al pobre jorobado.

Pero era preciso no dar el más leve motivo de sospecha, y á los pocos segundos se levantó y fué á la cocina para preparar el potaje, porque hay que advertir que, desde mucho tiempo hacía, David era también el cocinero de Claudio.

Este subió la calle de la Inquisición, y siguiendo con sus leves y menudos pasos y su aire humilde, se encontró al cabo de diez minutos junto á la iglesia de San Ginés.

Una vez allí, entróse por la calleja que termina en el cobertizo, que aún se conserva, y al llegar á éste se detuvo á la puercecilla de una casa, miró á su alrededor y, convencido sin duda de que no le observaba nadie, entró en un portal muy estrecho, muy húmedo, muy sucio y muy obscuro, atravesándolo, entrando por otra puerta y encontrándose en un lóbrego patio de poca extensión.

Allí volvió á detenerse, levantó la cabeza, miró á las tres ó cuatro ventanas que se descubrían, y no viendo en ellas á nadie, entró en un pasillo y dió algunos golpes con la mano en una puerta que apenas se distinguía entre la obscuridad.

Bien pronto oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Abrid, señora Justina, respondió el abate.

Y un segundo después se encontraba frente á una vieja medio corcobada, medio derrengada, coja, pequeñuela, flaca, con el rostro cetrino y los ojos colorados como tomates, despeñados y lagrimosos.

Nada más feo ni repugnante que esta mujer.

—Dios os bendiga, hermana—le dijo Florentín con dulce acento.

—¡Ay, señor!—exclamó ella con voz agria y chillona—, ya me teníais triste y sin sosiego, porque hace más de una semana que no me dispensábais la honra de venir á consolarme. ¿Ha estado enfermo vuestra merced?... No lo quiera Dios... ¡Jesús!... Eso sería una desgracia que yo no podría soportar.

—Tranquilizaos, señora Justina—replicó Florentín entrando.

Y se sentó en una de las desvencijadas banquetas que había en el aposento, cuyas amarillas paredes estaban casi enteramente cubiertas de estampas, con imágenes de santos pegadas, las unas con engrudo, y las otras, por sus cuatro extremos, con pedazo de miga de pan reblandecida.

La vieja, que tenía todas las trazas de una condenada bruja hipócrita, estaba mal vestida de estameña negra, y pendiente de la cintura llevaba un gran bolsillo, ó más bien talego de cuero del mismo color, amén de unas camándulas con medallas y cruces que le llegaban casi hasta los pies.

Sentóse frente al abate, y exhalando un suspiro, dijo:

—Aquí me tiene vuestra merced dispuesta á servirlo en todo cuanto sea menester, para mayor gloria de Dios y bien del prójimo.

—Precisamente vengo para haceros un encargo de mucha importancia y que no podría confiarse á nadie más que á vos, cuya lealtad está probada.

—Ya sabéis...

—Sí, ya sé... pero...

Claudio se interrumpió, levantó la cabeza, miró á todos lados, aspirando repetidas veces como un perro que olfatea, y añadió:

—Me alegro, hermana Justina, me alegro mucho.

—¿De qué?—preguntó la vieja, mientras sacaba un trozo de sucio pañuelo y se limpiaba dos lágrimas amarillentas que empezaban á correr por entre las arrugas de su rostro.

—¿De qué ha de ser sino de que hagáis fortuna?

—¡Fortuna!—repitió la vieja, mirando sorprendida al abate.

Este, como quien tiene la más completa seguridad de lo que dice, replicó:

—Digo que hacéis fortuna, porque tenéis recursos para trataros bien.

—No os entiendo...

—¿Seríais capaz de mentir por primera vez en vuestra vida?

—¡Jesús, María y José!... ¡Dios me libre, padre!

—No tenéis motivos para ocultarme nada, porque ya sabéis que deseo vuestro bienestar, y, sobre todo, no hay nada más justo sino que cada cual procure pasarlo bien, siempre que no ofenda á Dios.

—Es verdad que hace algunos días la Providencia ha querido favorecerme.

—Veamos vuestras provisiones—dijo Florentín, sonriendo maliciosamente—: el olorcillo es agradable, y debíerais, como otras veces, haberme ofrecido tomar un bocado, lo cual hoy me hubiera venido muy bien, porque he pasado mala noche y aun estoy en ayunas.

—Pues nunca mejor ocasión, porque es preciso sepa vuestra merced que hace cinco días me encargué de arreglar la comida á un sobrino que está de paso en la corte, y hoy le preparé unas viandas para el camino, porque ha de irse al medio día.

Y al decir esto, la señora Justina se levantó, abrió las puertas con celosía de una alacena y sacó dos platos de Segovia, el uno con trozos de jamón recién frito, y el otro con algunas tajadas de macho guisadas con cebolla.

La ración era más que suficiente para satisfacer á un hombre de buen apetito.

Florentín no hizo observación alguna á lo del sobrino, á pesar de que estaba seguro que todo era una mentira.

—Ya veis—dijo, volviendo á sonreír— que tengo buen olfato.

—No cometeré la torpeza de ocultar nada á vuestra merced... Esto no es todo, pues tengo también pasas y queso, y si vuestra merced ha pasado mala noche, le convendría tomar un sorbito de vino añejo, que también puedo ofrecerle por casualidad.

—Bien, hermana, bien: dadme lo que mejor os parezca, y mientras me repongo, os hablaré del grave asunto que me ha traído.

Justina colocó una pequeña mesa delante del abate; puso en ella un mantelillo, el jamón, un vaso de estaño y una jarra con vino tinto, y fué á calentar el guisado.

Cuando todo estuvo dispuesto, volvió á sentarse la vieja, y dijo:

—Aquí me tiene vuestra merced dispuesta á servirlo con tan buena voluntad como siempre.

Claudio empezó á engullir con avidez y sin acordarse, según santamente suponemos, de que era viernes.

Cuando dió fin al jamón, bebió un vaso de vino, y disponiéndose á comer el encebollado, dijo:

—Habéis de saber, buena hermana, que hemos tenido la fortuna de coger *in fraganti* delito á una desdichada que se había entregado á Satanás, y era una de las brujas más temibles que se han conocido.

—¡Jesús!—murmuró la vieja santiguándose.

—La tal bruja, probablemente para sacrificarla y aprovechar la sangre, había robado una pobre criatura que no tendrá más de cuatro años.

—¡Qué horror!

—Dios ha querido que lleguemos á tiempo para salvarla; pero todavía no ha sido posible hacer confesar á la bruja quién es la madre de la niña.

¿Y qué pensáis hacer de esa infeliz?

—Es preciso guardarla hasta que se averigüe quién es su familia.

—Sí, porque no ha de dejársela abandonada.

—Eso sería lo mismo que condenarla á morir.

—¿Es posible que haya criaturas tan malas?

—Tan posible es, como que estáis viendo que no pasa mes sin que la santa Inquisición se vea precisada á quemar á una, dos ó más de esas criaturas condenadas.

—¡Qué horror, qué horror!

—Hermana, Dios nos libre de las tentaciones de los espíritus infernales.

—Sí, Dios nos libre—repuso la vieja, santiguándose otra vez.

—Pues bien—dijo el abate después de llenar y apurar otra vez el vaso—, no solamente es menester cuidar de esa niña, sino evitar que se apoderen de ella los cómplices de esa bruja, puesto que hay muchos motivos para creer que la tal bruja tiene cómplices.

—¡Pobrecita criatura!

—Para conseguir esto es menester confiarla á una persona temerosa de Dios y

que, además, sea bastante fiel y astuta para no dejarse engañar ni sorprender.

—Ciertamente.

—El Consejo me ha encargado buscar una persona á propósito para el caso, y como os conozco y sé lo que de vos puede esperarse...

—Gracias, señor, muchas gracias.

—He pensado en vos...

—Pero yo no soy más que una servidora fie...

—Y también astuta.

—¡Oh!...

—En fin, cuando yo creo que podéis guardar á la niña, mis razones tendré.

—Vuestra merced haga lo que mejor le parezca; pero es tan grave la responsabilidad...

—Por eso será bien recompensada.

—No he pensado en semejante cosa.

—Y, por otra parte, esto no ha de durar más que algunas semanas, ó todo lo más algunos meses.

—Si vuestra merced lo ha dispuesto, bien está.

—Escuchad las advertencias que tengo que haceros.

—Ya escucho.

—Primeramente, nadie ha de saber que tenéis aquí á esa niña, absolutamente nadie.

—Descuidad.

—Hay vecinos demasiado curiosos...

—No importa.

—Y no solamente no ha de saberse que estáis encargada de semejante criatura...

—Entiendo, señor, entiendo: la niña no ha de salir de aquí; he de procurar que nunca grite ni llore.

—Y habéis de cuidarla con todo esmero.

—¿Qué más?

—En pago de este servicio se os darán seis ducados cada mes.

—¿Seis ducados?—murmuró la vieja.

Y después de algunos momentos, añadió:

—Pero apenas bebéis, padre... Tomad, tomad.

Y llenó de vino el vaso.

El abate bebió, sonrió maliciosamente, y dijo:

—Os parece poco lo ofrecido, ¿no es verdad?

—Sí, es poco, porque todo está muy caro y porque he de tratar bien á la niña.

—Y porque se os exige gran reserva y

se os castigaría sin compasión si cometiéseis una torpeza, lo cual debe también pagarse.

—No lo digo por eso...

—En vez de seis ducados, tendréis ocho. ¿Os parece bien?

Justina hizo un gesto de duda y volvió á llenar el vaso.

—El Consejo—añadió Florentín—está escaso de fondos, porque tiene muchos gastos; pero se hará con vos lo que yo quiera, y para que veáis hasta dónde llega mi buena voluntad, se os darán diez ducados... ¡serán doce!

—¡Ah!...

—¿Qué decís ahora?

—No hablemos más: venga la niña...

—Vendrá.

—¿Cuándo?

—A la noche, no sé á qué hora.

—Es lo mismo cualquiera.

—Estaréis prevenida para abrir apenas oigáis toser en la calle dos ó tres veces, porque si llamasen á la puerta, sería fácil que algún vecino observara lo que no es menester.

—Así se hará.

—Se os presentará un hombre, y sin decirnos una palabra os entregará la niña.

—Yo la tomaré...

—Y nada le preguntaréis.

—Está bien.

—Abriréis y cerraréis la puerta sin hacer ruido alguno.

—Eso es fácil, porque ya le habré untado jabón en los goznes.

—Sois prevenida, y eso me agrada.

—No queda más que un inconveniente, que me será imposible vencer.

—¿Cuál?

—Si á la niña le da gana de llorar en aquellos momentos...

—No llorará, porque estará dormida.

—Puede despertar...

—El sueño será pesado, porque se le habrá dado á beber cocimiento de adormideras.

—Vuestra merced es tan prevenido como yo.

—Es menester pensar en todo.

—Sigo escuchando.

—No tengo más que decirnos sino que yo vendré todos los días por si algo ocurre.

Iba Justina á replicar; pero la interrumpió el abate con una exclamación que parecía ser del horror más profundo.

CAPITULO XVIII

EL ABATE SIGUE DANDO PRUEBAS
DE SU PREVISIÓN

—¿Qué os sucede?—preguntó la vieja, fingiendo á su vez que se asustaba.

—¡Dios mío!... ¿Qué es lo que acabo de hacer?... ¡Ah!...

—Pero...

—¿Acaso, hermana, no habéis pensado que hoy es viernes?

—¡Viernes!

—Sí.

—Es verdad... Jesús me valga... ¿Cómo he podido olvidarlo?

—He aquí—dijo el abate cruzando las manos—, he aquí la obra de Satanás, cuyo soplo trajo á mis narices el olor de las magras, trastornando mi cabeza y anulando mi memoria... ¡Oh!... Verdad es que la desgracia de esa pobre niña me tenía preocupado... Quitad, señora Justina, quitad esos platos de ahí; tirad los restos de ese manjar.

—Sí, sí, voy á tirarlos ahora mismo, para que ni el gato los coma.

—¡Horror, horror!—murmuró el abate ocultando el rostro entre las manos.

No quedaban más que algunos trozos de cebolla, y mientras los tiraba la señora Justina, dijo:

—Me acuerdo que otra vez me sucedió esta desgracia y tuve que tomar vomitivo y confesar aquel mismo día.

—Yo no puedo hacer eso—replicó el abate—, porque los eméticos me trastornan de tal modo que me postran por dos ó tres días lo menos, y ahora tengo necesidad de estar en pie para ocuparme de gravísimos asuntos.

—Bien pensado, la intención vuestra...

—A pesar de eso...

—Voy á darle á vuestra merced el queso y las pasas, que nada tienen que ver con la vigilia.

—Nada me déis, hermana, porque el disgusto me ha quitado el apetito.

—¡Válgame Dios!...

—Señora Juliana, no puedo detenerme.

—Hasta mañana, padre mío.

—Hasta mañana.

Salió Florentín.

—Me parece—dijo la vieja mientras se limpiaba los ojos—que el jamón lo ha encontrado tierno y dulce y el guisadillo tampoco le ha desagradado... Docé duca-dos... ¿Qué diablos de enredo será este de la chiquilla?

La calle del Recodo forma un ángulo casi recto, y tiene su entrada por la de Isabel la Católica, antes de la Inquisición, y la salida á la de la Flor Baja, de modo que desde uno de los extremos de la calle tan irregular y fea es imposible ver el otro. El por qué se le dió el nombre que aun conserva, se adivina con sólo ver su forma; lo que no se comprende es que aun subsista semejante calle en uno de los mejores barrios de Madrid.

El segundo trozo, es decir, en el que está á la parte de la calle de la Flor, y en una casa de pobre apariencia y de negras paredes, tenía su vivienda Crispín.

Simón, según había prometido, situóse en la calle de la Flor, observando desde allí la morada del esbirro y dirigiendo de vez en cuando miradas á uno y otro lado para ver si alguien fijaba la atención.

Su trabajo fué completamente inútil durante el día.

Llegó la noche y se extendieron las tinieblas en el espacio.

En aquella época no se conocía el alumbrado público, y en las calles no se veían más luces que las de algún sucio farol colgado de los nichos que con santas imágenes se veían en muchos sitios.

Pero aquella noche, lo mismo que la anterior, la falta de luces la suplió el claro resplandor de la luna.

La paciencia de Simón se agotaba, y si allí se detenía contra su voluntad, era por el miedo que, con sobrada razón, le infundía el jorobado.

Muy pocas personas transitaban por allí. El asesino se paseaba, jurando y maldiciendo como un condenado.

Más de una vez se ocultó en el hueco de la puerta cochera de la suntuosa casa de los condes del Aguila, edificio de que anteriormente hemos hecho mención al hablar de aquella parte de Madrid.

Pasaban las horas sin que nadie entrara en la calle del Recodo ni se oyese el menor ruido en la vivienda de Crispín.

En todos los campanarios de iglesias y conventos, que entonces eran muchos, resonó el toque de ánimas.

—¿Tendré que pasar aquí toda la noche?—murmuró Simón—. Por los cuernos de Satanás!... Si ese jorobeta no pudiera enviarme á la horca en un decir amén... ¡Voto á cien legiones!

¡Paseóse nuevamente.

Siguió transcurriendo el tiempo con la misma lentitud para el asesino.

El silencio era cada vez más profundo y ya nadie pasaba por allí.

Volviéron á sonar las campanas, dando el toque de *quedada* para que los vecinos honrados se recogiesen y se apagasen las luces en las casas.

Aún pasó cerca de otra hora.

Entonces se oyó el ruido de algunos pasos por la parte de la calle de la Inquisición.

—¿Serán ellos?—dijo Simón.

Y colocándose junto á la esquina de la casa de los condes del Aguila, miró y vió una linterna y el bulto de cinco ó seis hombres.

Estos avanzaban hacia donde se encontraba el asesino, que se retiró hacia la puerta cochera.

Acercándose á ellos, y á favor de la luna y de la luz que llevaban, hubiera podido reconocerse al abate Florentín, á cuyo lado iba David, siguiéndolos cuatro esbirros con las espadas desnudas.

¡Con cuánta violencia palpitaba el corazón del huérfano!

Creía haber conseguido lo que tanto deseaba, puesto que iba á saber lo que se hacía con la hija de Jacobo.

El abate había dicho á David que lo acompañara, y éste debía presumir que él iba á ser el encargado, si no de cuidar á la niña, de llevarla adonde hubiera de quedar.

—Ahora veo—decía para sí el jorobado—que han sido inútiles mis prevenciones; pero no importa: nada he perdido.

Entraron en la calle del Recodo.

Detuviéronse junto á la casa de Crispín, y el abate llamó.

Pocos momentos después se abrió cuidadosamente una ventana.

Y preguntaron desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Abrid—respondió el abate, cuya voz no podía confundirse con ninguna otra.

Y cuando estuvo libre la entrada, dijo el abate:

—Esperadme aquí.

Y penetró solo en la casa.

La frente de David se contrajo: era la primera vez que en asuntos de tal naturaleza el abate se mostraba reservado con su protegido.

¿Por qué le mandaba quedar en la calle?

Esto era incomprendible para el jorobado.

Lo que al principio había parecido una prueba de confianza, era todo lo contrario.

Si Claudio había dicho á David que lo acompañara, no había sido para darle participación alguna en el asunto, sino para asegurarse de que entretanto el huérfano no iría á ninguna parte ni hablaría con ninguna otra persona.

Esta desconfianza no reconocía motivo alguno que debiera tomarse en consideración; pero desde la noche anterior Claudio miraba recelosamente á cuantos le rodeaban.

¿Quién era el protector misterioso que se había introducido en casa de Isabel?

En fuerza de reflexionar, Florentín había concluido por convencerse de que entre los servidores de la Inquisición, entre los que más adictos se le mostraban había forzosamente un traidor.

David había dado muchas pruebas de una lealtad nada común; pero esto no importaba, porque Claudio sabía que la fidelidad de cien años desaparece en un minuto, puesto que la lealtad suele ser hija de las circunstancias, y cambia con éstas.

A un hombre como Florentín podía sorprendersele, pero no engañarsele.

No transcurieron más de cinco minutos cuando se abrió la puerta, saliendo Claudio con el esbirro que debía llevar la niña, según podía colegirse por el bulto que se advertía bajo su ancha capa.

David fijó en ambos una mirada afanosa, y esperó con ansiedad lo que sucedía.

Pero Florentín no hizo otra cosa que decir:

—Vamos.

Crispín debía haber recibido instrucciones, porque echó á andar delante de todos sin preguntar el camino que debía seguir.

Nadie pronunció una palabra.

Salieron de la calle del Recodo y tomaron hacia la plazuela de Santo Domingo.

Simón lo había observado todo, y á favor de la luna pudo reconocer al jorobado,

cuya talla y figura no podía equivocarse con ninguna otra.

—¿Debo seguirlos?... Me parece innecesario, puesto que él va; sin embargo, por lo que pueda ocurrir, observaré.

Y á distancia de unos quince ó veinte pasos, procurando no hacer ruido al andar y buscando siempre la sombra que proyectaban las casas, se fué tras de los otros.

—No más que tener cuidado, ya os lo he dicho.

Los cuatro esbirros se volvieron y fijaron su mirada en el gigante.

Entonces Claudio, dirigiéndose al que llevaba la niña, le dijo:

—No me equivoqué.

—No necesito deciros lo que habéis de hacer...



Miró y vió á cinco hombres. (Pág. 64).

Llegaron junto al convento de Santa Catalina.

Precisamente en aquel momento Simón se encontraba en medio de la plazuela, recibiendo de lleno los resplandores de la luna.

—Quietos—dijo el abate.

Detuviéronse todos.

David se estremeció.

Florentín era uno de esos hombres que dirigen la mirada con tanto disimulo, que parece que de nada se aperciben precisamente cuando ven más.

—Mirad—dijo á los esbirros, señalando hacia donde estaba Simón.

—Sí, un hombre...

—Tened cuidado con él.

—¿Hemos de prenderlo?

—Descuidad.

—Pues que Dios os proteja.

Crispín echó á andar nuevamente como si se encaminara al Arenal de San Ginés. Sin saber lo que hacía, David dió un paso para seguirlo.

Empero Florentín lo detuvo, diciéndole:

—Nosotros hemos de quedarnos.

El pobre jorobado sintió afluir á su cabeza toda su sangre; pero logró contenerse y no pronunció una palabra.

Ya había desaparecido Crispín, cuando los demás continuaban en el mismo sitio.

Simón permanecía también inmóvil.

Al cabo de algunos minutos, el abate dijo al huérfano:

—No habrás olvidado lo que me sucedió anoche.

—¡Olvidarlo!... ¡Oh!...

—¿Te parece imposible que se llegue á descubrir al miserable que me sorprendió y me arrojó por la ventana?

—Si no imposible, por lo menos muy difícil.

—¿Quieres— replicó Florentín sonriendo maliciosamente—, quieres que yo te diga dónde se encuentra en este momento ese miserable?

—¡Señor!...

—Míralo allí—repuso Claudio volviendo á señalar hacia Simón.

—¿Cómo sabéis?...

—No me sorprende verlo aquí esta noche, ni tampoco será la última vez que lo encontremos. Ayer se presentó á favorecer á la madre, y hoy quiere llevarse á la hija; pero anoche podía contar con la sorpresa y no ha pensado que á mí no se me sorprende más que una vez.

—Me parece—dijo el jorobado—, que vuestra sospecha no es muy fundada. Ese hombre...

—Es un criminal.

—Lo supongo—respondió David—, porque á estas horas y en este sitio...

—No se encuentra por casualidad.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé, porque lo he visto en la calle de la Flor cuando íbamos á entrar en la del Recodo.

—¡Ah!

—¿Qué te admira?

—Me sorprende...

—Además, repara bien, y te convencerás de que es poco menos que un gigante y de que debe tener unas fuerzas hercúleas.

—¿Y qué deducís de eso?

—El que anoche me sorprendió parecía tener las manos de hierro.

—Hay muchos hombres así.

—Estoy seguro de no equivocarme.

—Fácilmente podemos convencernos.

—¿Cómo?

—Somos bastantes para apoderarnos de él aunque intente resistir.

Claudio volvió á sonreír y replicó:

—Dios me libre de cometer semejante torpeza.

—¡Torpeza!

—Sí.

—No os entiendo.

—David, te sobra talento y eres astuto; pero aún tienes pocos años.

—No puedo compararme á vos.

—A veces no eres tan reflexivo como debieras y te dejas llevar de la primera impresión.

—Pero ahora...

—Voy a probarte que cometeríamos una gran sorpresa si intentáramos prender á ese hombre en estos momentos.

—Os agradeceré que os expliquéis.

—Mientras permanezcamos aquí, ese hombre no se moverá.

—¿Y bien?...

—Apenas demés un paso, lo verás huir, seguramente hacia el barranco de los Caños del Peral.

—Si de todos modos hemos de dejarlo esta noche, no creo que se pierda nada por intentar cogerlo. Si él corre, correremos también, y si no conseguimos darle alcance, porque nos lleve mucha delantera...

—Entonces él conseguirá lo que quiere.

—Cada vez os entiendo menos.

—Al huir dará la vuelta por Santo Domingo y procurará salir al encuentro de Crispín, logrando así averiguar adónde éste deja la niña, ó tal vez sorprendiéndolo y quitándosela.

David se mordió los labios y apretó los puños desesperadamente.

Como se ve, no hemos exagerado al decir que era imposible engañar al abate, y que todo lo más que podía conseguirse era sorprenderlo.

Pasó un cuarto de hora más.

Ya no era posible que Simón, por mucho que corriese, diese alcance á Crispín.

—Vamos á ver si me equivoco—dijo el abate.

Y dirigiéndose á los esbirros, añadió:

—Haced todo lo posible para apoderaros de aquel hombre.

Inmediatamente echaron á correr hacia donde estaba Simón; pero éste, haciendo lo mismo, tomó por la cuesta de Santo Domingo.

David corrió también.

Perseguido y perseguidores dejaron atrás el convento; pero al llegar á lo que es hoy calle de la Escalinata, y que entonces no era más que un barranco, Simón desapareció sin que pudiera decirse dónde se había ocultado.

Los esbirros y David buscaron por todas partes cuidadosamente; pero en vano.

Convencidos de que no habían de encontrar al delincuente, tuvieron que abandonar aquel sitio; y volvieron donde los aguardaba el abate.

Este, que ya esperaba lo que al fin sucedió, no parecía contrariado y se concretó á decir:

—¿Te has convencido?

—Sí—respondió David, esforzándose para disimular lo que sentía—; me he convencido de que aún me falta aprender mucho.

—Hijo mío—repuso Florentín, mientras se encaminaba nuevamente á la calle de la Inquisición—, entre los que me rodean hay un traidor; y es preciso conocerlo.

—¡Un traidor!—dijo David con voz sombría.

—Sí.

—Todos tienen bien probada su lealtad.

—Para la lealtad no hay pruebas posibles: después que un hombre nos ha servido fielmente en una ocasión, podemos estar séguros de que hasta entonces no nos ha engañado; pero no debemos tener la misma seguridad para el día siguiente, para después de una hora ni de un minuto.

—Eso me parece exagerado...

—Judas había dado muchas pruebas de lealtad á su Divino Maestro...

—Señor...

—En los que me sirven hay también un Judas.

—¿Sospecháis de alguno?

—De ninguno y de todos.

—Entonces...

—No me tomaré el trabajo de buscarlo.

David miró con sorpresa al abate.

—No—añadió éste—, no me tomaré ese trabajo, porque él mismo ha de venir muy pronto á darme el ósculo falso, y en seguida se descubrirá.

—¡Oh!...

—¿Lo dudas?

—Me parece que tan grave asunto no debe fiarse á la casualidad.

—David, ten presente que es casi imposible averiguar si un hombre es traidor, porque no hay medios de penetrar en su alma; pero en cambio al traidor le es

imposible ocultarse por mucho tiempo porque más ó menos tarde comete una torpeza, siempre deja un cabo suelto y concluye por darse á conocer.

—¿Es decir que para buscar á los traidores...

—No hay que buscarlos, es preciso dejar que ellos se presenten.

Por extraña que fuese esta teoría, no dejaba de ser acertada, y con ella el abate acababa de dar una prueba más de su nada común inteligencia y de su refinada astucia.

El abate Florentín no era un hombre vulgar.

Pero cada vez que demostraba lo mucho que valía, sufría más y más el pobre huérfano, porque perdía la esperanza de vencer en la sorda lucha que había entablado con aquel hombre singular.

David tembló; pero no por miedo á que se descubrieran sus intenciones y se le castigara, sino porque le fuera imposible salvar á la tierna hija de Jacobo, ni mucho menos á Isabel.

Llegaron á la humilde morada de Florentín, entrando éste y el jorobado después de despedir á los esbirros.

Un cuarto de hora después llegó Crispín y dijo:

—Sin novedad.

Y se fué sin recibir contestación.

No necesitaba David más explicaciones.

Las palabras del esbirro significaban que la niña había quedado en poder de la persona que debía guardarla.

La primera tentativa del huérfano había sido, pues, inútil.

CAPITULO XIX

ACABA DE CONOCERSE LA SITUACIÓN DE DAVID

Aquella noche, lo mismo que la anterior, no durmió David.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó mil veces.

Pero no acertaba á responderse más que:

—¡Están perdidas, están perdidas!...

¡Oh!...

El tiempo debió parecerle demasiado breve, porque á medida que pasaba se hacía más grave la situación de las dos víctimas, y sin embargo, le pareció que las horas

eran interminables, como si hubiera debido esperar algo bueno á la mañana siguiente.

Una vez que Claudio desconfiaba de todos, no creía el jorobado que se le dijese dónde estaba la hija de Jacobo.

En esto no se equivocaba.

¿Y qué medios había para descubrirlo? No había más que uno, y este no podía ponerlo en práctica David, porque se haría sospechoso desde el momento que hablase de semejante asunto.

Para comprender bien esto, es preciso dar á conocer algunas circunstancias que ignora el lector.

La confianza ó aprecio que muestra un superior á cualquiera de sus inferiores, es bastante para que los compañeros de éste miren hasta con odio al que recibe la distinción.

El criado que consigue captarse la voluntad de su señor, es para los demás sirvientes un enemigo.

Así sucedía con el jorobado.

Todos cuantos trataban de cerca al abate, guardaban toda clase de consideraciones á David; pero interiormente lo miraban con envidia y deseaban una ocasión en que hacerle mal.

Crispín era el que más motivos tenía para considerar al huérfano como un rival temible, ó más bien como un estorbo para hacer su fortuna, porque creía que solamente en él hubiera depositado Florentín toda su confianza, sino hubiera tenido á su lado otro.

Aunque el esbirro hubiera estado dispuesto á dejarse sobornar, al intentar esto David, hubiera el miserable aprovechado la ocasión para decirle á Claudio:

—Ahí tenéis al traidor que nos era desconocido.

No se ocultaba esto al jorobado, y por consiguiente, debía guardarse muy bien de dar paso alguno con Crispín.

Además, ¿qué había de conseguir tampoco sin dinero con que ganar al esbirro?

Con éste no le era posible hacer lo mismo que con Simón, porque los crímenes de Crispín, aunque muchos, eran cometidos para servir á la Inquisición, y por consiguiente en vez de castigo, merecían un premio á los ojos del abate.

En vano caviló toda la noche el pobre David.

No encuentro más que dos medios, pero de resultado nada seguro.

Uno consistía en encargar á Simón que se entendiera con Crispín; pero esto ofrecía dos inconvenientes: el primero, que Simón no podía disponer del oro necesario para sobornar á un hombre como el esbirro, y el segundo, que podía darse así á conocer, no dejando duda de que él era el misterioso protector que se había introducido en casa de Isabel la noche de la prisión.

El otro medio consistía en espiar al abate; pero ¿qué se conseguiría cuando éste estaba prevenido y creía ver un traidor hasta en su propia sombra?

Al amanecer, fatigado el espíritu y agotadas las fuerzas, se durmió el jorobado.

Empero su sueño no fué ni reparador ni tranquilo.

Al día siguiente estaba quizá en peor estado que el anterior; pero esforzose cuanto pudo para ocultar lo que sentía, y aguardó con impaciencia los acontecimientos.

El abate no hizo alteración ninguna en su sistema de vida, ni se mostró preocupado.

Sus delgados labios se entreabrían para sonreír como de costumbre y sus ojos brillaban como siempre.

Nadie hubiera podido adivinar la borrasca que agitaba el espíritu de aquel hombre.

Sólo á David le era dado leer á través de la máscara con que el abate ocultaba su alma.

Después que hubieron almorzado; éste se dispuso á salir diciendo como siempre al huérfano:

—Vamos hijo mío.

David lo siguió como la sombra al cuerpo. Fueron al tribunal.

Florentín, después de saludar á los que encontró á su paso, entró donde trabajaba.

El huérfano quedó en una antecámara, donde había varios dependientes del Santo oficio.

Esto mismo sucedía diariamente.

El jorobado, con su perdón, más que un criado, parecía un perro de Florentín.

Cuando tenía ganas de hablar, dirigía la palabra á los dependientes que estaban á su lado, y éstos le respondían amablemente, lo cual equivalía á acariciar al perro del señor para adular á éste.

Si David no tenía ganas de conversación,

sentábase en el rincón más obscuro y nadie le incomodaba ó andaba de aposento en aposento.

Se habían acostumbrado todos á verlo vagar por el edificio, y su presencia no interrumpía ninguna conversación ni extrañaba á nadie.

Así pasaba el tiempo hasta el medio día, hora en que amo y criado iban á comer.

Si por la tarde ó por la noche tenía Florentín que trabajar, sucedía lo mismo, y cuando iban á visitar á algún personaje ó á palacio, también lo seguía David, quedando en las antecámaras, pensativo y callado unas veces y hablando otras con los criados.

Raras veces quedaba en casa David; pero cuando esto sucedía, mientras aguardaba á su protector, entregábase á la lectura ó á sus sombríos pensamientos.

Con este sistema de vida resultó que David fuese tan conocido como el mismo abate, y lo que es más, que llegase á tener esa importancia, nada halagüeña las más veces, que tienen los seres raros en cualquier concepto.

Muchos, en vez de llamar al huérfano por su nombre, al hablar de él no decían sino «el perro del abate,» y con decir esto ya se sabía de quién se hablaba.

Para la plebe, que aunque fanática, odiaba la Inquisición, y particularmente para los que habían sido perseguidos por ésta, el pobre David tenía en el cuerpo el espíritu de Satanás, y no le faltaba más que haber sido cojo para que se hubiera creído que era el mismo Asmodeo.

Las más veces, cuando la Inquisición se apoderada de algún infeliz, al hablar del suceso sonaba el nombre del jorobado, culpándolo de la desgracia, por más que fuese completamente ajeno á ella.

¿Puede la fatalidad ensañarse más cruelmente con nadie que se ensañaba con el pobre David?

Imposible hubiera sido encontrar una criatura tan desgraciada.

Se le acusaba, se le miraba con horror y se le odiaba.

Y sin embargo, el huérfano tenía un corazón sensible y generoso, era un ser como pocos, digno de compasión, de consideración y de cariño.

¡Pobre David!

Todo esto, que él lo sabía perfectamente,

había contribuído á encender más y más su odio contra la sociedad.

¿Qué había hecho para ser desde su niñez víctima de la injusticia de los hombres?

Imposible parecía que en fuerza de sufrimientos y desesperación, no hubiese llegado David á una depravación la más completa y de imposible remedio.

Se necesitaba toda su grandeza de alma para conservar los gérmenes de nobleza que al fin dieron su fruto cuando encontró á Isabel.

Después de comer, el abate dijo á su protegido:

—Puedes quedarte ó salir.

—¿No he de acompañaros?

—No.

—¿Volveréis tarde?

—A las oraciones—respondió Florentín.

Y salió con la sonrisa en los labios.

—¡Oh!—exclamó David, dejando entonces ver en su rostro lo que sentía—. ¡Ahora debe ir á verla!... ¿Qué haré?

Meditó algunos instantes.

—Tal vez—añadió luego—, me deja en completa libertad para tenderme un lazo. Lo conozco bien; desconfía de todos, de todos, sin hacer excepción de mí... Sin embargo, así no puedo estar, algo he de hacer... probaré y veremos.

Volvió á reflexionar.

Decidióse al fin.

Tomó el sombrero, se envolvió en su negra y larga capa y salió.

El abate se encontraba todavía en la calle de la Inquisición y dirigióse hacia la plazuela de Santo Domingo.

—No he de hacerme sospechoso si me encamino al centro de la población—murmuró David.

Y tomó también calle arriba.

Llegó Florentín á la Plazuela, atravesándola hasta la embocadura de la calle de Preciados.

Pero allí se detuvo.

—¡Oh!—exclamó el huérfano—; no quiere seguir hasta convencerse de que nadie le observa... Tomaré por aquí y veré lo que hace.

Y se colocó tras una de las esquinas de la calle de Convalecientes, que es la misma que después tomó el nombre de Ancha de San Bernardo.

Desde allí pudo ver como Claudio se vol-

vía y miraba disimuladamente á todos lados, dirigiéndose luego hacia Santa Catalina.

El jorobado atravesó entonces también la plazuela, bajó corriendo la cuesta de Santo Domingo, y sin detenerse un instante siguió junto á las tapias de la huerta de la Priora, dejó á la derecha los barrancos de los Caños del Peral, y se encontró bien pronto en el arenal de San Ginés.

Entonces dejó de correr, y andando siguió como si fuese á la Puerta del Sol.

A los pocos minutos vió que el abate desembocó por la calle de Santa Catalina, y que se detuvo mirando á derecha é izquierda.

No le fué posible á David ocultarse.

Florentín sonrió, esperó y cuando llegó el jorobado, le dijo con dulzura:

—Cuando nos separamos, nos reune la casualidad.

—Es que yo debo haber nacido para estar á vuestro lado.

—¿A dónde vas por aquí, hijo mio?

—A la Puerta del Sol...

—Y luego á las gradas de San Felipe, ¿no es verdad?

—Tal vez me acerque por allí.

—Bien, bien: así oirás lo que cuentan los desocupados y murmuradores, y luego podrás darme noticias.

—¿Venís hacia ese lado, señor.

—Hasta San Ginés, donde pienso entrar á ver á mi amigo el cura.

—Si queréis que os acompañe, os esperaré rezando en la iglesia.

—Tiempo tienes de rezar: ahora distráete.

—Me es indiferente.

—No importa: la distracción es precisa de vez en cuando, para que descanse el espíritu.

—Me encuentro bien.

—Hace dos ó tres días que te veo triste y preocupado, y ya sabes cuanto me intereso por tí.

—Mi carácter no es alegre...

—Adios, hijo, hasta luego.

Habían llegado á San Ginés, donde entró el abate.

¿Era prudente hacer nuevas tentativas de observación?

No, porque si Florentín hubiera encontrado por segunda vez al jorobado, no habría necesitado más para fijar sus sospechas.

Convencióse David de que nada conseguiría esperando al abate, porque éste estaba demasiado sobre aviso.

Lo que acababa de suceder lo probaba así.

El pobre jorobado se desesperaba.

Para no cometer una grave imprudencia, para contenerse y evitar que la situación de todos se hiciese más crítica, necesitábase toda su fuerza de voluntad, y aun más que ésta, la costumbre de sufrir, callar, y disimular.

Si no hubiese habido más peligros para él, David se hubiese abandonado á la suerte de la mujer á quién daba el nombre de madre, y de la inocente criatura á quién él miraba ya como á una hermana.

Era, pues, preciso hacer algo.

¿Pero qué?

En vano cavilaba el huérfano, en vano se atormentaba.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y andando lentamente, llegó á la Puerta del Sol.

Allí se detuvo y siguió meditando.

Enteramente absorto en sus tristes ideas, no se apercebía de nada de lo que pasaba á su alrededor.

Muy cerca de media hora transcurrió, media hora tan perdida como las anteriores.

Si Isabel hubiese tenido parientes, estos podrían haber acudido, pidiendo que se devolviera la libertad á la interesada ó que se les entregase á la niña; pero si tales parientes había, lo ignoraba David.

Este se convenció al fin de que no había más que un solo medio: el de que Simón intentara arrancar á Crispín el secreto del paradero de la inocente criatura.

No era semejante medio el que ofrecía mejores resultados; pero no pudiendo disponer de ningún otro, David se decidió á ponerlo en práctica, y sin detenerse un instante más tomó por la calle de la Almudena para ir en busca del asesino.

CAPITULO XX

Á SIMÓN LE OCURRE UNA IDEA COMO SUYA

Posible es que á muchos de nuestros lectores les parezca inverosímil y aun absurdo lo que vamos relatando, porque no todos saben lo que era la Inquisición.

Se creará que por muy riguroso que aquel

tribunal fuese, era al fin un tribunal y no podían cometerse abusos como el que ahora nos ocupa.

¿Cómo, preguntarán algunos, podía prenderse á una persona sin acuerdo del tribunal?

¿Cómo se la encerraba sin otras formalidades y se la dejaba poco menos que olvidada en un calabozo?

¿Y cómo sin un motivo, aunque fuera muy leve, podía condenársela?

A todo esto debemos decir que cualquiera de los inquisidores ó secretarios del tribunal tenía sobrado poder para mandar que se apoderasen de una persona, sin que los demás se cuidasen de ello ni les importase mucho.

El secreto, el engaño, la perfidia y todos los abusos eran la regla de conducta de los inquisidores.

Si la silla de San Pedro la ocupaba un Pontífice bondadoso é inclinado á la justicia, la Inquisición se valía de todos los medios imaginables para eludir el cumplimiento de los breves pontificios, y que esto no es una exageración, lo probaremos con los hechos en el transcurso de esta historia.

Y así como los tribunales y el inquisidor general hacían lo posible para no cumplir las órdenes superiores cuando no les convenía, los inquisidores engañaban al general, y del mismo modo engañábanse unos á otros, pudiendo hacerlo así porque todo entre ellos era secreto y misterioso.

Concretándonos á Isabel, debemos advertir que había motivo sobrado para que la Inquisición la condenase, haciéndole sufrir el más horrible de los castigos, y la sentencia podía fundarse en que la infeliz, como esposa de Jacobo, era cómplice de éste, y Jacobo estaba acusado de nigromancia, brujería y no sabemos cuantas cosas más.

Verdad es que aun probada la criminalidad del marido, no era posible hacer lo mismo con la complicidad de la esposa; pero ésta había dejado de cumplir su deber, puesto que no se había presentado á delatar á su marido, según estaba terminantemente mandado por el tribunal.

Esto es horrible, espantoso y hasta repugnante; pero desgraciadamente es verdad; desgraciadamente en aquellos tiempos de tinieblas llegaron los pueblos á tal extremo de barbarie, y hubo muchos hombres que hasta tal punto abusaron del santo nom-

bre del Omnipotente, puesto que en nombre de Dios se hacía todo esto, en nombre y para esplendor de la religión católica.

Las ordenanzas de la Inquisición imponían á los hijos el espantoso deber de ser delatores de sus padres, y sólo haciéndolo así se libraban de ser castigados, á pesar de ser inocentes.

El hijo que delataba á su padre heredaba los bienes de éste y quedaba en el ejercicio de sus derechos civiles, otorgándole esta gracia porque se consideraba que así había probado ser buen católico.

¡Buen católico el hijo que acusaba á sus padres!...

Y el que esto no hacía, quedaba privado de su herencia, su nombre era infamado, y además se le inhabilitaba para ejercer empleo ni oficio alguno, y aun se le condenaba al destierro.

Esto solo bastaría para dar idea de lo que era la Inquisición; pero aún es muy poco.

Una simple sospecha, una delación sin más pruebas ni fundamento que la fe del desconocido que la hacía, era bastante para encerrar á un infeliz en los calabozos de la Inquisición, para atormentarlo y llevarlo á la hoguera.

Bastaba que una persona, cualquiera que fuese su clase ó rango, pronunciase una sola palabra que no fuese muy favorable á los inquisidores, bastaba esto, repetimos, para que se le tratara peor que al último criminal.

Y el delator no faltaba nunca; no faltaba, porque aun entre la gente honrada y de nobles sentimientos, había quien impulsado por el fanatismo de aquella época, se convirtiese en delator, creyendo con toda su alma que así hacía una buena obra y que quedaba absuelto de todos sus pecados.

La Inquisición nada respetaba; su autoridad no era dependiente más que de la autoridad pontificia, que la dejaba obrar; no reconocía por superiores ni aun á los obispos, y por consiguiente obraba á su antojo.

Más de una vez fueron excomulgados jueces y oidores de las chancillerías por haberse atrevido á sentenciar en un pleito civil con arreglo á derecho y á justicia, pero contra uno de los individuos del tribunal llamado Santo.

¿No habían de hacer esto con un juez, cuando lo hacían con los reyes?

¿Y quién era bastante osado para oponerse á las resoluciones del Santo Oficio?

Nadie, porque la excomuni6n por lo menos se levantaba inmediatamente sobre su cabeza.

La Inquisici6n no necesitaba ejércitos para ser dueña del mundo, y más particularmente en nuestra patria, porque era un pueblo fanático, y bastaba una amenaza espiritual para hacerle inclinar la cabeza.

Después de decir esto se comprenderá que nada era más fácil que condenar á Isabel, y por consiguiente que David debía perder la esperanza de salvar á la que daba el nombre de madre.

El esqueleto, los crisoles, y sobre todo las murmuraciones de los vecinos del arrabal de San Ginés, eran más que suficientes para que Jacobo de Tordesillas y su esposa fuesen condenados á la hoguera, sin que nadie se cuidara más de la niña, como no fuera para hacerla mucho más infeliz que dejándola abandonada.

¡Pobre Isabel!

David encontró en su casa á Simón, hablándole de lo que era preciso hacer para descubrir el paradero de la niña.

El gigante escuchó atentamente.

Su frente se contrajó.

Luego juró y blasfemó según su costumbre y concluyó por decir:

—Ni que estés ni que no estés enamorado de la rubia, es lo cierto que te has vuelto loco.

—No, Simón, no estoy loco: lo que exijo de tí es posible.

—Cualquiera diría que no sabes lo que es la gente de la Inquisición. ¡Voto á cien mil legiones!

—Yo mismo haría lo que te propongo; pero Crispín me aborrece, y no dejaría esta ocasi6n sin perderme.

—¿Y qué crees que hará conmigo?

—Contra tí no tiene motivos de odio.

—No puedes tener queja de mí: ya sabes lo que hice anteanoche sin que nada me detuviera; pero entonces, con ahogar al abate en caso de apuro, todo estaba concluido.

—¿Es decir...

—Que no—replicó el gigante con firmeza.

—Simón...

—Haz lo que quieras.

—Piénsalo bien...

—Lo he pensado. ¿Qué adelantaré con intentar servirme? Nada, porque me echarán mano y me encerrarán, y antes de quince días me habrán quemado vivo. ¡Por el mismo Lucifer!... Después de lo que ha sucedido, no es menester más sino que yo hable á Crispín de esa niña, para que se adivine quien tiró al abate por la ventana.

Y si esto me lo perdonarían, tú mismo puedes decirlo... ¡Dios de Dios!... No, chiquitín, no: si hago lo que quieres, me arriesgo á perder mucho y á no ganar nada. De todas maneras, si han de llevarme á la Inquisición, más vale que sea por cualquier cosa que por haber puesto las manos sobre Florentín; porque por esto, después de descoyuntarme, me asarían vivo, y por otro delito cualquiera, aun por hereje, quizás se contentarían con ahorcarme.

A su modo Simón razonaba perfectamente, y lo que decía no podía ser más exacto.

David hizo un gesto de desesperaci6n.

—No te enfades, ¡cuernos de Lucifer!—dijo el gigante—. No te enfades, que me sobra la razón.

—¡Oh!... De todo soy capaz...

—¿Hasta de una injusticia conmigo?

—Sí.

—¡Vive el cielo!... Me pides un imposible, y porque no lo hago...

Interrumpióse Simón, y fijó en el huérfano una mirada siniestra.

Quizá en aquellos momentos le ocurrió la idea de que fácilmente saldría del compromiso acabando con la vida de David.

Este debió adivinar el pensamiento del asesino, porque lo miró con desdén diciéndole:

—Eres un cobarde...

—¡Yo cobarde!—gritó Simón, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Y además de cobarde, eres estúpido.

—David, no me tienes la paciencia...

—¿Crees que vengo aquí, que pongo mi vida en tus manos sin prevenirme de modo que no puedas tocarme á un solo cabello?

El gigante rugió y apretó los puños; pero no se movió.

—Si antes de que yo saliese de aquí intentases tu hacerlo...

—Entiendo.

—Y si pasasen tres horas y yo no hubiese salido.

—Entiendo, entiendo, ¡voto á Satanás!

—Hablemos pues.

—Bien, hablemos y dime como hacer para conseguir lo que deseas.

—Para hacerle hablar á Crispín no hay más de dos medios: la fuerza ó el oro.

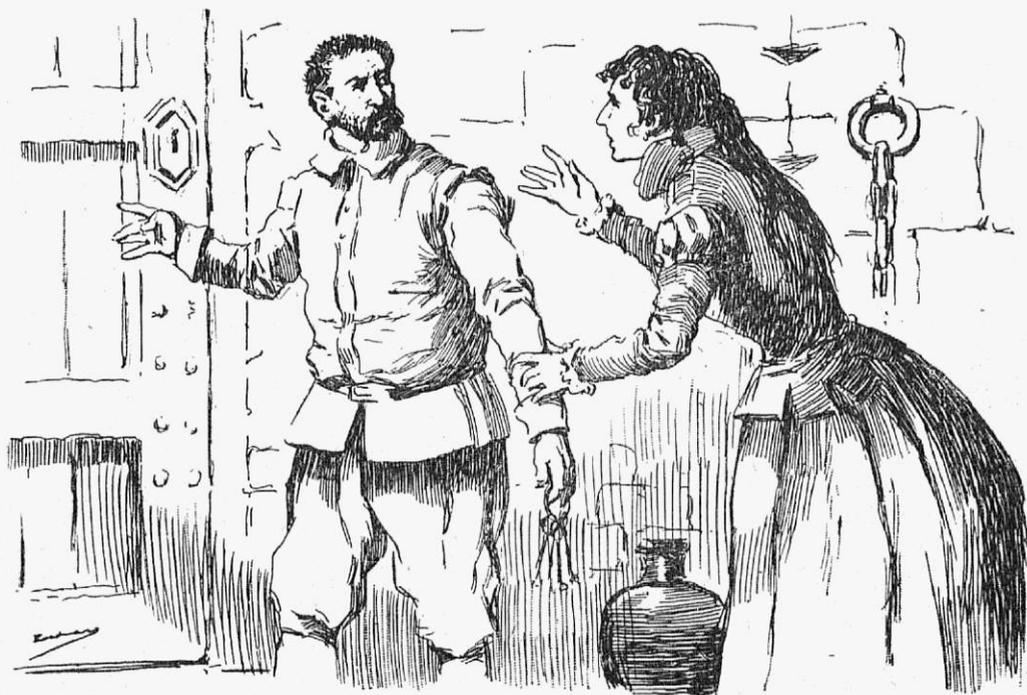
de su traición? Ya conoces que por mi bella cara no ha de servirme, y como no puedo amenazarle...

—Tu sueles tener dinero...

—Pero no lo tengo ahora: proporcióname un buen negocio y...

El gigante soltó una carcajada y añadió:

—¡Buena idea!... ¡Per el infierno!... Voy



No saldréis de aquí sin haberme contestado. Pág. 77)

La fuerza no podemos emplearla, porque sería necesario apoderarnos de ese bribón, y tu mismo sabes que esto es imposible, y en cuanto al dinero... Mira.

Simón puso las manos sobre sus bolsillos añadiendo:

—No tengo un maravedí, ni de donde sacarlo, y así estaré hasta que caiga algún negocio, que no querrá el diablo que sea tan bueno que me saque de apuros.

El jorobado inclinó tristemente la cabeza.

No encontraba razones contra las del asesino.

—Si tu tienes dinero—añadió éste—, dámelo y empezaré á trabajar. ¡Rayos y truenos! ¿Crees que ni Crispín ni nadie se compromete, si no ha de ganar nada? ¿qué hé de ofrecer á ese tunante en pago

á probarte que no soy un estúpido, así como te he probado que me sobra co-razón.

—¡Dices que te ocurre una buena idea!— replicó David sorprendido.

—¿No lo crees?

—Lo dudo.

—No eres tu solo quién tiene entendimiento.

—Explicate.

—Con mucha felicidad podemos hacer un doble negocio, ó lo que es lo mismo, salir tú de tu apuro y yo del mío.

—No te comprendo.

—Tu amo debe tener mucho dinero.

—Te equivocas.

—No me equivoco, porque tengo pruebas de lo contrario.

—¡Dinero el abate!...

—Te digo que sí...

—Pero...

—Lo que ignoro es si le guarda en su casa ó en otra parte, y esto es lo que necesitamos averiguar. Una vez averiguado yo me comprometo á dar el golpe...

—¡Simón!

—No hay nada más justo sino que pague el mal que ha hecho; y además, ¿no gozarías viendo como el dinero de ese sacristán servía para hacerle á él mismo la guerra? ¡Voto al infierno!... Sólo por tener este gusto, soy capaz de exponerme á que me lleven al quemadero. Mira, David hay cosas que á mí me divierten mucho y me recompensan todos los trabajos y peligros. Cuando tiré al abate por la ventana, me divertía verle patalear, y por aquel buen rato que pasé, dí por bien empleado todo cuanto había hecho desde que entré allí.

—¡Quieres que yo sea tu cómplice para robar al abate!...

—Primeramente debes saber que el dinero que tiene ese hombre es mal ganado.

—¿Y qué me importa? Esa es cuestión de su conciencia.

—Luego has de considerar, que lo que tú llamas robo no es más que un castigo; y últimamente, que no hay nada más justo sino que sea él quien pague el rescate de esa niña á quien ha robado.

—¡Jamás, jamás!

—Y si estas razones no te convencen, piensa en que nada podremos hacer sin el dinero del abate.

Por segunda vez Simón decía la verdad; pero una verdad demasiado horrible para David.

El desdichado huérfano, fuerza es decirlo, empezó á dudar.

Su rostro se contrajo y palideció más de lo que estaba.

Pocos momentos después se le vió agitado como nunca.

Sostenía una lucha verdaderamente mortal.

Su deseo de salvar á la inocente niña era tan vehemente, que dudaba si para verlo satisfecho debía de seguir el consejo del asesino.

Iba á favorecer á la justicia y á castigar un crimen; pero ¿le era lícito cometer otro crimen para conseguir aquello?

Por una madre se hace todo, y más quién,

como David, se ve abandonado de todo el mundo.

En aquellos momentos sufrió David mucho más de lo que había sufrido las noches anteriores.

Pasóse las manos por la frente, que tenía empapada en frío sudor, y con desiguales pasos recorrió en todos sentidos la estancia.

—Vales mucho—le dijo Simón—, pero eres un niño, y así lo pruebas en muchas ocasiones.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

—¿Sabes á qué hora has venido?—preguntó al fin el gigante.

—Sí—respondió el jorobado, dejándose caer en un banquillo.

—Digo esto, porque el tiempo pasa, y como me hablaste de un término de tres horas...

—Descuida.

—No, no quiero descuidar en esta clase de asuntos.

—Aún nos sobra tiempo.

—Pero has tenido bastante para decirte...

—Ya estoy decidido.

—¿Y qué?

—Harás lo que mejor te parezca, con tal que arranques el secreto á Crispín.

—¿Pero los escudos del abate?...

—No te ayudaré á robarlo.

—¡Dios de Dios!...

—Si cometes ese crimen como otro cualquiera, ha de ser bajo tu propia responsabilidad, y en la inteligencia de que si yo llegara á entender cuándo ibas á robar al abate Florentín, te lo estorbaría.

—Acabo de creer que estás loco.

—No te concederé más que una cosa.

—Algo será que de nada me sirva.

—Un plazo.

—¡Mil demonios!...

—¡Un plazo de quince días!...

—Como si fueran quince minutos.

—Y si pasadas tres semanas no has obligado á Crispín...

—No necesito más explicaciones.

David se levantó, envolvióse en su capa y se dirigió á la puerta.

—¿Ya te vas?... ¡Voto á Lucifer!... ¿Cuándo nos veremos?

—Dentro de quince días—respondió David.

Y sin decir más, salió de la casa.

No iba más tranquilo ni tenía más esperanzas que antes.

¿Qué había conseguido?

Nada.

Por más que Simón quisiera obedecerlo, ¿qué había de hacer contra lo imposible?

Aquella noche los pensamientos de David y Simón eran muy parecidos, puesto que ambos se ocupaban del dinero del abate.

El asesino no se equivocaba al asegurar que Florentín era dueño de una respetable cantidad de oro.

Esto lo sospechaba también el jorobado, y fácilmente adivinaba cómo aquel oro había ido á manos de su protector; porque es preciso advertir, que los que eran muy ricos conseguían con frecuencia que el inexorable tribunal de la Inquisición se mostrase misericordioso.

Esto no es una cuestión gratuita, porque consta en documentos respetables, como son algunos breves del Pontífice romano, y escritos del piadoso rey Carlos I, que los inquisidores muchas, muchísimas veces, absolvieron libremente á cambio de respetables sumas.

La pureza no era la cualidad que más resaltaba en aquellos hombres.

No podía suceder otra cosa, ni otra cosa debía esperarse de ellos.

Casi todos los inquisidores, á los pocos años de serlo, eran ricos, como se veía muy particularmente por las pingües herencias que dejaban al morir, y como también podía observarse averiguando su vida privada.

Casi todos se regalaban como potentados, si bien aparentaban vivir modesta y hasta pobremente.

Todo esto no era un inconveniente para que los días de vigilia, los esbirros de la Inquisición anduviesen acercándose á todas las puertas y haciendo uso del olfato para averiguar si alguna persona se permitía guisar carne, llegando el caso de castigar cruelmente á los enfermos que por orden del médico se atrevían á tomar una taza de caldo con sustancia de carne.

En nuestra época es difícil que una persona conciba cómo podía vivirse en aquellos tiempos.

Y sin embargo, esto es verdad, y se vivía; ¿pero cómo?

Nadie, ni el más virtuoso y católico más ardiente, podía considerarse libre á ninguna hora.

¿Quién al dormirse hubiera podido asegurar que no lo despertaran los esbirros de la Inquisición, ni quién al despertar estaba seguro de no dormir en los calabozos del Santo Oficio?

No era menester haber cometido la ligereza de pronunciar una palabra, cuyo sentido pudiera ser sospechoso; bastaba un enemigo que quisiera vengarse, y al enemigo, para ver satisfecho su deseo de venganza le bastaba delatar, sin temor alguno á las consecuencias, porque el nombre de los delatores era un secreto inviolable.

De lo que servía la virtud para librarse de la Inquisición, puede saberse recordando á San Ignacio, San Juan de Dios y otros muchos que sería largo enumerar, y que después de haber estado en los calabozos del Santo Oficio, han sido canonizados por la Iglesia.

Sí, en el largo catálogo de las víctimas de la Inquisición se encuentran los nombres de muchos santos.

Perdona, lector, si por algunos instantes olvidamos los sucesos que nos ocupan. Volvamos á David y á Simón.

El primero, á pesar de los motivos que tenía para estar muy preocupado y de que no pensaba secundar el criminal proyecto del gigante, quiso convencerse de si era verdad que el abate tenía mucho dinero.

Siendo así, el jorobado tendría un motivo más de odio contra Florentín.

En cuanto á Simón, había empezado á tomarle demasiado cariño á los escudos del abate, desde que le había ocurrido la idea de apoderarse de ellos.

Y hé aquí cómo estos dos hombres, que en nada se parecían, pensaban en lo mismo, el uno por codicia y el otro por curiosidad.

CAPITULO XXI

CÓMO SE ENCONTRABA ISABEL

Pasó una semana sin que tuviera lugar ningún nuevo suceso de importancia.

Isabel continuaba en su calabozo sin haber visto á nadie más que á su carcelero, que se presentaba cada veinticuatro horas con un pedazo de pan y un plato de lentejas cocidas con un poco de aceite. Este

era el mejor alimento que se daba á los presos en la Inquisición, pues al mayor número no se le concedía más que el pan, y aun éste malo y escaso.

Cada dos ó tres días llenaban de agua un cantarillo sucio, dejándolo allí sin cuidarse de otra cosa.

El carcelero no pronunciaba nunca una palabra: entraba en el calabozo, dejaba el plato con las lentejas, y se llevaba el del día anterior.

En vano Isabel había dirigido algunas preguntas á aquel hombre: todo lo más que había conseguido era que la mirase y se encogiese de hombros, saliendo después con completa indiferencia.

Durante los ocho días que la desdichada llevaba de encierro, había cambiado muchas veces el estado de su espíritu.

Tenía momentos de espantosa desesperación, así como otras veces, dejándose llevar de su dolor, y entregada á los queridos recuerdos de su esposo y de su hija, dejaba correr amargo llanto por espacio de muchas horas.

En los ocho días que habían transcurrido, los sufrimientos habían impreso en su hechicero rostro huellas tan profundas, que hubiera sido muy difícil reconocerla.

Poco á poco iba desapareciendo la rara energía con que la hemos visto luchar, y bien pronto la infeliz madre, la desgraciada esposa, no sería más que un ser débil, cuya mísera existencia debía consumirse sin que ella misma pudiera darse cuenta de su estado.

En fuerza de sufrir se embota la sensibilidad.

Así empezaba á sucederle á Isabel.

Lloraba cada día con menos frecuencia y pasaba muchas horas sentada en un rincón ó tendida sobre la paja con los ojos abiertos é inmóviles y la mirada incierta.

¿En qué pensaba entonces?

Ella misma no lo sabía.

Sus recuerdos iban siendo cada vez más confusos.

Sus ideas tenían esa vaguedad que tienen las del que sueña.

No podía suceder otra cosa.

Habían sido demasiado violentas sus conmociones para que pudieran prolongarse mucho.

En semejante situación no hay más que dos términos: la insensibilidad ó la muerte.

En un período de tiempo más ó menos largo, todos los presos en los calabozos de la Inquisición concluían por el estoicismo ó poco menos.

El mayor número de las víctimas iba al patíbulo sin verdadera conciencia de su situación.

Con frecuencia se veían infelices que en la hora suprema se dejaban conducir por las calles, contemplando á la apiñada multitud con mirada estúpida y como si nada oyesen, ni comprendiesen nada de lo que veían.

Hubiérase dicho que aquellos desgraciados habían sido repentinamente transportados á un mundo que les era completamente desconocido, y que todo para ellos era nuevo y extraño.

Sólo cuando llegaba el momento de morir, volvían á la vida: el instinto de conservación les sacaba entonces de su triste estado, y algunos no recobraban la sensibilidad sino cuando las llamas de la satánica hoguera empezaban á devorar sus miembros.

Instintivamente había concluído Isabel por pronunciar la misma palabra que á los pocos días de encierro pronunciaban todos los acusados cuando iban á llevarles la comida.

—¡Audiencia, audiencia!—gritaba la infeliz.

¿Por qué todos decían lo mismo?

¿Por qué ninguno usaba de distintas frases para pedir que lo escucharan?

No parecía sino que la atmósfera de aquellos calabozos hacía sentir á todos lo mismo, les comunicaba iguales ideas y les enseñaba un lenguaje que para ellos era nuevo, pero que á todos ellos debía ser común.

A Isabel le sucedía lo que á todos los presos: nunca recibía contestación; pero no por eso dejaba de repetir diariamente la misma palabra, unas veces con acento de súplica desgarradora, y otras con desesperación.

Cuando la puerta del calabozo se cerraba, Isabel, como si sus fuerzas todas se hubiesen agotado al pedir que la oyesen, caía en el montón de paja y quedaba inmóvil y muda, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos cerrados, sin dar de su vida otras señales que su agitada respiración.

Luego, al cabo de media hora, resona-

ban en aquel recinto tenebroso los lánguidos suspiros de la infeliz, ó los destemplados gritos que exhalaba en su desesperación.

Tal era su estado.

No hay que decir que su salud se quebrantaba, y que no debía tardar en contraer una de esas enfermedades que con más ó menos rapidez conducen irremisiblemente al sepulcro.

Al fin una mañana, en uno de esos momentos de falsa energía, que gastaban más y más las fuerzas de la infeliz, se acercó á su carcelero, lo asió por un brazo, y le dijo:

—No, hoy no saldréis sin haberme respondido.

Miróla él fría y desdeñosamente sin pronunciar tampoco una palabra.

—¿No me oís?... ¡Oh!... No saldréis de aquí, no saldréis sin haberme contestado.

El carcelero la rechazó brutalmente y se dirigió hacia la puerta.

Isabel, que había caído al suelo, levantóse con los ojos chispeantes, fuera de sí, dió un salto, volvió á ponerse delante de su guardián, y gritó:

—No, no saldréis.

El miserable se contentó con extender un brazo y señalar á la cadena y la argolla de que ya hicimos mención, llevando luego una mano á su boca é introduciendo y atravesando en ella el dedo índice.

—Me amenazáis con atarme, con ponerme una mordaza...

El carcelero movió la cabeza, haciendo una señal afirmativa.

Isabel rugió como un tigre.

—¡He pedido audiencia!—exclamó.

Entonces, probablemente para no perder más tiempo, dijo el guardián:

—He dado parte... Se os concederá... no sé cuándo.

Y volviendo á rechazar á la pobre víctima, salió del calabozo.

No por esto dejó ella de repetir diariamente la palabra que á la misma hora pronunciaban todos los presos.

Pasó otra semana.

Las fuerzas de Isabel habían seguido disminuyendo.

Había momentos que apenas podía sostenerse.

Nadie se había presentado á tomarle declaración.

Aún no le habían dicho en qué consistía su crimen.

¿Qué pensaban hacer con ella?

¿Habían decidido dejarla morir allí?

Esto era lo probable, á juzgar por lo que veía.

Sin embargo, á ella no le sucedía nada que no le sucediese á otros muchos.

Con frecuencia entraban en los calabozos de la Inquisición desgraciados á quienes se les dejaba uno y dos meses sin decirles por qué se les había llevado allí.

¿Qué importaba que á alguno se le declarase inocente?

Más de un desgraciado murió en su calabozo antes de que se reconociese su inocencia.

Y con esto creían los inquisidores que habían hecho un acto de justicia y aun de gracia.

Verdad es que una familia quedaba huérfana; pero esto no debía tener valor para aquellos tigres.

En cuanto á los demás, todos sufrían la misma suerte que Isabel, pues á ninguno se le permitía comunicarse con nadie, á ninguno se le daban noticias del estado de su familia, y no solamente les estaba prohibido nombrar un abogado que les defendiese y conferenciase con él, sino que se les negaba por los que decían castigar en nombre de Dios y en bien de la Iglesia católica.

Si algún reo se empeñaba en tener abogado, había de ser éste precisamente uno de los nombrados por el Santo Oficio, y aún así sin permitirle que para la defensa tuviera más antecedentes que algunos, no todos, de los que resultaban del sumario.

Era casi imposible que diesen á Isabel la audiencia que pedía, porque esto no se concedía á ningún acusado sino después de haberles tomado declaración y examinar muchos testigos.

Los que como Isabel no tenían parientes que reclamasen por ellos, bien apelando al inquisidor general, ó al Papa, quedaban muchas veces olvidados en sus calabozos y allí acababan su existencia.

¿Qué hacían entre tanto los inquisidores?

Esto nadie lo sabía ni el mismo David hubiera podido averiguarlo, á pesar de su ventajosa situación.

Tal era el estado en que se encontraba la víctima de Florentín al cabo de quince días.

CAPITULO XXII

DÓNDE DAREMOS Á CONOCER UN GLOTÓN
QUE DUELME, UN TONTO QUE SONRIE
Y UN TIGRE QUE ACECHA.

Isabel acabó de perder toda la esperanza, si es que la esperanza se desvanece del todo sin perder la vida.

Rechinaron las llaves y cerrojos de la puerta de su encierro; pero ella, en vez de disponerse como los demás días á suplicar á su carcelero, permaneció inmóvil sobre el montón de paja donde hacía más de una hora que se había colocado, contrayendo sus miembros cuanto le fué posible porque sentía un frío desconsoador que parecía helarle la médula de los huesos.

El carcelero se presentó; pero no iba solo, sino que lo seguían cuatro esbirros de horrible aspecto.

La infeliz los contempló sorprendida y sin acertar lo que significaba la presencia de aquella gente.

—Vamos—dijo el guardián con aspereza—. No podéis quejaros de la fortuna porque se hace con vos lo que con muy pocos.

Lo que sintió Isabel no puede explicarse.

Renacieron instantáneamente sus fuerzas y se puso en pie.

Pasóse las manos por la frente, separando los mechones de cabellos que la ocultaban, y replicó:

—¿Qué decís?

Que á pesar de que aún no se os ha tomado declaración, el santo tribunal, para daros una prueba de su misericordia, os concede audiencia.

Dejó escapar Isabel un grito de alegría sin igual.

En su situación aquello era una fortuna inmensa.

Cuando á uno se le niega todo, le parece mucho lo poco que se le concede.

La esperanza reanimó nuevamente su espíritu.

Creyó que se le diría por qué se la acusaba y que se le permitiría defenderse; y aun cuando no sucedería así, por lo menos le dirían lo que había sido de su hija.

En su contento, los horribles proyectos del abate iban á quedar desbaratados, porque ella diría que le habían arrebatado á la hija de sus entrañas y no callaría tampoco

el nombre del que había cometido tan criminal abuso.

Podían cometer con ella toda clase de injusticia; pero lo que se había hecho con la inocente niña no quedaría envuelto en el misterio.

Vana esperanza.

¡Pobre Isabel!

Ignoraba lo que significaban las audiencias que de vez en cuando solían conceder los crueles inquisidores á sus desdichadas víctimas.

Estas audiencias, según se daban, no eran un acto de justicia ni mucho menos de bondad, sino un verdadero escarnio de dolor.

Sí—dijo Isabel convulsa de alegría—, vamos, vamos.

Los cuatro esbirros la rodearon y salieron del calabozo.

La desdichada aspiró con avidez el aire frío y húmedo de los pasillos y aposentos que ya conocen nuestros lectores.

Con solo poder moverse fuera del calabozo, parecía que había recobrado la libertad.

Y sin embargo, nunca como entonces pudo convencerse de que era imposible salir de allí sin que lo permitieran sus jueces.

Su mirada se fijaba afanosamente en todos lados.

En aquellos momentos era para ella una dicha incomparable el ver otras paredes que las de su calabozo.

Cuando llegó á la habitación donde vimos á tres ó cuatro de los carceleros, la alegría de Isabel no tuvo límites: la luz era allí más brillante, más intensa, y por una ventana que daba á un patio, aunque á través de unos vidrios verdosos y sucios logró descubrir algún horizonte.

—¡Cielo, el cielo!—exclamó con un acento que parecía salir de lo más profundo de su alma.

Y su pálido rostro, antes contraído, se dilató.

Ysus negros ojos, antes sombríos, relumbraron como en los días de completa felicidad.

Para comprender lo que experimentó la pobre madre, sería preciso haberse encontrado en su misma situación.

Con gran sentimiento de ella no se detuvieron en aquella habitación.

Abrieron una puertecilla y empezaron á

subir una escalera muy empinada, estrecha y oscura.

Luego atravesaron un pasillo, donde penetraba por una ventana bastante luz.

Isabel volvió á mirar por todos lados y casi á considerarse dichosa.

Pero á los pocos minutos la hicieron entrar por una puerta y se encontró en una sala bastante espaciosa, y donde la luz era escasa, pareciéndole á ella mucho más escasa todavía.

Las paredes de aquella habitación estaban revestidas de paño negro.

En el pavimento había una alfombra del mismo color, donde se apagaba el ruido de los pasos.

En el fondo de la habitación y sobre un estrado había una mesa cubierta con paño negro también, y encima de la cual veíase un libro, con un crucifijo de marfil y una calavera, cuya blancura mate se destacaba doblemente de la obscuridad que la rodeaba.

A los dos lados del crucifijo ardían dos cirios de amarilla cera.

Entre la mesa y la pared y en sitaliales negros como allí era todo, había sentados tres inquisidores que, como casi todos, eran frailes dominicos.

Junto á uno de los extremos de la mesa, y en una silla de estrecho y alto respaldo, había otro hombre todo vestido de negro y cubierta la cabeza con un bonete.

Era el abate Florentín, que hacía de secretario y tenía cerca de sí un legajo de papeles amarillentos y un libro con forro cordobán.

De los tres frailes, el que estaba en medio como presidente, era extremadamente grueso.

Se había recostado en el respaldo del sillón, y su redondo y abultado abdomen veíase por encima de la mesa.

Había cruzado las manos, descansándolas en lo que no sabemos si llamar vientre, había cerrado los ojos y quizá pensando en la santidad de su misión, se había quedado profundamente dormido.

La costumbre puede mucho, y el obeso fraile, como el niño que al arrullo del dulce cantar de su tierna madre se entrega á un sueño, el más tranquilo, se dormía también mientras escuchaba, unas veces la voz del secretario que leía, y otras los ayes desgarradores y súplicas de los acusados.

El que estaba á su derecha no se le parecía en nada; era alto, flaco, de color ce-trino, rostro aguileño, ojos pequeños, redondos, verdes, brillantes, expresivos y revelaba una malicia la más refinada y sutil.

Aunque permanecía sentado no estaba quieto un solo instante: volvía la cabeza de un lado á otro, y sin cesar hacía gestos ó agitaba las piernas ó los brazos; es decir, que estaba siempre en movimiento alguno de sus miembros.

El que estaba á la izquierda no tenía tampoco ninguna semejanza con los otros dos: no era ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, ni feo ni hermoso, y en su semblante, siempre dilatado para sonreír con una candidez sin igual, no se traslucía nada, no se adivinaba más sino que el buen padre era el hombre más feliz del mundo, completamente feliz, y que no había nada, absolutamente nada que fuese bastante para alterar en lo más leve su dulcísima tranquilidad.

Este, cuyo nombre era Domingo, no servía en el tribunal más que para llenar un hueco, y ocupar un sitio que era menester que estuviese ocupado. El papel era triste: sin embargo, para fray Domingo era el mejor, por ser el más cómodo.

Como se vé, de los cuatro que entonces componían el tribunal, á dos solamente debemos tomar en consideración: Florentín, á quién conocemos perfectamente, y fray Tadeo de San Joaquín, que así se llamaba el flaco y nervioso.

Ambos, por lo mismo que se asemejaban mucho en sus cualidades morales, se odiaban tan profundamente como podían odiar sus almas ruines.

Si con una mirada hubieran podido tranquilarse, lo habrían hecho.

Sin embargo, disimulaban admirablemente lo que sentían, y aún aparentaban lo contrario.

Al ver como se trataban hubiérase creído que eran los mejores amigos del mundo.

Por supuesto que ellos no se engañaban, y cada cual sabía que era odiado por el otro como él odiaba.

Nunca se les había visto en disidencia; apoyábanse el uno al otro en cuantas cuestiones se trataban en el tribunal.

¡Qué armonía tan admirable la de aquellos dos hombres!

¿Se contentarían con aborrecerse?

No, sino que deseaban exterminarse.

Empero ninguno de ellos había encontrado aún la ocasión y no eran hombres que se decidiesen con ligereza.

No, ellos no descargaban nunca un golpe en falso, no lo asestaban sin estar completamente seguros de que había de ser mortal.

Ninguno de ellos se hacía ilusiones sobre lo que otro valía; se conocían perfectamente, como se conocen dos tigres, y se acechaban prontos á aprovechar el menor descuido.

Algunas veces se había pensado enviar á fray Tadeo al tribunal de Toledo, donde sus servicios se creían necesarios; pero Florentín había empleado toda su elocuencia y su influencia para evitarlo, apoyándose siempre en graves razones.

—Los inquisidores—decía el abate—, son casi todos canonistas, y un teólogo en un tribunal es un tesoro inapreciable, porque un teólogo es el más competente para conocer en las delicadas cuestiones de dogma, así como el canonista es el que más vale para la instrucción de los sumarios.

A esta razón no había ninguna que oponer, y fray Tadeo quedaba en Madrid, y aumentaba su reputación de sabio, debiéndola en gran parte á Florentín.

En justa recompensa, el fraile hacía lo mismo cuando se trataba del abate, asegurando que éste en el tribunal debía ser considerado como la piedra angular del edificio.

¿Por qué se apoyaban y protegían ardentemente?

Así ocultaban lo que sentían.

Por otra parte no querían perderse de vista, porque á ninguno de los dos le bastaba que se quitase al otro, sino que cada cual necesitaba aniquilar á su rival y enemigo.

Eran dos hombres que no cabían en el mundo: sobraba uno sin duda porque aspiraban á lo mismo.

De dos enamorados que aspiran á la posesión de la misma mujer, uno está demás, es imposible que ambos vivan, porque sería imposible que ambos á la vez llegaran al logro de sus deseos, y más imposible cuando la mujer amada, sin dar preferencia á ninguno, tiene para los dos iguales sonrisas, y les dice: «Me entregaré al que para llegar á mí pase por encima del cadáver del otro.

La ambición de ambos se encaminaba al

mismo punto, y la fortuna les tendía la mano sin preferencia.

¿Cuál de los dos triunfaría?

¿Les sucedería lo que á muchos rivales, que al cruzar la espada se atraviesan á la vez el corazón?

¿Les volvería la espalda la fortuna, favoreciendo á un tercero y dejándolos iguales?

Todo era posible.

La fortuna es demasiado caprichosa, coqueta y voluble, y todo debe esperarse de ella.

Los dos rivales parecían tener iguales fuerzas y valor, y empleaban armas iguales.

No era, pues, fácil adivinar el resultado de la lucha.

Esta, entre ellos, podía llamarse noble por más que fuese una lucha sorda, de astucias, de alevosías.

Era noble, porque no podían engañarse.

Lo sabían así y no lo intentaban siquiera.

Pero cada cual abrigaba la esperanza, de no engañar, sino de sorprender al otro.

El tigre es constante para acechar, su paciencia no se agota; pero aunque sea poco, necesita dormir y puede aprovecharse la ocasión de su sueño.

Tal era la situación de estos dos personajes: ya la conocemos, y también al astuto dominico, y podemos ocuparnos nuevamente de Isabel.

CAPITULO XXIII

COMO DABAN AUDIENCIA LOS INQUISIDORES

Isabel se detuvo, ó más bien fué detenida por los esbirros en el centro de la estancia y en sitio donde la poca luz que allí había, daba de lleno en su rostro.

Fray Tadeo fijó en ella una mirada penetrante y escudriñadora.

Florentín miró á su vez al fraile, observando con profunda atención el rostro de éste.

Transcurrieron algunos segundos, durante los cuales Isabel, completamente aturdida, no acertó á pronunciar una palabra.

Luego el dominico volvió los ojos hacia el abate; pero éste bajó los suyos,

mientras hojeaba el libro de que hemos hecho mención.

En tanto fray Domingo sonreía dulcemente, según su costumbre, y el presidente comenzaba á roncar.

Entonces Claudio dijo leyendo.

—Isabel de Linares, mujer de Jacobo Tordesillas, habitantes en el arrabal de San Ginés, y ambos acusados de herejía, brujería y otros crímenes y delitos, según

El abate examinó algunos de los papeles del legajo, y luego respondió con tranquilidad:

—Su hija, de menor de edad y cuyo nombre aún se ignora, en lugar seguro, y bajo la custodia y dirección de personas competentes, que deben educarla en el santo temor de Dios.

—Ya lo sabéis: podéis, pues, estar tran-



—¿Qué hacéis pobre niña? (Pág. 89.)

delaciones y declaraciones de diez testigos.

—¡Mentís—gritó la pobre madre sin poder contenerse.

Fray Tadeo, dirigiéndose entonces á la acusada, replicó con severidad:

—Se os ha concedido audiencia y debéis limitaros á decir lo que queréis, cuidando de no pronunciar palabras ofensivas á nos, como acabáis de hacerlo, porque de otro modo no se os permitirá hablar y se aumentará el número de los cargos que se os hacen... Ya os escuchamos.

—Mi hija, quiero saber lo que ha sido de mi hija, á quién me han arrebatado cruelmente...

—Hermano—dijo Fray Tadeo con dulzura, dirigiéndose á Florentín—, manifestad lo que conste y pueda manifestarse sobre la hija de la acusada.

quila y aun felicitaros—repuso fray Tadeo.

—Ese miserable miente—gritó Isabel fuera de sí—: ni mi hija se encuentra en lugar seguro, ni mi esposo ha cometido los crímenes de que se le acusa...

—Silencio..

—No; no callaré—volvió á gritar la infeliz, que parecía haber perdido la razón—: no callaré, ni saldré de aquí sin haber arrancado la máscara con que se cubren mis hipócritas perseguidores: no saldré de aquí sin que se sepa que soy víctima de una venganza horrible...

—Silencio—repitió el dominico.

—Ese miserable...

—Callad, ó se os pondrá una mordaza, siquiera sea para evitar que agravéis vuestra situación.

Los cuatro esbirros, que hasta entonces

habían permanecido inmóviles como estatuas, asieron brutalmente por los brazos á Isabel, mandándole callar.

Pero ella, que en el último grado de exaltación no podía contenerse, empezó á luchar con toda la fuerza de su desesperación, mientras seguía gritando y pronunciando el nombre del abate.

Su voz se confundía con la de los esbirros y el ruido sordo de aquella lucha desigual y cruel, de modo que era imposible entender lo que la infeliz decía.

No se alteró el rostro de Florentín; tenía la misma fría expresión de siempre, y su mirada se dirigió alternativamente á fray Tadeo y á fray Domíngolo, como si les preguntara lo que debía hacerse.

En aquellos momentos, y sin duda por efecto del ruido, despertó el obeso presidente, y con voz soñolienta y sin pensar lo que decía, preguntó:

—¿Qué es eso?

Miró al grupo que formaban los esbirros con Isabel, y añadió:

—Se proveerá en justicia... Llevaos á la acusada y que siga la audiencia.

Estas palabras alentaron más á los esbirros, que ya sin ninguna consideración sujetaron á Isabel, le taparon la boca y la arrastraron fuera de la estancia.

Las fuerzas de la pobre víctima se agotaron bien pronto y dejó de luchar y oponer resistencia.

Su rostro, que había enrojecido como si fuese á brótar la sangre, se cubrió de mortal palidez.

Sostenida por los esbirros pudo llegar á su calabozo, donde la dejaron sin pronunciar una palabra.

Cayó pesadamente Isabel sobre el montón de paja y miró á su alrededor como si quisiera convencerse de que no estaba dormida.

Parecíale un sueño lo que había sucedido.

Hizo un esfuerzo y exhaló un suspiro penoso.

Por su fortuna no estaba en aquellos momentos en estado de pensar en su situación.

Empero no tardaría en apreciarla, convenciéndose de que sería inútil cuanto hiciera para arrancar á Florentín la máscara con que ocultaba su maldad.

¿Y su hija?

Este era el único pensamiento de la desdichada madre.

Aun cuando ella fuese criminal, ¿con qué derecho le arrebataban á su hija

¡Con qué derecho!...

Con el que cometían todos sus abusos los inquisidores.

Ni una lágrima corrió por las mejillas de Isabel en aquellos momentos de mortal angustia.

Sus ojos se cerraron y quedó inmóvil.

Su respiración era lenta y desigual.

Devorábala una fiebre intensa.

¿Quién la socorría?

Nadie.

¡Infeliz!

Entretanto los inquisidores permanecían tranquilos y como si nada de particular ni extraño tuviera lo que acababa de suceder.

Antes de que se presentara otro acusado de los que habían obtenido audiencia, el presidente volvió á quedar dormido con el más grato de los sueños.

Fray Tadeo, aparentando la mayor indiferencia, miró hacia la puerta por donde debía entrar otro infeliz.

El abate se ocupó en hojear el libro.

La verdad es que por más que fuese muy grave lo que había sucedido, nada de particular tenía.

Todas las audiencias eran poco más ó menos como la que hemos pintado, y con frecuencia tenían lugar escenas semejantes, pues rara vez los acusados salían huecamente del salón.

El objeto que todos se proponían al pedir que se les oyese, era preguntar por sus familias, cuya suerte ignoraban, ó rogar que se abreviasen los procedimientos, absolviéndoles ó condenándolos pronto.

A todos se les respondía lo mismo: sobre sus familias, se les decía siempre:

—Están Bien, vivid tranquilo.

Y en cuanto á que se les juzgase pronto se les contestaba:

—Se proveerá.

Apenas pronunciadas estas palabras, que se acomodaban á toda clase de peticiones, se les mandaba salir, y si oponían resistencia, se les sacaba arrastrando como á Isabel.

No se les permitía ninguna clase de explicación, porque éstas debían dejarse para cuando fuesen interrogados.

Concretándonos al caso que nos ocupa, preguntaremos:

¿Qué debía esperar Isabel?

Nada.

Para condenarla al otro suplicio sobra-
ban pruebas y razones.

En cuanto á su inocente hija, ¿quién
había de cuidarse de ella?

CAPITULO XXIV

DOS NUEVOS PERSONAJES Y UNA ESCENA INCOMPREENSIBLE

Aquella misma noche, á las diez, dos
hombres envueltos en negras y anchas Sa-
pas entraron en la estrecha calle de San
Nicolás, y se detuvieron á la puerta de una
casa de modesta apariencia.

Antes de llamar, uno ellos dijo al otro:

—Me aguardarás aquí, procurando situar-
te donde nadie te vea.

—Entiendo, señor.

—En cuanto á lo demás, nada tengo que
advertirte.

—Sobra con lo que me habéis dicho,
porque estoy al cabo del negocio.

—Dos horas...

—Entiendo.

El llamado señor dió algunos golpes en
la puerta, y ésta se abrió pocos momentos
después, apareciendo un hombre que po-
día tener cuarenta y cinco años, y que
estaba vestido de paño negro.

—Dios los guarde—dijo el recién llegado,
desembozándose y dejando ver su riquí-
simo traje de terciopelo azul y rostro aguile-
ño, expresivo, y sus grandes ojos negros
de brillante pupila.

—Mi noble señor—respondió el otro,
inclinándose con aire de humildad más que
de respeto—, que el cielo os colme de feli-
cidades.

Y sin hablar más, atravesaron un estre-
cho pasillo y entraron en una habitación
pobremente amueblada.

Sentáronse, iluminando la luz de un velón
aquellas dos figuras tan distintas.

El semblante del caballero revelaba una
de esas inteligencias nada comunes, y bas-
taba el primer golpe de vista para conven-
cerse de que era un hombre de gran co-
razón.

El otro, por el contrario, no parecía es-
tar dotado más que de alguna astucia ó

malicia, y debía ser uno de esos espíritus
débiles y mezquinos, incapaces de nada
bueno, de nada grande y noble, y muy á
propósito para aceptar el triste papel de
instrumento de ajena voluntad y de ajenos
intereses.

Contempláronse algunos instantes aque-
llos dos hombres.

La mirada penetrante del caballero pa-
reció llegar en seguida hasta el fondo del
alma del otro.

—Aquí me tenéis.

—Empezaré por daros las gracias, pues
nunca he podido esperar recibir la seña-
lada honra de que me visitéis.

—¿Y por qué?

—Por que vos sois un caballero muy no-
ble y poderoso, mientras que yo, pobre
hidalgo...

—Todos los hombres son iguales, mu-
cho más cuando se necesitan. Vos podéis
prestarne un gran servicio, y yo vengo á
prestaros otro de no menor importancia.

—Y ambos servimos así la santa causa
de la justicia...

—Lo que vos os proponéis—interrum-
pió el caballero—, no lo sé, ó más bien
no es del caso ahora, ni me importa tam-
poco.

—¿Dudáis?...

—Nada dudo; pero tampoco nada creo.
Vos sois dueño de una cosa que puede in-
teresarme, os la pido...

—Y yo me ofrezco á entregárosla...

—Con ciertas condiciones, es decir, á
cambio de otra cosa, que probablemente á
vos interesa mucho más. No disimuléis, por-
que es en vano: os conozco perfectamente;
conozco también á las personas con quie-
nes estáis en relaciones, y nada se me oculta.

—Caballero...

—Ya os he dicho que no me importa el
fin que os proponéis, ni mucho menos los
sentimientos á que obedecéis. Es probable,
casi seguro, que de esta intriga ha de re-
sultar algo bueno, algo justísimo; porque
Dios, cuyos fines son inescrutables, lo dis-
pone todo de manera que concluye por triun-
far la inocencia y la verdad. ¿No sois de
mi opinión, señor Alfonso?

Esté bajó los ojos y exhaló un suspiro.

—Este asunto—añadió el caballero—,
no es más ni menos que una intriga, una
lucha sorda y tenaz sostenida para satis-
facer ambiciones. Así como yo os conozco,
vos me conoceréis también, y no debe sor-

prenderos oirme hablar con esta franqueza, porque ya sabéis que soy enemigo del disimulo, y mucho más enemigo de la hipocresía con que vos y los vuestros engañan á los incautos.

—¡Señor don Martín!

—¿Creéis que os ofendo?

—Todo lo que vos digáis me honra, porque sale de vuestros labios.

El caballero lanzó al señor Alfonso una mirada de profundo desdén, y replicó:

—Ya lo estáis viendo; no puede llevarse más allá la hipocresía.

—Perdonad; pero con vos...

—Sois lo mismo que con todos, y desdichado de mí si yo no os conociera. A pesar de vuestra posición humilde, estáis convencido de que valéis más que yo, en lo cual conozco que no os equivocáis, porque no sois vos, sino vuestros hermanos, vuestros compañeros, ó como quiera que os llaméis.

—Os juro, señor de Quiñones...

—¿Váis á jurar que no sois jesuíta?

—¡Oh!...

—¿Queréis que os diga cuánto tiempo hace que pertenecéis á la compañía de Jesús? ¿Queréis que os diga con quién os entendisteis para afiliaros en esa asociación tenebrosa que se ha propuesto ser dueña de los destinos del mundo?

—Señor don Martín—murmuró el hipócrita hidalgo con voz entrecortada.

—No ignoráis que yo nací para conocer los secretos de todo el mundo.

—Lo sé, lo sé, y de ello tengo una prueba en el asunto que nos ocupa.

—Llegará un día en que os dé muchas más.

—Sí, el día en que estéis decidido á descubrir por completo el secreto de esa familia, y lo que aún queréis sobre el abate.

—De vos depende que todo se descubra.

—Si no depende más que de mí...

—Dadme el ejemplo.

—No sé más de lo que os he dicho.

—Lo sabrán vuestros compañeros.

—Tampoco, señor, tampoco.

Quiñones desplegó una sonrisa irónica, y repuso:

—Si no lo saben, peor para ellos, y si lo saben y lo ocultan...

—Nada conseguirán.

—Nada conseguiremos, debiérais decir.

—Puesto que os empeñáis...

—Ocupémonos del objeto principal de mi visita.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Tenéis ya todos los papeles?

—Los tengo.

—Yo también.

—Entonces...

—Cambiaremos y negocio concluído.

El señor Alfonso reflexionó algunos instantes.

—Sí—dijo—, negocio concluído por ahora.

—Y para siempre.

—¿No queréis más que lo que esta noche vais á recibir?

—No, porque el tiempo y mi buena fortuna me proporcionarán cuanto necesito.

—Vuestra buena fortuna...

—¿No sabéis que soy muy afortunado?

—Eso dicen, pero...

—¿No lo creéis?

—Lo que creo, señor don Martín, es que vuestra fortuna está en vuestra cabeza, porque no consiste en otra cosa que en vuestro talento.

—Si acaso, más bien consistirá en mi corazón, en mis sentimientos; porque si siempre se me ha visto triunfar, ha consistido, no en mí, sino en la bondad, en la justicia, en la santidad de las causas que he defendido.

—Sin embargo, en esta ocasión podrá suceder que no tengáis suficiente con lo que ahora os contentáis.

—Sea como queréis; pero si algún día necesitáis de mí...

—Si algún día necesito de la compañía de Jesús, veré lo que puedo darle en cambio de lo que haya de pedirle, y lo mismo que ahora hemos hecho, cada cual verá lo que le conviene y decidirá.

—Prescindid por un momento de los jesuitas, os lo suplico.

—No volveré á nombrarlos.

—¿Creéis en mis deseos de servirlos?

—No—replicó sin vacilar el caballero.

El señor Alfonso exhaló un penoso suspiro, hizo un gesto de resignación é inclinó tristemente la cabeza.

—Vos no podéis servir á nadie más que á los vuestros, no podéis favorecer otros intereses que los de la compañía, porque sobre ser así vuestro deseo habéis renunciado á vuestra voluntad desde el momento en que os ligásteis á esa gente.

Estremecióse el hipócrita hidalgo como si se horrorizase al oír hablar con tanto desdén de los padres de la compañía de Jesús.

—No—murmuró—, con vos no puede tratarse como con cualquier otro.

—¿Y por qué?

Lo sabéis demasiado para que yo tenga necesidad de decíroslo.

—Todo ello consiste en que os conozco demasiado—replicó el caballero.

—O en que tenéis la seguridad de lo mucho que valéis y de que nos es imposible hacer con vos lo que haríamos con cualquier otro.

—En cambio yo, que puedo hacerlos mucho mal, no os hago ninguno, y cuando llega la ocasión todavía os favorezco.

—Gracias, caballero, gracias; por mi parte...

—Me correspondéis, ya lo veo.

—Voy á daros la prueba—dijo el señor Alfonso.

Y sacó del bolsillo algunos papeles, presentándolos al caballero.

Este los tomó, acercóse á la luz y los examinó cuidadosamente.

—¿Están bien?—preguntó al cabo de algunos minutos el hidalgo—; ¿es cuanto deseábais

—Sí.

—Me alegro.

—Espero que vos no quedaréis menos satisfecho porque os traigo algo más de lo prometido.

—¡Oh!...

—Tomad.

A su vez recibió el señor Alfonso unos papeles, leyéndolos con avidez.

Su rostro se dilató, brillaron sus ojos, y sus labios se entreabrieron para sonreír con una dulzura sin igual.

—Esto vale mucho, vale mucho—murmuró.

—Estamos, pues, en paz.

—No, porque os debo...

—Nada me debéis—replicó don Martín poniéndose en pie.

—¿Tan pronto os vais?

—Sí, porque hemos concluido y porque podría costaros un disgusto el que yo permaneciese más tiempo aquí.

—Comprendo: desconfiábais. y...

—Soy prevenido, y nada más.

—Cuando necesitéis de mí...

—Ahora, ocuparos de vuestro viaje...

—¡Mi viaje!

—No ignoro que tenéis que salir de la corte.

Procuró el señor Alfonso disimular el disgusto que le habían producido las últimas palabras del caballero, y lo despidió respetuosamente, acompañándolo hasta la puerta.

Cuando Quiñones estuvo en la calle, se le reunió el hombre que lo esperaba, y preguntó:

—¿Estáis contento?

—Sí.

—Vamos, pues.

Desaparecieron en pocos segundos sin pronunciar una palabra más.

Al rayar el día, el señor Alfonso cabalgó en una mula de paso y salió de la villa por la puerta de Antón Martín.

¿A dónde iba?

No tardaremos en encontrarlo: por ahora lo dejaremos, porque tenemos que ir en busca de Jacobo de Tordesillas, cuya situación no es menos triste ni menos interesante que la de Isabel.

CAPITULO XXV

DONDE VOLVEREMOS Á VER Á JACOBO

Jacobo había sido más afortunado en su fuga que su esposa, pues si bien desde que ésta manifestó ser irrevocable su resolución de no ceder á las criminales exigencias del abate, desplegó éste la mayor actividad y puso en juego toda clase de recursos para descubrir al mal llamado alquimista, nada se había conseguido hasta entonces.

Jacobo había tenido tiempo de alejarse, y además conocía perfectamente el terreno que debía recorrer.

Sin embargo, su situación no podía ser más crítica: sin recursos de ninguna especie, y teniendo que ocultarse á las miradas de todos, debía experimentar toda clase de sufrimientos.

No se atrevía á entrar en ninguna población, porque creía que lo seguían muy de cerca, y así debía creerlo, puesto que era imposible imaginara que el aviso, que se le había dado no tenía más objeto que obligarlo á huir y atemorizar á su esposa.

A pesar del frío, que ya era bastante

intenso, pasó muchas noches á la intemperie, ya en las escabrosidades de las montañas, ya en la espesura de los bosques.

Muy rara vez se atrevió á pedir auxilio en alguna cabaña, y no siempre que lo pidió se lo dieron, porque en aquella época eran tan frecuentes las persecuciones de esta clase, que los más caritativos se negaban á dar hospitalidad, temerosos de que el viajero que la demandaba fuese algún acusado de herejía, en cuyo caso el que le daba asilo era castigado con las mismas penas que el delincuente, á menos que justificase que lo había hecho por ignorancia. Y aun probándose así no había medio de que el caritativo se librara de algunos meses de encierro mientras probaba su inocencia, ni tampoco de la multa que por su falta de previsión ó ligereza se le imponía.

Preciso es advertir que los inquisidores andaban muy diligentes en lo de imponer multas y secuestrar los bienes de los acusados, y para que no se descuidasen, para que sobre este punto fueran demasiado celosos, había una razón poderosísima: lo mismo ellos que los notarios, fiscales, oficiales y demás dependientes del Santo Oficio, no cobraban sus sueldos, derechos y emolumentos del Tesoro Real, como entonces se llamaba, sino de los fondos que iban reuniéndose procedentes de las multas y confiscaciones, de lo cual resultaba que éstas fuesen miradas por ellos como propios intereses.

A nadie tenían que rendir cuentas del uso que hacían de aquellos caudales, y no es difícil adivinar que se los repartían como buenos hermanos, como lo prueba el que en ninguna ocasión tuvo el Santo Oficio fondos sobrantes en sus cajas.

Para lo que Jacobo encontró más facilidad fué para obtener una limosna; pero se la daban mandándole seguir su camino.

Esto no era bastante: muchos días lo pasó sin alimentarse apenas, y bien puede decirse que lo sostuvieron su organización resistente y su fuerza de voluntad.

No podía adelantar todo lo que deseaba, puesto que tenía que huir, no solamente de las poblaciones, sino también de los caminos; por lo cual, al cabo de los diez y nueve días que habían transcurrido desde que salió de su casa, encon-

trábase aún en territorio español y tan en peligro como antes.

Su plan era el de internarse en las montañas de la provincia de Huesca, buscando una ocasión de pasar á Francia por el lado de Canfranc; pero aún le faltaba bastante para llegar á aquellos escabrosos sitios que había recorrido en su juventud y donde podía considerarse seguro.

Lugares atravesó donde tenía verdaderos amigos; pero no era entonces prudente recurrir á la amistad, porque sobre ésta estaba el fanatismo: el mejor amigo lo hubiera delatado, creyendo con toda su alma que así cumplía sus deberes de católico y que ganaba el cielo.

¿Cómo fiar en un amigo, por verdadero que fuese, cuando no podía fiarse en un hermano ni tampoco en un hijo?

Cada año, el tercer domingo de Cuaresma, publicaba la Inquisición un edicto, que llamaba de las *delaciones*, porque de ellas trataba solamente, y bajo pena de excomunión y otros castigos exteriores y los más terribles, imponían sobre las delaciones deberes que ahora son hasta inconcebibles.

En aquellos tiempos de ignorancia lastimosa, en aquellos siglos de espantosas tinieblas, los católicos, que eran todos los españoles, como ahora lo son y siempre lo serán, se sometían á lo dispuesto por los que en aquellos edictos no tenían inconveniente en llamarse apóstoles, y obedecían ciegamente, porque creían que de otro modo se condenarían sus almas.

No hay lucha más difícil que la lucha contra el fanatismo, cualquiera que éste sea.

Contra el fanatismo se estrellan todos los esfuerzos, pierden su valor todas las razones, se rompen todas las armas; contra el fanatismo es inútil hasta la evidencia.

¿De qué le hubiera servido á Jacobo apelar al noble corazón de sus amigos?

El fanatismo no tiene corazón ni razón; es el extravío, es el delirio.

Cuando tratéis con un loco adelantadéis lo mismo apelando á su juicio que á sus sentimientos.

Y además del hambre, de la sed y de la falta de reposo, Jacobo de Tordesillas tenía otro enemigo que le hacía su-

frir también: su corazón, sus nobles sentimientos.

Era esposo y padre.

¿Qué había sido de la mujer á quien tanto amaba?

¿Qué había sido de su inocente hija, de aquel ángel que con sus sonrisas dulcificaba todas las penas, borraba todos los recuerdos tristes y aun infundía esperanzas halagüeñas de un brillante porvenir?

Mil veces se arrepintió Jacobo de haber abandonado á tan queridos seres.

Mil veces se acusó de cobarde y decidió retroceder para cumplir lo que él creía sus deberes de padre y esposo, aunque tuviese que sacrificar su existencia.

Y hubiese retrocedido; pero lo detuvo una consideración: ¿cumplía sus deberes, volviendo al lado de su familia?

El mayor sacrificio era estar separado de ella.

Nunca sería su familia más desgraciada en todos conceptos que cuando él hubiese perecido en las hogueras de la Inquisición.

Era preciso huir.

Tenía el sagrado deber de vivir para su esposa y para su hija.

Esta idea le dió alientos y siguió alejándose.

Empero no hay fuerzas que no se agoten empleándolas sin cesar; no hay organización que resista al constante trabajo y al continuo sufrimiento.

Podrá resistir el espíritu; pero la materia sucumbe más ó menos tarde, y cuando la materia sucumbe, nada puede hacer el espíritu por sí solo en este mundo.

Jacobo sintió quebrantada su salud.

Al cabo de ocho días le era imposible trepar las montañas con la misma agilidad que antes, y á los quince fatigábase en los caminos llanos.

¿Qué sería de él si llegaban á faltarle las fuerzas?

A pesar de esto, avanzó.

Una tarde, después de subir á la cumbre de una montañuela, dejóse caer sin aliento sobre un peñasco.

Tan débil se sentía, que si en aquellos momentos hubiesen llegado sus perseguidores, no habría podido huir á pesar del valor y las fuerzas que comunica el instinto de conservación.

Con la frente apoyada en las manos y

los codos en las rodillas, quedó inmóvil por espacio de más de una hora.

No pensaba entonces en el peligro que corría, sino que pensaba en los dos seres adorados á quienes había tenido que abandonar.

Dios tuvo piedad del infeliz, porque permitió que pudiese llorar.

Hay sufrimientos que se dulcifican con el llanto.

Jacobo, después de haber derramado algunas lágrimas, se sintió más aliviado.

Pero no recobró las fuerzas.

Comprendía que al emprender nuevamente su penosa marcha, no podría resistir quizá ni una hora.

¿Encontraría un asilo cuando cerrase la noche?

Tendió la mirada á su alrededor.

A la falda de una cercana colina descubrió una aldea.

En todo lo demás que la vista alcanzaba, no se veía ni una miserable choza.

No hay que hacerse ilusiones; cuando nos atormenta y nos agobia el hambre, la sed y el cansancio, quitando á nuestros miembros la energía, mengua también el valor, y el que menos ama la existencia, no se decide á dejarse morir, si entrevé un solo rayo de esperanza.

Decidió Jacobo no entrar en la aldea, pero de la aldea no se apartaba su mirada.

¿Cómo había de apartarse si desde el amanecer no había tomado alimento, y las seis noches anteriores las había pasado á la intemperie?

Las humildes casas de aquel pueblecito fueron para sus ojos magníficos palacios.

¿Qué dichosos debían de ser sus habitantes, á pesar de su pobreza!

Sí, dichosos, completamente dichosos, porque tenían pan, un solo pedazo de pan, y porque les era permitido reposar en sus moradas.

Además veía Jacobo como reflejaba el sol en los líquidos cristales de un arroyo que corría junto á la aldea.

¡Agua!...

El fugitivo se sentía abrasado por la sed, y el apagar ésta hubiera sido en aquellos instantes el mayor de todos los goces.

¿Sería causa de su perdición aquel arroyo cristalino y de frescura tentadora?

Era posible que por apagar la sed, Ja-

cobo cayera en manos de sus perseguidores.

Al fin empezó á dudar.

Si no tomaba ningún alimento, si no encontraba agua, al día siguiente le sería enteramente imposible dar un solo paso, porque ya no tendría fuerzas para moverse.

—Sucedió, pues, lo que era forzoso que sucediese: Jacobo se decidió á llegar hasta el arroyo, creyendo que después de haber bebido tendría valor para alejarse de la aldea.

Sin más reflexión volvió á ponerse en marcha.

Sus pasos eran inseguros.

Avanzó el desdichado con cuanta rapidez le permitía su debilidad.

Al cabo de un cuarto de hora se encontró junto al arroyo.

Cerca de éste había tres ó cuatro casas de muy pobre apariencia; pero á nadie se veía por allí.

Arrodillóse el fugitivo, inclinóse, y sus abrasados labios tocaron al fin el agua.

No es posible pintar la avidéz con que bebió.

Sus ojos, antes apagados, brillaron nuevamente.

Exhaló un suspiro.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Por algunos minutos permaneció sentado sobre la blanda hierba.

Satisfecha la sed, sintió como nunca los tormentos del hambre.

Entonces miró á las humildes casitas, como si dudase en acercarse á ellas para pedir una limosna.

A la puerta de una de aquellas moradas vió entonces una persona que debía haberse colocado allí mientras él bebía y descansaba.

Era una mujer que no tendría más de diez y ocho años.

Estaba sentada sobre una piedra.

Su actitud revelaba el abatimiento más profundo, y en su rostro se pintaba el más intenso dolor.

De vez en cuando levantaba la cabeza, y su mirada se fijaba afanosamente en un tortuoso sendero que se perdía entre los accidentes de la vecina montaña.

CAPITULO XXVI

LAS PENAS DE LA ALDEANA Y LA GENEROSIDAD DE JACOBO

Se pintaba un sufrimiento tan intenso en el semblante de la joven aldeana, que no podía mirársela sin sentirse conmovido.

No era menester observarla con mucha atención para ver las señales que el llanto había dejado en sus pálidas mejillas; pero en aquellos momentos sus hermosos ojos, pardos y expresivos, no dejaban escapar ni una lágrima.

El llanto se agota lo mismo que las fuerzas.

En fuerza de llorar, niegan los ojos al corazón el triste desahogo de las lágrimas.

No era posible que á Jacobo se le ocultase el triste estado de aquella criatura; y olvidándose de sus propios pesares, el esposo de Isabel se sintió conmovido.

Esto no es extraño en un alma tan noble como la suya.

Casi sin pensar lo que hacía, levantóse, dió algunos pasos y se encontró junto á la aldeana, que permanecía inmóvil.

No se apercibió ella de la llegada del caminante.

Así transcurrieron algunos minutos.

Jacobo la contempló con ternura.

—¡Dios mío!—murmuró ella con acento angustioso y fijando otra vez la mirada en el sendero.

Y á los pocos instantes añadió:

—¡No viene!

—¡Pobre niña!—dijo entonces Jacobo.

La aldeana volvió la cabeza, miró al fugitivo y suspiró.

—¿Qué os sucede?—preguntó el caminante con acento cariñoso—: sufrís mucho, y vuestras palabras indican que esperáis á alguien.

—Sí—respondió la joven como si hablase á una persona conocida—. Sufro mucho, y espero... ¡Ah!...

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos, y la voz se ahogó en su garganta.

—Si yo pudiese aliviar vuestros pesares...

—No—murmuró tristemente la aldeana.

Nada valgo, hija mía; soy un desdichado que necesita el auxilio de todos; sin embargo...

—Sólo Dios puede remediar mi desgracia.

—Perdonad, pobre niña, si os pregunto: no me mueve una curiosidad importuna, sino el deseo de seros útil. ¿En qué consiste vuestra desgracia? Debe ser horrible, espantosa, porque así lo dice vuestro rostro, que en pocas horas debe haberse marchitado en fuerza de llorar.

—Sí, he llorado mucho en poco tiempo repuso la aldeana con sencillez—, he llorado mucho, y aún lloraré lo que me queda de vida.

—Para llorar hemos nacido.

—Sufro y no me quejo; pero sufro.

—¿La causa de vuestro dolor?

—No tengo más parientes, ni amigos, ni apoyo que mi madre; no hay quien me ame como ella, ni tengo á quien amar como á mi madre amo.

—¿Y vuestra madre?

—Se muere.

—¡ Ah !...

—Somos pobres, y en fuerza de súplicas pude conseguir que el cirujano de la vecina aldea viniese á ver á mi pobre madre; pero de nada ha servido, porque desde ayer que la sangró, su vida se acaba por momentos. Uno de nuestros vecinos, condelido de mi desgracia, fué hace más de tres horas á buscar otra vez al cirujano, pero no vuelve.

—¿Queréis permitirme ver á vuestra madre?

—¿ Acaso vos ?...

—Algo entiendo, y con la ayuda de Dios...

—¡ Ah !...

—Si contáseis con el auxilio de un médico, no me ofrecería á serviros; pero si ha de estar completamente abandonada vuestra madre...

—Venid—replicó vivamente la joven poniéndose en pie.

Y un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

Jacobo la siguió.

Entraron en la casa, y bien pronto se encontraron en un miserable aposento donde la enferma estaba en un lecho no menos miserable.

Debía encontrarse en la agonía, en ese estado que apenas se tiene conocimiento aun de lo que se sufre, porque pareció no apercibirse de la presencia del esposo de Isabel.

Este la miró atentamente la pulsó hizo algunas preguntas á la joven, y después

de reflexionar, murmuró como si hablase para sí:

—La han matado.

—¿Qué decís?—preguntó afanosamente la joven.

—Es grave el mal, muy grave...

—Ya lo veo... No tengo esperanza...

—Tampoco debéis perderla completamente.

—¡ Dios mío !...

—Sí, rogad á Dios, mientras yo hago cuanto humanamente puede hacerse.

—Salvad á mi madre, salvadla y pedidme la vida...

—Tranquilizaos.

A pesar del hambre y del cansancio, Jacobo sintió renacer sus fuerzas, y sin detenerse salió de la casa después de mandar que se calentase agua.

Pocos minutos después volvió con unas hierbas.

Con la seguridad del que obra con perfecto conocimiento de causa, hizo cuanto era conveniente al peligroso estado de la enferma.

Una hora después, ésta parecía más tranquila y empezó á recobrar el uso de su razón.

Imposible nos sería pintar el contento de la joven.

Dejándose llevar del primer arrebató de su alegría, cayó á los pies de Jacobo, le cogió las manos y se las besó y cubrió de lágrimas.

—¿Qué hacéis, pobre niña?

—¡ Dios os ha enviado !... ¡ Ah !...

¿ Con qué os pagaré ?... Bendito seáis...

—Está mejor; pero aún no se ha salvado.

Para dominar la emoción de su alegría tuvo la joven que esforzarse más aún para no dejarse arrebatar por su dolor.

—Os quedaréis aquí—dijo—, ¿no es verdad?

Entonces fué cuando Jacobo pensó que tenía que alejarse; pero no atreviéndose á decirlo, guardó silencio.

—Sí—añadió la aldeana—, os quedaréis, porque sois noble y bueno, sois generoso, y no me abandonaréis en este horrible trance, no dejaréis sin acabar vuestra buena obra.

—Ya veis cuanto es mi deseo de salvar la vida de vuestra buena madre.

—Sí, sí.

—Pero me es imposible permanecer en este sitio.

—¿Por qué?—preguntó cándidamente la joven.

Jacobo abrió la boca para decir que estaba perseguido y tenía necesidad de huir; pero se contuvo.

Decir que lo perseguían, era exponerse á ser delatado.

—¿Quién sabe si la joven impulsada por el ciego fanatismo de aquella época, olvidaría los sagrados deberes que la imponía la gratitud, y creyendo agradar á Dios entregaría á su bienhechor á la justicia?

Esto no era sorprendente que sucediera en aquellos tiempos de tristísima memoria.

Somos pobres—dijo la aldeana—, y no puedo ofrecer oro en pago de vuestros beneficios; pero...

Interrumpióse, exhaló un triste suspiro y dejó correr sus lágrimas.

—¡Pobre niña!

—Si los beneficios pudieran pagarse con el corazón...

—Sí, sí, con el corazón pueden pagarse los mayores beneficios.

—Tal vez para quedaros aquí tenéis que abandonar otros intereses... Idos, caballero, idos, que la vida de mi madre no tiene valor más que para mí... ¡Dios mío!...

—Tengo que huir—replicó Jacobo sin poder contenerse.

—¡Huir!

—Sí, me persiguen; si me detengo...

—¡Qué os persiguen!

—Pero no soy criminal—se apresuró á decir el esposo de Isabel.

—No sois criminal y os persiguen...

—No, os lo juro.

—Os creo: un hombre que tiene un corazón como el vuestro, no puede hacer mal á nadie.

—Desde este momento mi vida está en vuestras manos.

—¡Virgen Santísima!...

—Y mi vida significa la viudez de mi buena esposa y la orfandad de mi inocente hija, porque si se apoderasen de mí...

—Me hacéis temblar.

—Una sola palabra puede perderme...

—¿Y por eso queréis irros?

—¿No os parece motivo bastante?

—No—respondió la joven—, porque

aquí nada tenéis que temer: yo os ocultaré...

—Si llegaran mis perseguidores y por casualidad preguntasen...

—Antes de decir que os he visto, me dejaría matar.

Y esas palabras las pronunció la joven con tal acento de seguridad y firmeza, que tranquilizaron completamente á Jacobo.

—Aunque hubiéseis cometido el mayor de los crímenes, yo no vería jamás en vos más que al salvador de mi madre. Quedaos, quedaos para que yo pueda demostraros hasta que punto soy agradecida.

—¡Noble corazón!

—No os iréis, ¿es verdad?

—Para ocultarme...

—Nadie os ha visto entrar, porque á estas horas mis vecinos están en el campo. Meditó Jacobo.

Para quedarse encontró muchas razones: su deseo de hacer bien y la necesidad que tenía de alimento y descanso.

Lo segundo hubiera sido bastante para que cediese á las instancias de la joven.

Esta lo llevó á otro aposento, levantó un brazo y señaló á un desván.

—Subíos ahí como os sea posible—dijo—; os daré para comer lo que tengo.

—Ningún alimento he tomado desde esta mañana; pero me bastará un pedazo de pan.

—Algo mejor puedo daros.

—No lo necesito.

—Lo que no me es posible ofrecer os cama.

—No importa.

—Cuando lo creáis necesario, bajaréis á ver á mi madre.

—Descuidad.

—Yo os avisaré cuando no me haga compañía ninguno de mis vecinos.

—Sí, porque es preciso tener mucha prudencia: la más leve indicación sería bastante para perderme; nadie tendría compasión de mí, porque es preciso que sepáis que quien me busca son los esbirros de la Inquisición.

—¡La Inquisición!—exclamó la joven con acento que revelaba el terror más profundo.

—Sí; quiero que lo sepáis, porque si llegaran á descubrirme...

—No importa; os ocultaré, os protege-

ré, á pesar de los edictos, á pesar de todo. Dios ve mi corazón, conoce mis intenciones y me perdonará.

—¿Que os perdonará!... ¿Y de qué?

—Os persigue la Inquisición...

—Y debo ser hereje, ¿no es verdad?

—replicó Jacobo sonriendo con amargura.

—Dicen...

—Tranquilizáos, que yo juro por la vida de mi hija que soy católico.

La aldeana no hizo más observaciones; pero le parecía imposible que la Inquisición cometiese el abuso de perseguir á un padre de familia que fuera inocente.

Para combatir este error era menester haber luchado con el ciego fanatismo de la joven, y Jacobo, seguro de los nobles sentimientos de ella, calló también, disponiéndose á subir al camaranchón, lo cual hizo fácilmente colocándose sobre la mesa.

Pocos minutos después la joven le llevó la frugal comida de que podía disponer, y que al fugitivo le pareció la más suculenta y delicada

CAPITULO XXVII

UN NUEVO PERSONAJE

Cuando Jacobo subió al desván empezaba á ocultarse el sol.

Entonces, á bastante distancia, y en el sendero donde la joven fijaba tan afanosamente sus miradas, levantóse un remolino de polvo, y bien pronto se distinguió un bulto negro, pudiéndose ver después que era un religioso caballero en una mula de paso.

Antes de diez minutos llegó el viajero á la aldea y se detuvo á la puerta de la casa que estaba al lado de la habitada por la enferma.

Descabalgó el reverendo, y dando un paso en el interior de la casa, dijo:

—Loado sea Dios.

Inmediatamente salió á recibirlo una vieja, que con voz destemplada y humilde acento respondió.

—Por siempre alabado y bendito... No esperaba que vuestra merced honrase hoy esta choza.

Y volviendo la cabeza gritó:

—Juanillo... ¿dónde estás?... Ven, toma la mula de nuestro padre y cuida de ella.

El religioso bendijo á la huésped y la

siguió al interior de la casa, como persona que no es la primera vez que entra allí, y aun como si tuviese derecho á entrar y á ser servido.

Ofrecióle la vieja un asiento, le preguntó por la salud con muestras del más vivo interés, y le dijo que iba á prepararle la cena.

A todo respondió el religioso con dulces palabras, y luego, cambiando de conversación, dijo:

—¿No habéis recibido ningún aviso?

—Ninguno—contestó la vieja.

—No importa.

—Por eso creí que no vendría vuestra merced hasta otro día.

—Esta noche—repuso el jesuíta, porque tal era—tendréis que velar, porque tal vez á deshora...

—Entiendo.

—Ya sabéis, hermana Camila, que para esto no tengo en Juanillo la más completa confianza.

—Y vuestra merced no ignora tampoco que yo no estoy satisfecha cuando otro hace por mí cualquiera cosa.

—Bien, dadme de cenar.

Camila salió para cumplir esta orden.

El jesuíta, que frisaba en los cuarenta y cinco y estaba por consiguiente en todo el vigor de tal edad, era de regular estatura, y aunque no grueso, bastante robusto y bien formado.

No había más que observar sus enérgicos movimientos para convencerse de que estaba dotado de una fuerza nada común.

Sus facciones no presentaban nada digno de llamar la atención; eran regulares, y solamente sus ojos hacían que su semblante no tuviera nada de vulgar.

Sus pupilas eran negras como el azabache y relucientes como carbunclos.

Su mirada tenía una viveza singular y era penetrante y dominadora, sin que se hubiera podido decir por qué.

Aquella mirada no era resistible ni por un segundo, y muy rara persona había podido sostenerla frente á frente.

Esto es inexplicable; hay criaturas cuya alma parece ser de fuego y residir en los ojos.

—¿Qué expresaba el semblante del jesuíta?

Inteligencia, mucha inteligencia y no menos audacia.

Empero á pesar de que aquel rostro estaba muy lejos, no solamente de lo horrible, sino aun de la fealdad, al mirarlo hacía experimentar un sentimiento de repulsión tan inexplicable como el poder de su mirada.

Llamábase Fulgencio.

De sus antecedentes casi nada podemos decir, porque de un jesuíta ha sido siempre muy difícil saber algo.

Su convento estaba en Zaragoza; pero ignoramos si en la comunidad representaba algún papel más importante que sus compañeros, si bien debemos decir que entre los individuos de la Compañía de Jesús era muy raro encontrar uno que en cualquier concepto no fuese utilísimo á los intereses de la orden.

Tampoco sabemos por qué el padre Fulgencio iba de vez en cuando á la aldea, ni qué clase de relaciones tenía con la vieja, que le recibía en su casa como recibe el siervo al señor.

Hay que advertir que los jesuítas contaban en todas las clases de la sociedad con un gran número de personas de ambos sexos, que pudiéramos llamar afiliados, porque en realidad lo eran, y que estaban á todas horas dispuestos á obedecer ciegamente; tan ciegamente como que, por grave, por difícil de cumplir, ó por descabellada que fuese la orden que recibían, no hacían ninguna observación, ni para que obedeciesen era menester darles explicación alguna, sino que bastaban las palabras *ad majorem Dei gloriam*, que les servían de lema, y *para mayor gloria de Dios* eran capaces de hacerlo todo.

A esta frase mágica no resistían los afiliados; esta frase allanaba todos los inconvenientes y acallaba todos los escrúpulos.

Y efectivamente, á los fanáticos servidores ¿qué les importaba lo demás?

Podía suceder que, aparentemente, fuese criminal ó de bondad dudosa lo que se les mandaba ejecutar; pero una vez que se les aseguraba que era para la mayor gloria de Dios, no había motivo de resistencia, puesto que todo puede hacerse, todo es legítimo, todo es bueno y santo cuando el fin es glorificar al Omnipotente.

Había otras razones para que los afiliados fuesen ciegos instrumentos de los misteriosos planes de la compañía: sa-

ber prestar un juramento, que bien puede calificarse de terrible, sabían perfectamente que la apostasía no quedaba nunca impune.

Para castigar á los traidores y aun á los que no mostraban el más ardiente celo tenía la orden los medios de que acabamos de hacer mención, y por consiguiente no había ninguno que pudiera librarse del golpe asestado á favor de la sombra y por la mano que debía parecerle más amiga.

Para que comprendan los sucesos que hemos de referir y no se califiquen de invenciones inverosímiles de la febril imaginación del novelista, añadiremos que los jesuítas y los dominicos eran esencialmente antagonistas, de lo cual resultaba que entre la compañía de Jesús y la Inquisición hubiese constantemente una lucha sorda y tenaz, aunque tan disimulada, que era muy difícil apercibirse de ella.

Acusando de hereje á San Ignacio, fundador de la compañía de Jesús, quiso la Inquisición destruir en sus cimientos el gran edificio que debía levantarse.

No lo consiguió, porque San Ignacio, gigante de inteligencia, valía demasiado para triunfar de sus necios perseguidores.

Empero por esto no cesó la lucha.

Los jesuítas no hacían la guerra al Santo Oficio como institución, puesto que estaba en sus intereses sostenerlo; á lo que aspiraban era á los privilegios que tenía la orden de Santo Domingo, ó lo que es igual, al derecho de nombrar inquisidores y serlo ellos única y exclusivamente.

Conseguido esto, hubiera sido tan ilimitado, tan absoluto, tan incontrarrestable el poder de los Jesuítas, que bien pudiera asegurarse que en pocos años habrían llegado á ser dueños del mundo.

De ello tenemos una prueba con sólo recordar la época tristísima y hasta vergonzosa de la historia de nuestro país, la época horrible del rey de los hechizos, del desdichado Carlos II; aquélla época en que, empezando á triunfar como nunca el jesuitismo, fué nombrado inquisidor general el padre Nithard, de la compañía de Jesús, y favorito de la reina madre.

¿Adónde no hubieran llegado los jesuítas si, además de su poder, hubiesen tenido la autoridad é influencia de la Inquisición, autoridad tan omnimoda que en alguna ocasión osó levantarse sobre la santa del Sumo Pontífice, del legítimo represen-

tante de Dios, del que para los católicos debe ser mirado como la divina persona de Jesucristo?

Sí, para que se comprenda lo que era la Inquisición, es preciso recordar que el Papa Sixto V fué sumariado por el Santo Oficio de España, y no solamente sumariado, sino que después de su muerte los inquisidores anularon uno de los santos breves de aquel Pontífice.

Fomentar la institución del Santo Oficio, á la vez que se desautorizaba y aun desacreditaba á los inquisidores, he ahí lo que se proponían los discípulos del eminente Loyola.

Ya iremos conociendo el objeto de las visitas que fray Fulgencio hacía á la vieja.

Le hemos oído preguntar si había llegado algún aviso.

Esto se explica fácilmente.

Siempre que el jesuíta iba á la aldea tenía con otro personaje misterioso largas entrevistas.

La morada de Camila era el punto de reunión, elegida sin duda para que en la ciudad no se apercibiese nadie de aquellas conferencias.

Mientras Camila preparaba la cena, el padre Fulgencio miró á todos lados, examinando hasta los más insignificantes objetos.

¿Qué buscaba?

Tenía la costumbre de hacer esto mismo hasta cuando entraba en su celda.

No encontró nada nuevo, y entonces sacó un breviario, le abrió y pareció entregarse á la lectura, aunque en realidad lo que hacía era meditar.

Antes de media hora volvió Camila con la cena, compuesta de manjares.

El padre Fulgencio empezó á comer sin pronunciar una palabra.

Anocheció, y la vieja encendió un candel, que colgó en la pared y cerca de la mesa donde cenaba con el mejor apetito el buen jesuíta.

Cuando estuvo satisfecho su apetito, levantóse, tomó el candel y dijo:

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, padre mío.

El padre Fulgencio, como quien está en su casa, sacó una llave, abrió una puerta y la volvió á cerrar después de haber entrado en otro aposento.

Después, con la misma llave, abrió una

segunda puerta, encontrándose en una habitación de regulares dimensiones y donde había una cama, una mesa y algunas sillas.

Como se ve, aunque Camila hubiera querido escuchar lo que allí se hablase, era imposible, porque entre la habitación que ocupaba el jesuíta y las de Camila había otra de bastante extensión y las dos puertas de que hemos hablado.

El padre Fulgencio sacó algunos papeles y empezó á examinarlos.

Leyendo unas veces y meditando otras, dejó el jesuíta que pasara el tiempo.

Transcurrieron más de cinco horas sin que diera muestras de impacientarse.

En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba el silencio más profundo.

Levantóse el padre Fulgencio, y con la cabeza inclinada y los brazos cruzados empezó á pasear á lo largo de la habitación.

De pronto se detuvo, escuchó y dijo:

—Debe ser él.

Debía tener un oído muy delicado, porque apenas se percibía más que un ruido leve y lejano.

A los pocos segundos sonó éste más cerca y en breve cesó.

Luego llamaron á la puerta de la casa con golpes que á poca distancia no hubieran podido oirse.

Oyóse el chirrido de la cerradura.

El padre Fulgencio abrió las dos puertas y dejó el paso libre á un hombre que por su vestido parecía ser un hidalgo.

El nuevo personaje no era otro que el hidalgo señor Alfonso.

Saludó al jesuíta respetuosamente, le besó la diestra y luego se sentó, poniendo el sombrero sobre la mesa.

—¿Traéis los documentos?—preguntó el fraile.

—Sí, padre mío.

—Veamos.

—Antes os haré algunas observaciones.

—¿Sobre el asunto que nos ocupa?

—Sí y no.

—Explicaos, porque eso es incomprendible, y ya sabéis que yo soy algo torpe.

—Me explicaré.

—Ya os escucho.

—Lo que tengo que deciros no es más que una sospecha; pero nada se pierde por que la conozcáis.

—Es verdad, nada se pierde por saber.

—Me refiero al hijo de la hermana Camila.

—¡ Oh !...

—¿ Tenéis en él completa confianza ?

—He tenido toda la que puede inspirar una criatura.

—¿ Y ahora ?...

—Observo, porque me parece oportuno observar.

El hidalgo desplegó una sonrisa de satisfacción, sacó una caja de plata, ofreció un polvo de rapé al jesuíta y él tomó otro, sorbiéndole con delicia y diciendo después :

—Veo que mis sospechas se confirmarán al fin, lo cual me halaga, porque eso prueba que he tenido acierto.

—Hermano, la vanidad es un pecado—replicó el jesuíta.

—No es precisamente vanidad—repuso el otro algo confuso—, es la satisfacción de ser útil á los intereses de la orden.

—Por lo demás, yo soy el primero que os reconozco una penetración privilegiada, porque de ella habéis dado muchas pruebas.

—No... yo...

—Continuad vuestras explicaciones.

—Vuelvo á ellas.

—Y yo á escucharos.

—Pues bien ; habéis de saber que ya hace bastante tiempo que me ocurrió la idea de que Juanillo no era completamente fiel.

—¿ Y en qué os fundásteis ?

—En nada.

—Proseguid.

—Me puse en observación ; pero no encontré motivos que justificasen mi desconfianza.

—¿ Y al fin ?...

—Tengo uno.

—¿Cuál ?

—Hace tres días, uno de mis criados, al volver á casa, me dijo : « Señor, os traigo noticias de la tía Camila. » Le pregunté quién se las había dado, y me respondió que Juanillo, á quien había encontrado por casualidad.

La frente del jesuíta se contrajo ligeramente.

—Juanillo—replicó—ha ido á la ciudad y no os ha visitado...

—Eso mismo me llamó la atención.

—Debísteis preguntar á vuestro sirviente en qué sitio había encontrado al mozo.

—Se lo pregunté.

—¿ Y la respuesta ?...

—Fué para mí de mucha importancia...

—¿ Dónde estaba Juanillo ?

—Salía del convento de Santo Domingo.

—¿ Del convento de Santo Domingo !—murmuró el jesuíta, cuya mirada se hizo sombría.

—¿ Comprendéis ahora, padre ?

—Demasiado.

—Nada más he sabido que tenga importancia.

—Es bastante.

—Vos me diréis lo que debo hacer.

—Nada.

—Ya sabéis que puedo disponer de criados de confianza que observen á Juanillo.

—Lo que conviene—interrumpió el fraile—no lo sabéis vos ni yo ; lo sabe únicamente nuestro superior, y en cuanto á los medios que debían emplearse para esclarecer la verdad, tampoco son de nuestra incumbencia.

—No hago más observaciones.

—Ni os acordéis más del hijo de Camila.

—Seréis obedecido—dijo humildemente el hidalgo.

El rostro del padre Fulgencio volvió á tomar la expresión que antes tenía.

—Los papeles—dijo.

El hidalgo desabrochó su jubón y sacó un paquete de papeles, entregándolos al jesuíta.

Este los tomó y empezó á leer muy atentamente.

Volvió el hidalgo á sacar la caja del tabaco y á tomar otro polvo, mientras sonreía como un hombre que es completamente feliz.

Luego se acomodó en la silla, cruzó las piernas, descansó en la mesa un brazo y en la mano la mejilla y se dispuso á esperar á que el padre Fulgencio terminara la lectura.

CAPITULO XXVIII

UNA RENDIJA

Jacobo cenó en el desván y bien pronto sintió la necesidad de dormir.

Su capa debía servirle de lecho ; pero antes de acostarse, y por lo que pudiera suceder, quiso reconocer el lugar donde se encontraba.

Para un caso de apuro le hubiera conve-
nido que el desván tuviese otra salida.

Andando cuidadosamente, y á favor de
la escasa claridad que subía del aposento,
anduvo en todos sentidos por espacio de
algunos minutos.

No encontró en ningún lado puerta ni
ventana, y ya iba á dar por terminado el
reconocimiento, cuando se apercibió que
una de las paredes estaba medio destruída.

A juzgar por el sitio en que ésta se en-
contraba, debía ser la medianería del edi-
ficio inmediato.

Miró Jacobo y no encontró más que ti-
nieblas.

—He aquí—pensó Jacobo—lo que más
bien que medio de salvación puede ser un
nuevo peligro, porque si intentara salvar-
me huyendo por aquí, me encontraría con
gente que de seguro no sería tan generosa
como la de esta casa. Sin embargo, bueno
será conocer perfectamente el terreno, por-
que si en ese otro desván hubiese una ven-
tana, me consideraría casi seguro.

El tabique que separaba ambos cama-
ranchones estaba destruído en su mayor
parte, y Jacobo pudo pasar sin dificultad
ninguna y cuidando siempre de no hacer
el más leve ruido.

Tampoco allí encontró ventana ni puer-
ta que lo favoreciese en críticos momentos ;
pero cuando ya iba á retirarse, quiso la
casualidad que viese algunos destellos de
luz á través de las rendijas que dejaban
las uniones de las tablas que cubrían el
suelo.

Esto nada tenía de particular : aquellas
tablas formaban el techo de las habitacio-
nes que había debajo.

Como la casa estaba habitada y había
cerrado la noche, era natural que hubiesen
encendido luz.

¿Qué le importaba á Jacobo lo que ha-
bía bajo sus pies ?

Sin embargo, ya fuese por un impulso
espontáneo de curiosidad ó por otra razón
cualquiera, inclinó el cuerpo, buscó la más
ancha de aquellas aberturas y miró.

Inmediatamente se estremeció.

Acababa de ver al jesuíta.

En su situación y en aquellos momentos,
un fraile tenía para Jacobo muchísima
importancia ; un fraile era para él enton-
ces mucho más temible que un arcabuz.

¿Por qué estaba en aquel sitio el reli-
gioso ?

¿Qué hacía enteramente solo y entrega-
do á la lectura de manuscritos ?

La abertura era bastante ancha, y como
el techo tenía poca elevación, pudo fácil-
mente el esposo de Isabel examinar el apo-
sento, convenciéndose de que el jesuíta es-
taba completamente solo y había cerrado
la puerta.

En realidad, esto no tenía nada de ex-
traño : los frailes viajaban con frecuencia
y en todas partes tenían amigos que los
hospedaran.

Jacobo concluyó por creer que la presen-
cia del religioso no tenía ninguna imper-
tancia, doblemente cuando no le vió hacer
cosa que infundiese sospechas de ninguna
clase.

El cansancio y el sueño molestaban al
fugitivo, y después de algunos minutos de
inútil observación, volvióse á su desván,
acomodándose sobre su capa hecha doble-
ces y haciendo almohada del sombrero.

No tardó en dormirse profundamente, y
desde aquel momento no se oyó más que el
ruido de su respiración violenta.

Así pasaron cinco ó seis horas.

Nunca había dormido tanto Jacobo ; sin
embargo, hubiera seguido dos ó tres horas
más entregado á aquel sueño reparador, si
no le hubiese despertado la voz de la joven
aldeana.

Levantóse el alquimista, se acercó á la
ventana del desván y preguntó :

—¿ Hay novedad ?

—Mi madre...

—¿ Está peor ?

—Se queja mucho, se revuelve sin ce-
sar...

—Tranquilizaos.

—Perdonad que haya interrumpido
vuestro sueño...

—Habéis hecho muy bien—replicó Ja-
cobo.

Y de un salto se puso en la habitación,
añadiendo :

—Veamos cómo está la enferma.

Fueron donde la anciana se encontraba.

El rostro de ésta había cambiado de
expresión, ó para hablar con más exacti-
tud, era ya expresivo.

Sus pupilas, antes sin brillo y dilatadas,
se habían contraído.

Como había dicho la joven, su madre
se quejaba sin cesar, moviéndose frecuen-
temente como si no se encontrase bien en
ninguna postura.

—Debe sufrir mucho—dijo María, por-
que éste era el nombre de la hija.

—Sufre más que antes—respondió el fu-
gitivo—, porque ahora siente más.

Y después de examinar á la anciana,
añadió:

—Dad á Dios gracias.

—¿Qué decís?

—Ya tenéis madre.

María no pudo contener un grito.

Cayó de rodillas, cruzó las manos y un
torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—¡Virgen Santísima, Dios misericor-
dioso!—exclamó con voz ahogada.

La paciente volvió la cabeza y miró á
su hija, diciendo:

—Hija mía... ¿Qué haces? ¿Dónde es-
tás?... Ya te veo... rezas...

—Sí—replicó la joven levantándose,
acercándose al lecho y besando repetidas
veces el rostro lívido y desfigurado de su
madre—; sí, rezo para dar á Dios gracias
porque os habéis salvado...

—¿Quién te acompaña?—preguntó la
enferma, volviendo los ojos hacia el alqui-
mista.

Este retrocedió hasta colocarse en el rin-
cón más obscuro.

La joven, que estaba dotada de una ima-
ginación muy viva, comprendió instantá-
neamente que no debía decir la verdad á
su madre, porque era fácil que ésta, en
el estado en que se encontraba, cometiese
una imprudencia, por lo cual, sin dete-
nerse, respondió:

—Es nuestro vecino, el tío Pedro, que
me hace compañía desde esta tarde.

—¿Y por qué no se acerca?

—No os conviene hablar.

—Dices que se ha salvado mi vida...

—Sí.

—Me siento mucho peor...

—A pesar de eso, estáis mucho mejor.

—Sea lo que Dios quiera—dijo la an-
ciana.

Y exhalando un penoso suspiro, cambió
otra vez de postura y cerró los ojos.

Jacobo salió del aposento, haciendo se-
ñas á María para que lo siguiese.

Cuando estuvieron en el inmediato, dijo
el primero:

—Dios ha querido ayudarme, ha escu-
chado mis súplicas á pesar de que me acu-
san de hereje, y nada tenéis que temer por
la vida de vuestra madre.

—A vos os la debe...

—Al Omnipotente nada más; al Omni-
potente, de quien yo he sido el instrumen-
to, el medio de que se ha valido y no otra
cosa. ¿Qué podríamos hacer las pobres
criaturas sin el auxilio divino?

—Pero vos, por salvar á mi madre, os
habéis quedado, quizá con riesgo de vues-
tra vida.

—He cumplido mi deber.

—Eso es más que cumplir un deber...

—Hablemos de otra cosa que puede in-
teresarme mucho.

—Decid.

—¿Quién habita en la inmediata casa?

—Una viuda muy temerosa de Dios, y
de la que dicen que es poco menos que una
santa.

—¿Tiene familia?

—Un hijo, mozo de unos veinticuatro
años, que es también honrado y trabaja-
dor, aunque sucede con él una cosa muy
rara.

—¿Qué es ello?

—A nadie ha hecho mal ni dado á nadie
motivo de queja, y, sin embargo, ningún
mozo del lugar es verdadero amigo suyo.

—¿Y no sabéis en qué consiste eso?

—Sin duda su carácter... A mí también
me sucede lo mismo: no sé por qué me
desagrada que se acerque á mí. Dios me
perdone; pero no puedo quererlo tanto
como merece por su honradez.

Jacobo reflexionó.

No le fué difícil explicarse lo que de-
cía la aldeana; pero no hizo ninguna ob-
servación, porque María, aunque dotada
de entendimiento claro, no hubiera podi-
do comprenderlo.

Después de algunos instantes, preguntó
el esposo de Isabel:

—¿No suele visitar un fraile á esa fa-
milia?

—Alguna vez.

—Un jesuíta...

—Sí.

—¿Y no sabéis ó sospecháis con qué fin
viene á ver á la viuda?

—Nadie ha encontrado nada de particu-
lar al ver que cuando el fraile pasa por la
aldea se hospeda en esa casa, como pudie-
ra hacerlo en cualquiera otra.

—¿Lo habéis visto venir hoy?

—Hoy no he podido ver nada, porque
no me he ocupado más que de mi madre.

—Decís que la viuda goza opinión
poco menos que de santa...

—Sí.
—Y que el hijo tiene un carácter, un aspecto que repele sin saber por qué...

—Eso he observado.

—Os haré una advertencia.

—Cuantas os parezcan bien.

—Ahora importa más que nunca guardar el secreto de mi estancia aquí.

—¿Por qué?

—El jesuíta está en la vivienda de la viuda, y esta circunstancia debemos tenerla presente.

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó la joven sorprendida.

—Lo he visto.

—¡Que lo habéis visto!

—Sí.

María miró á Jacobo como si empezase á creer que éste era efectivamente brujo, hechicero ó cosa parecida.

—Tranquilizaos—repuso el esposo de Isabel, sonriendo con dulzura—, no tengo ojos de lince, ni estoy en relaciones con Satanás.

—¡Jesús!

—He visto al fraile por entre las tablas del suelo del otro desván.

La joven respiró como si se sintiera libre de un peso enorme.

—Y bien—replicó luego—, ¿qué tiene que ver el buen padre con la mayor reserva que me encargáis ahora?

—Un fraile es un hombre de más talento, y sobre todo, de más perspicacia que los sencillos aldeanos, vuestros vecinos, y por consiguiente, una palabra indiscreta que para nadie tuviese valor, tendrá mucho para él, y le permitiría comprender lo que otros no pudiesen adivinar.

—Bien: sea como fuese, os he prometido guardar el secreto, y mi promesa la cumpliré, porque le habéis salvado la vida á mi madre.

Jacobo dió las gracias á la joven y volvió al desván, donde pensaba seguir oculto hasta que su presencia en aquella casa no fuera indispensable para que la enferma recobrase la salud.

Acostóse; pero no pudo conciliar el sueño en seguida.

Desde que había visto al fraile no estaba tranquilo.

—Mis temores son vanos—dijo para sí, —necesito descansar, y debo hacer lo posible por dormir. Dios sabe cuándo encon-

traré otra ocasión de reposar al abrigo de la intemperie.

Pasó media hora.

Aunque confuso y lejano, oyó ruido.

Incorporóse y escuchó.

Pocos minutos después sintió como si se abriesen y cerrasen las puertas en la casa inmediata.

—¿Se irá el jesuíta—murmuró.

Levantóse, y á tientas se dirigió al otro desván, mientras decía:

—No sé por qué me ha llamado la atención el fraile. Verdad es que las noticias que de esa familia me ha dado María son de algún interés. Ella no comprende todo el valor de sus pocas palabras; pero yo las aprecio como oído.

Llegó al sitio donde las mal unidas tablas le permitían ver.

Púsose en observación, precisamente cuando el hidalgo comenzaba á manifestar sus sospechas sobre Juanillo.

La conversación que hemos referido fué un rayo de luz para Jacobo.

Tenía sobrada inteligencia y conocimiento del mundo para no adivinar el objeto de la reunión de aquellos dos hombres.

Lo que el fraile y el hidalgo hacían no era en suma sino preparar alguna emboscada á un inquisidor.

En la mente de Jacobo surgió una idea tan atrevida como importante.

—Si yo—pensó—pudiera hacerme dueño de un secreto que interesara á mis crueles perseguidores... ¡Oh!... Esto sería un arma terrible, que si no me servía para herir, me serviría para defenderme.

No le ocurrió pensar que semejantes armas suelen ser más peligrosas para el que las tiene que para aquel á quien deben dirigirse.

Un secreto de gran interés para los inquisidores ó para los jesuítas era una sentencia de muerte.

El día que Jacobo, para defenderse, amenazara, los amenazados le condenarían á morir, concluyendo así, no solamente con el arma, sino con el brazo que la blandía.

Empero el esposo de Isabel no tenía tiempo para reflexionar, y aun teniéndolo, es preciso no olvidar que en su crítica situación era fácil que se perturbara su entendimiento.

Tal vez su desgracia era mayor al sorprender el secreto de los jesuítas; pero en

vez de una desgracia, lo consideraba esto una fortuna.

Como la rendija, aunque bastante ancha, no le permitía á Jacobo ver y escuchar al mismo tiempo, cuando los otros dejaron de hablar, él se concretó á mirar tan afanosamente como el caso lo exigía.

¿Qué documentos eran los que el hidalgo había entregado al fraile?

Jacobo esperaba conocer completamente el secreto.

Momentos hubo en que se creyó al abrigo de todas las persecuciones, y recobró por completo la tranquilidad.

—¡ Ah !—dijo para sí—; tal vez dentro de muy pocos días estrecharé entre mis brazos á mi esposa y á mi hija; tal vez dentro de muy pocos días podré entregarme nuevamente á mis estudios, y si Dios me ilumina, perfeccionaré mi invento, con el cual conseguiré las tres cosas que más pueden halagar á un hombre: la satisfacción de haber hecho á la humanidad un inmenso beneficio, la gloria para mi nombre y las riquezas para el bienestar de mi familia.

Media hora después desplegó el jesuíta una sonrisa de júbilo incomparable.

Dejó los papeles sobre la mesa y fijó su penetrante mirada en el hidalgo.

Quizá entonces iba á ser la conversación más interesante que nunca. Jacobo escuchó con afán.

CAPITULO XXIX

EL JESUÍTA Y EL HIDALGO SIGUEN LA CONVERSACIÓN

El hidalgo sonrió también; pero como se ríen los tontos, es decir, una risa de esas que no reconocen más causa que la risa de otro, y que nada expresan, nada indican, que son, en fin, la prueba más clara de la estupidez.

—¿Qué os parecen esos apuntitos?—preguntó, sacando por la quinta vez la caja del tabaco.

—Tenemos andada una parte del camino...

—Una gran parte, ¿no es verdad?

—Al contrario, muy pequeña.

—Yo creo que con eso...

—Con esto—interrompió el jesuíta poniendo la mano sobre los papeles—, con esto y bastante más puede empezarse á

minar el cimiento, á destruirse la base, porque es preciso buscar la base y pulverizarla, para que el coloso se hunda de una vez.

—Vuestro talento no tiene igual.

—El mérito de estas observaciones no es mío, sino de nuestro superior—repuso humildemente el jesuíta.

—¿Es decir, que la empresa?...

—Es muy difícil.

—Ya lo veo, puesto que aseguráis que esto no basta.

—No, no basta ni para hacer que una simple sospecha tenga valor.

—¡ Oh !—exclamó el hidalgo abriendo desmesuradamente los ojos y arqueando las cejas.

—Esto lo comprenderéis con sólo pensar que el abate se encuentra en Madrid y nosotros en Zaragoza, y, por consiguiente, que para hacer llegar allí lo que aquí es de mucha importancia, hay que sacrificar algo de su valor. Las cosas vistas de lejos pierden mucho.

—Os sobra la razón.

—La piedra que se arroja de lejos no hiere con tanta fuerza como la que desde cerca se tira.

—Pues esa observación tan oportuna no es seguramente de nuestro respetable superior.

—Prosigamos.

—Sí, sí.

—Se examinará el asunto, y si se cree conveniente, en seguida pasará á nuestros hermanos de Madrid.

—Y ellos...

—Continuarán la obra.

—Debo recordaros que mi situación especial nos ofrece grandes ventajas.

—No olvido que debe considerarseos como á dos personas, y que tanto podéis hacer en Madrid como en Zaragoza.

—Perdonad si os hago una observación.

—Decid.

—En Madrid ha de hacerse todo, y sin embargo, se me hace venir á toda prisa, en vez de entregar allí esos papeles.

—Hermano, si vos no comprendéis eso, yo tampoco: ambos obedecemos, y nada más; y ya sabéis que para mayor gloria de Dios hemos jurado obedecer como cadáveres.

El hidalgo inclinó la cabeza.

—¿Queréis—preguntó—que hablemos de don Martín de Quiñones?

—¿Y para qué?... Don Martín nos conoce, nosotros le conocemos...

—Esas han sido sus palabras.

—Llegará un día en que le convenga servirnos, y nos servirá: por ahora olvidaos de él.

—¿Y fray Tadeo?

—También nos será muy útil; pero sin que estemos de acuerdo con él. Tened presente que es dominico.

—A pesar de eso...

—Y además muy astuto, muy malicioso...

—Eso dicen.

—La reputación de Florentín no es de las que se hieren de un solo golpe.

—Es menester muchos, tenéis razón.

—Es preciso la gota de agua que lentamente carcome.

—¡Admirable comparación!— exclamó el hidalgo.

Y sacó su caja, tomó un polvo, la presentó al jesuíta y añadió:

—Tomad, tomad... Es exquisito...

—Gracias, hermano.

—¿Con que decíais?

—Decía que habéis prestado un gran servicio; pero que todo esto no es bastante para conseguir lo que deseamos.

El hidalgo hizo un gesto, con el cual reveló que su vanidad estaba mortificada.

El padre Fulgencio aparentó no percibirse de semejante cosa.

—Ahora—dijo el primero—indicadme la conducta que debo seguir.

—Nada tenéis ya que hacer más que esperar.

—¡Esperar solamente!...

—Sí.

—Eso no es hacer nada.

—Después de haber hecho mucho, debe descansar.

—Padre mío, nunca me canso de servir á Dios.

—Lo que decís no me sorprende, porque vuestro celo es conocido de todos.

—Cuando pasa un día sin hacer algo, no estoy tranquilo.

—Pronto se os dará ocupación.

—Os lo agradeceré.

El jesuíta meditó, y luego dijo:

—Ya es muy tarde.

—A vuestro lado las horas me parecen minutos.

—Debéis iros á descansar.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Os avisaré cuando sea necesario.

El hidalgo se puso en pie, tomó su sombrero y arregló la capa sobre sus hombros.

El padre Fulgencio abrió las dos puertas y lo despidió afectuosamente.

Luego volvió á cerrar, sentóse, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

—¡Florentín!— murmuraba entretanto Jacobo—. Conozco su nombre. Es el mismo que reveló á mi amigo el secreto de lo que contra mí se preparaba... ¡Oh!... Es un hombre que vale mucho y que ejerce una influencia poderosísima. Han hablado también de un dominico que se llama Tadeo: será algún inquisidor... ¿Qué significa todo esto?

Jacobo reflexionó también.

—Lo que no debe dudarse—pensó—es que se prepara un golpe terrible contra el abate Florentín. Esos papeles deben ser arma terrible... ¡Si yo los poseyera!

Desear esto era desear un imposible.

Basante haría el fugitivo con huir y ocultarse, y no era poco hacer.

Aun cuando no hubiera estado perseguido, le habría sido imposible entablar una lucha con un jesuíta, que era lo mismo que entablarla con todos los individuos de la compañía de Jesús.

Pero, por lo mismo que se encontraba en tan desesperada situación, imaginaba planes tan descabellados y tenía deseos tan irrealizables.

Transcurrieron diez minutos.

El padre Fulgencio levantó la cabeza.

Miró los papeles que tanta importancia parecían tener, y dijo á media voz:

—¿Qué haré con esto?... No me conviene llevarlo, y dejarlo aquí tampoco es prudente... Sin embargo, si alguien encontrase estos documentos, no seríamos nosotros los perjudicados, y todo lo que podría suceder sería perder algún tiempo, si es que las manos en que cayesen no nos ayudaban para tranquilizar su conciencia.

Púsose en pie, empezó á pasear y añadió:

—Ya no tengo duda de que el hijo de Camila es un traídor; pero no importa, porque un abuso claro y manifiesto nos daría derecho para castigarlo. Sí, estoy decidido; aquí quedarán los documentos hasta que convenga sacarlos. Tal vez me espíen... ¿Quién sabe lo que puede suce-

der?... Estos papeles no deben encontrarse en mi poder.

El padre Fulgencio separó del sitio en que estaba un pesado arcón de nogal.

Luego se inclinó y levantó uno de los ladrillos que habían quedado descubiertos y que servía de tapa á un hueco en cuyo fondo brillaba un objeto.

Introdujo el jesuíta allí la mano, sacó una caja bastante grande de hojalata, la abrió y metió en ella los papeles, volviendo á colocarla en el hoyo y cubriendo éste con el ladrillo.

En seguida puso en su sitio el arcón.

—Ahora, descansemos hasta el amanecer.

Despojóse de sus hábitos, dió un soplo á la luz y se acostó.

Pocos minutos después su respiración indicaba que dormía profundamente.

Jacobo permaneció inmóvil poco rato.

—Veamos—dijo.

Y empezó á recorrer á gatas el desván, palpando las tablas.

¿Qué intentaba?

No es posible adivinarlo.

No sabemos si encontró lo que buscaba. Lo único que podemos decir es que al cabo de un cuarto de hora volvió al otro desván y se dejó caer sobre la capa.

No durmió.

Tenía demasiado en qué pensar, y como ya había descansado, le hubiera sido imposible conciliar el sueño.

Verdad es que tampoco quería dormir.

Ningún ruido volvió á interrumpir el profundo silencio de aquella morada.

Los dulces resplandores de la aurora empezaron á disipar las tinieblas que durante la noche habían sido dueñas absolutas del inmenso espacio.

Jacobo abandonó el improvisado y duro lecho.

Escuchó, y creyendo que no encontraría más que á la joven aldeana, salió del desván.

No se equivocó.

María, que se había pasado la noche al lado de la cama de su madre, lo esperaba con impaciencia.

—¿Y la enferma?—le preguntó el alquimista.

—Duerme.

—Entonces...

—¿Creéis que se ha salvado?

—Sí—respondió Jacobo.

Pero, reflexionando un instante, añadió:

—Sin embargo, no es prudente abandonarla, porque hay peligro de una recaída.

—¡Dios mío!

—Tranquilizaos, porque con cuidado y esmero no hay nada que temer.

—Pero si os vais—dijo tristemente María—, no sabré qué hacer.

—Si os atrevéis á seguir ocultándome, no me iré.

—¡Que si me atrevo!... ¿Hay algo que yo no haga por la vida de mi madre?

—Pues bien, me quedaré.

—¡Gracias!

—No tengo que advertiros que vuestra madre...

—No sabrá que estáis aquí.

—Le hago la justicia de creer que me ampararía lo mismo que vos.

—No os equivocáis.

—Pero en su estado de debilidad y trastorno...

—Entiendo.

—Permaneceré oculto en el desván.

—Es lo más prudente, porque antes de una hora empezarán á venir nuestros amigos para saber cómo se encuentra mi madre.

—Si algo os ocurre, llamad.

—Subid, que voy á prepararos el almuerzo.

—No me déis más que un pedazode pan.

—A Dios gracias, puedo ofreceros algo mejor.

Jacobo volvió á su escondite.

CAPÍTULO XXX

DONDE DAREMOS Á CONOCER AL HIJO DE LA VIUDA Y UN NUEVO PLAN DEL JESUÍTA

Juanillo, como había dicho María, era un mozo de veinticuatro años, de rudo aspecto, de estatura escasa, pero de constitución robusta y fuerte.

Una cabellera negra, encrespada y abundante, coronaba su frente que era muy estrecha, pareciéndolo aún más por la espesura de sus cejas bastante salientes; y bajo las cuales, en el fondo de unas órbitas muy cóncavas, relumbraban unos ojos perfectamente redondos, de color pardo oscuro y sombría mirada.

El resto de sus facciones no ofrecía nada de particular; pero la expresión

de su rostro, moreno y tostado por la acción del sol, no era nada agradable, consistiendo esto en que casi siempre estaba contraído y muy principalmente en que nunca miraba de frente á la persona con quien hablaba.

A juzgar por el exterior, dos cualidades debían distinguir á Juanillo; la más refinada malicia, y como consecuencia inevitable, la desconfianza más exagerada.

Debía ser imposible hacer creer á Juanillo en la amistad ni el amor, no porque dudase de la existencia de estos nobles sentimientos, sino por la dificultad de convencerse de haberlos merecido porque no creía en la sinceridad de nadie, y siempre temía ser engañado.

Ni aun su madre consiguió inspirarle confianza.

Juanillo, si bien creía en el amor maternal, dudaba del de su madre.

Verdad es que era muy dudosa la sinceridad y nobleza de sentimientos de Camila.

A no ser por semejantes cualidades, tiempo hacía que el aldeano hubiese solicitado el amor de la encantadora María, porque es preciso advertir que la rara belleza de la joven le había inspirado al mozo una pasión bastante intensa; pero como siempre le sucedía, temía ser engañado, y no solamente no dijo una palabra de amor á su vecina, sino que ocultó, disimuló tan perfectamente sus sentimientos, que ni la joven ni nadie los adivinó.

Juanillo hablaba muy poco, lo absolutamente preciso, y rara vez daba contestaciones categóricas, ni aun cuando se le preguntase por el asunto más sencillo.

Estaba en buena armonía con todos; pero con nadie tenía verdadera amistad.

Si gozaba ó sufría, lo ignoraban todos; porque para sí guardaba sus penas lo mismo que sus alegrías, de lo cual resultaba que los jóvenes de su edad tampoco fuesen con él francos y expansivos, ni mucho menos que depositasen en él esos secretos inocentes, pero muy interesantes para la juventud, que mutuamente se confían los amigos para desahogar el corazón.

No sin razón el jesuíta miraba con recelo al hijo de la viuda.

Las observaciones del hidalgo eran

también muy oportunas, porque tenían gran significación las visitas del mozo al convento de Santo Domingo.

Desde que esto supo el padre Fulgencio, dijo para sí:

—En esta casa tenemos un aliado y un enemigo. Nosotros podemos contar con la madre; pero ellos cuentan con el hijo. ¿Quién tiene hoy por hoy más ventajas?

Juanillo no era un enemigo muy temible por su inteligencia; pero en compensación de su falta de entendimiento, estaba dotado de la astucia del zorro.

Además, bien instruido, podía hacer mucho, y sobre todo, los jesuitas conocían la sabia máxima de que no hay enemigo pequeño ni despreciable.

En aquella ocasión, el padre Fulgencio había cometido una torpeza, ó por lo menos un descuido, no preparándose á recurrir al medio infalible de hacerse dueño absoluto de Juanillo, y este descuido era tanto más imperdonable, cuanto el reverendo conocía perfectamente el lado flaco del mozo.

La avaricia era la pasión dominante en el alma de Juanillo, si bien había tenido cuidado de ocultarla, y sólo el jesuíta la había traslucido, pues ni la viuda había legado á comprender que su hijo era codicioso.

Sin embargo, el descuido del padre Fulgencio tenía su explicación: muy rara vez los jesuitas se hacían dueños de nadie por medio del dinero.

En esto obraban con el acierto que les era propio.

Y en efecto, ¿qué seguridad puede haber en quien nos sirve sólo por el dinero?

Por crecida que sea la cantidad con que pagamos, otro puede ofrecer mayor cantidad.

El oro no sirve en tales casos más que para comprar á un hombre cuyo servicio termine inmediatamente, no dando tiempo á la traición; pero no para que sea siempre leal, porque el que se vende sirve al que más largamente le paga.

He ahí explicado por qué el padre Fulgencio no había querido explotar la avaricia de Juanillo.

Desconfiaba de él, temía que se entregase á los contrarios, y estaba en observación, pero nada más.

Al sonreír la aurora, Juanillo dejó la cama, dió los buenos días á su madre,

y ensilló la mula del reverendo, teniéndola de la rienda fuera de la casa.

El fraile abrió las dos puertas de su habitación, y Camila le presentó el chocolate.

Mientras lo tomaba, dijo á la viuda:

—¿Y vuestro hijo?

—A la puerta, esperando con la calbagadura.

—¿Tiene necesidad de ir estos días á Zaragoza?

—Por ahora no: estuvo hace poco para algunos encargos.

—¿A quién conoce en la ciudad?

—A nadie más que á nuestro arrendador y á uno de los criados del señor Pedro Atienza.

—¿Estáis segura de ello?

—Así lo creo, padre.

—Bien.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Para saberlo—respondió severamente el fraile.

La viuda inclinó respetuosamente la cabeza, y dijo:

—Perdone vuestra merced, que me he preguntado sin pensar lo que decía.

—Pues no olvidéis, hermana, que son muy peligrosas las palabras dichas sin meditación.

—Ya sé padre mío, que en los libros santos, si no estoy trascordada, se dice que la criatura debería tener el cuello tan largo como la cigüeña, porque así, antes de que las palabras llegasen á los labios, habría tiempo de meditarlas.

—El consejo es prudente.

—No lo olvidaré.

—Voy á daros otro, del cual, bajo delito de perjurio, no podréis hablar á nadie.

Camila volvió á inclinar la cabeza.

El fraile añadió:

—Nadie está tan expuesto á quemarse como el que está cerca del fuego.

—Sin duda.

—De esto deduciréis que nadie está en mayor riesgo de abrasarse en las santas hogueras de la Inquisición, como el que más se aproxima á ellas, ó á los inquisidores, que es lo mismo, y de esto tenéis la prueba en los últimos autos de fe, donde visteis perecer en las llamas un familiar y dos alguaciles del Santo Oficio.

—Muy cierto.

—Vuestro hijo vendería el alma por unos cuantos escudos.

—¡Padre!...

—Escuchadme con calma.

—Escucho.

—Vuestro hijo no está lejos de los inquisidores, y por consiguiente está cerca de las hogueras.

—¡Dios mío!...

—Yo velaré por él, descuidad; pero es preciso que observéis muy cuidadosamente...

—Pero...

—No tengo más que deciros—replicó el fraile.

Y tomando el último sorbo de chocolate y bebiendo agua, se levantó.

Camila quedó como anonadada.

¿Qué significaban las indicaciones del jesuita?

Por más que fuese una mujer sin corazón, aunque el amor maternal no era en ella tan intenso como en otras mujeres, al fin Juanillo era su hijo, y sobre todo, para que temblase había una razón de mucha importancia. Si su hijo caía en manos de los inquisidores, ella también tendría que sufrir, porque no la dejarían tranquila.

Salieron, cerrando el jesuita las dos puertas, y guardando la llave.

Cuando estuvieron fuera de la casa, encontraron á Juanillo con la mula; pero tan preocupado, que no se apercibió de los que llegaban.

¿En qué pensaba?

No eran solamente sus pensamientos los que lo tenían distraído, sino más bien lo que veía porque en aquellos momentos, María se encontraba á la puerta de su casa hablando con una vecina sobre la enfermedad de su madre.

El mozo había fijado una ardiente mirada y profunda en la joven, aprovechando la ocasión de encontrarse ésta ocupada con las vecinas y no apercibirse, por consiguiente, de que el otro la contemplaba en tan significativa expresión.

El jesuita, que según hemos visto, por donde quiera que iba lo observaba todo, al advertir la distracción de Juanillo, volvió los ojos hacia donde éste los dirigía, sin necesitar más explicaciones para comprenderlo todo.

Antes de dar tiempo á que Camila lla-

mase la atención de su hijo, el padre Fulgencio exclamó:

—¡ Ah!... Se me olvidaba... Venid.

Y retrocedió seguido de la viuda, volviendo á su habitación.

Una vez allí, abrió el cajón de la mesa y aparentó que buscaba un papel entre varios que allí había.

Entretanto dijo:

—Varias veces he querido haceros una pregunta, y siempre se me ha olvidado.

—Pues ahora que se acuerda vuestra merced...

—Necesito conocer algunas circunstancias de vuestras vecinas.

—¿ Cuáles de ellas?

—Esas que viven en la casa de este lado, y que si mal no recuerdo, me habéis dicho ser una viuda con una hija.

—Sí, la Bonifacia Lopillo, viuda de Antonio Gutiérrez, á quien Dios haya perdonado.

—Eso es, Bonifacia y María, muy honradas, según me dijísteis.

—No salen de casa más que para trabajar y cumplir sus deberes de cristianas.

—Es extraño.

—Pues á mí no me sorprende, pues vuestra merced me ha oído repetir, que fuera de la condenada bruja que para servicio de Dios y nuestro bien quemaron el año pasado, no hay en todo el lugar quien no sea buen católico.

—No hablo de eso, sino de que es raro que una joven tan bella y tan virtuosa no haya encontrado marido.

—Los tiempos están muy malos, y apenas pueden ganar los hombres para vivir; de modo que antes de casarse lo piensan mucho y no se deciden á echarse encima obligaciones, si la mujer no tiene un pedazo de pan.

—Pues esa muchacha puede ser la más rica de la aldea.

La viuda miró con expresión de profunda sorpresa al jesuíta.

Lo que éste decía era para sorprenderse.

¡ Rica María, la más rica de la aldea!

¿ Cómo se explica esto?

—Tanto es posible—añadió el padre Fulgencio—, cuanto que no es menester más sino que yo quiera.

—Si vuestra merced no hubiera de llevar á mal mi pregunta...

—Os aclararé el misterio y veréis que todo ello es cosa muy sencilla.

—Si he de hablar con franqueza, tengo curiosidad de saber eso.

—Uno de mis hijos de confesión, hombre muy rico, para cumplir en todas sus partes la penitencia que le impuse, tiene que hacer una obra de caridad. Me consultó sobre este punto; pero no quise aconsejarle, porque cualquiera que fuese el beneficio que hiciera, había de ser agradable á Dios. Después de bien meditado ha decidido destinar quinientos ducados para dote de una doncella honrada, huérfana de padre, y pobre; pero á condición de que se case con un hombre muy honrado también y buen cristiano.

—Empiezo á entender.

—Como yo tengo ocasiones de conocer mejor la conciencia de muchas personas, me ha hecho depositario de los quinientos ducados, rogándome que los entregue á quien mejor me parezca.

—Ya.

—Esa joven es buena.

—Lo es.

—Pobre.

—Mucho.

—Trabaja, y puede decirse que es el sostén de su madre.

—Sí, sí—repuso Camila, esforzándose para ocultar la envidia que empezaba á roerle el alma.

—Si se decidiera á ponerse bajo la dirección espiritual para que yo quedara convencido de su virtud...

—Tal vez... aunque desde niña se confiesa con el señor cura...

—Eso no importa.

Camila hizo un gesto como indicando que nada tenía que ver en semejante asunto.

El jesuíta, como si no adivinase lo que pasaba en el alma de la viuda, añadió:

—He aquí una ocasión de que Juanillo hiciese su fortuna.

—¿ Cómo?

—Casándose con esa joven.

Los ojuelos de Camila brillaron como dos carbunclos.

—¡ Ah!—exclamó

—¿ No os parece bien?

—Lo que me parece es, que no merecidos tantos favores de vuestra merced.

—Parece imposible que una mujer como María no le agrade á vuestro hijo.

—Lo ignoro.

—Pensadlo, explorad el ánimo de Juanillo, y decidme lo que os parezca.

—¿Qué ha de parecerme sino una fortuna?...

—Entonces...

—Pero ella...

—También aceptará si se le hace ver su conveniencia. ¿Y quién sabe si ya se miran con interés? Dejad este asunto á mi cuidado.

—¿Y qué he de hacer?

—Lo que sea conveniente para que yo hable con la anciana madre de María, sin que esto llame la atención de nadie.

—Está enferma tan gravemente, que anoche creímos que se moría.

—Es una desgracia: pero ninguna ocasión mejor para que la joven piense en su porvenir.

La vieja exhaló un suspiro, no de dolor por la desgracia de sus vecinas, sino porque le parecía imposible que se realizase tan gran fortuna.

El padre Fulgencio meditó algunos momentos.

—¿Está—dijo luego—, gravemente enferma?

—Sí.

—¿No tendrá médico?

—Vino anoche el cirujano y la sangró; pero en vez de mejorarse...

—Bien, bien.

—La pobrecita...

—¿Habéis preguntado como se encuentra hoy?

—No, padre.

—Pues id á saberlo.

Salió Camila.

La codicia—murmuró el jesuíta—, vencerá su desconfianza y se casará. Está enamorado y la influencia de los inquisidores... ¡Oh!... Es menester que se casen.

La viuda no tardó en volver, diciendo:

—Está mejor; pero muy mal todavía.

—Me voy para dejaros en libertad de que averigiéis los sentimientos de Juanillo, aunque desde ahora os aseguro que está enamorado de María.

—¡Enamorado!

—Ciegamente.

—¿Cómo puede saberlo vuestra merced?

—¿Y cómo—replicó el jesuíta—, sé que está muy cerca de la Inquisición?

—¡Jesús!

—No habléis una palabra del dote.

—Descuidad, padre.

—Hoy mismo volveré...

—¿A la hora de costumbre?

—Más temprano.

—Dios os dé larga vida.

—El cielo os guarde, hermana.

Salieron otra vez.

Ya no estaba en la calle María.

Juanillo se quitó el sombrero y besó respetuosamente la diestra del jesuíta.

Este cabalgó y partió.

—Ven, ven—dijo la viuda á su hijo.

—¿Ya está el almuerzo?—preguntó Juanillo, mientras echaba una mirada á la casa de la joven.

—No se trata del almuerzo.

—¿Pues de qué?

—De otra cosa.

—Vamos.

Entraron en la casa.

Camila cerró la puerta para que nadie la interrumpiese durante la conversación que iba á entablar con su hijo.

CAPITULO XXXI

LA MADRE Y EL HIJO

Juanillo se sentó y miró de reojo á su madre mientras se preguntaba:

—¿Qué me querrá?... Parece que me habla más cariñosamente que nunca... Escucharé y responderé de modo que no pueda comprometerme, porque de seguro todo será cosa del jesuíta, de quien no me fío.

Camila reflexionó, y después de algunos segundos, dijo:

—Ya hace algunos días que me parece haber adivinado una cosa, y no he querido preguntarte, por si me había equivocado; pero he seguido observando y me parece que mis sospechas eran fundadas.

Juanillo se encogió de hombros y replicó:

—Lléveme el diablo si entiendo lo que decís.

—¡Jesús!—exclamó la vieja santiaguándose.

—¿Qué os sucede?

—Tienes el mal vicio de nombrar á Lucifer...

—Lo hago sin malicia.

—Con malicia ó sin ella, si á cualquiera se le antojase dar el soplo...

—Descuidad.
 —Bien dice el padre Fulgencio.
 —¿Qué dice?
 —Nada, nada.
 —Me parece que su paternidad se ocupa mucho de mí.

—Sí, sí se ocupa, porque me encarga que cuide de tu salvación eterna, y eso debieras agradecerlo; si fray Fulgencio fuera tu padre, no se interesaría más por ti.

—Creo que no tiene nada de que acusarme.

—No, pero... En fin, dejemos esto y volvamos á lo que interesa.

—Aún no os habéis explicado.

—Lo haré en seguida.

—Pues ya os escucho.

—Me parece, hijo mío, que no miras con indiferencia á María.

El rostro de Juanillo se alteró por un instante; pero volviendo á tomar su expresión de siempre, replicó:

—¿A qué María os referís?... Hay varias en el lugar.

—Nuestra vecina.

—¡Nuestra vecina!

—Sí, la hija de la tía Bonifacia.

El mozo hizo otro gesto de indiferencia y repuso:

—Sí, María es desgraciada y la miro con el interés que á todo el que sufre.
 ¿Hago mal?... Esto lo manda Dios.

—No, no haces mal; pero no es de ese interés del que yo te hablo.

—Entonces, no os entiendo.

—Quiero decir que María te agrada, y que si no estás enamorado de ella, te falta muy poco.

Tosió Juanillo para disimular lo que sentía y no verse obligado á responder inmediatamente.

—¿Me has entendido ahora?—le preguntó su madre.

—Sí.

—¿Y qué me dices de eso?

—Nada—respondió el mancebo, sonriendo cándidamente.

La viuda lo miró con enojo, y replicó:

—Cuando te hablo, es para que me contestes.

—Decís que estoy enamorado...

—Sí.

—Pues os equivocáis.

—Piensa que soy tu madre.

—¿Acaso lo olvido?

—Y que si me dices una mentira...

—¡Bah!...

—He sorprendido ciertas miradas...

—Maricuela es bonita; pero...

—¿Qué?

—Hay también otras muchas que no son feas, y á todas ellas las miro igualmente, porque lo bonito se mira con agrado.

—¿Responderás á derechas?

—A eso voy.

—¿Cuándo dejarás la pícara costumbre de dar cien rodeos para decir que sí ó que no?

—Yo no sé lo que es estar enamorado: ya sabéis que no me ocupo más que de mi trabajo y de estar bien con Dios, y si alguna vez me ha gustado una mujer bonita, no puedo decir si ese gusto con que la miro es lo que llaman amor, ni tampoco me imperta saberlo, puesto que con ninguna he de casarme.

—¿Y por qué no has de casarte?

—Porque no me conviene.

—Explicáte con claridad.

—Madre mía, ahora nadie nos oye y puedo hablar con franqueza.

—Sí, sí.

—No hay mujer á quien no la encuentre un defecto: la que no es fea, suele no ser honrada...

—Pero María reúne todas las buenas cualidades.

—Es bonita y virtuosa, pero ¿lo será siempre?... Lo diré de una vez: no me fío de ninguna mujer...

—Ni de ningún hombre—dijo con acento colérico la viuda.

—No os equivocáis.

—Ni quizá de mí...

—¡Oh! en cuanto á eso...

—Acaba.

—De vos sí me fío, porque sois mi madre—repuso el joven con frialdad.

Camila hizo un gesto de incredulidad.

Juanillo, según su costumbre, tenía la mirada fija en el suelo, y no pudo ó no quiso ver el gesto de su madre.

Era muy difícil que ésta obtuviera explicaciones satisfactorias, porque el taimado mozo no las daba jamás.

Encerrándose en su tenaz reserva Juanillo, sería imposible arreglar la descaída boda.

Así lo pensó la viuda, y á pesar de la

prohibición del jesuíta, decidióse al fin á nombrar el dote.

Sin embargo, quiso hacer la última prueba, y cambiando de gesto y de tono, ó lo que es igual, dejándose de todo disimulo, dijo con aspereza:

—Mira, te conozco bien y tú debes conocerme.

—Creo que sí.

—Eres muy taimado...

—Eso me lo habéis dicho cien veces.

—Conmigo no te valen palabras que nada significan.

El rostro de Juanillo cambió de expresión también, y sus ojos se levantaron mirando á su madre frente á frente como tal vez no la había mirado dos veces en su vida.

—Bien—replicó—, puesto que nos conocemos y nadie nos oye, hablemos con claridad.

—Es lo que deseo.

—¿Qué os importa que esté enamorado de María?

—¿Y eso me dices con tal desvergüenza?—replicó la viuda, lanzando á su hijo una mirada terrible.

—¿No queréis que diga lo que siento?

—Para decirlo no es menester que te olvides de que soy tu madre.

—Hace algún tiempo que me amenazáis por la más leve cosa, y todo ello no es más sino porque el jesuíta me aborrece...

—Calla, Juan—interrumpió la vieja.

—No me importa su odio, porque si algo intentara contra mí, alguien habría que me defendiese.

—Ya lo sé—dijo Camila, cuyo arrebató le hacía perder la cabeza—; y sé que andas en tratos con gente muy poderosa, y que cuando vas á la ciudad...

—¿Qué estáis diciendo?—gritó Juanillo sin poder contenerse.

—Nada, nada.

—¡Oh!... ¡el padre Fulgencio!... Ajustaremos cuentas...

—¡Desdichado!... ¿Has perdido el juicio?

—Puede ser.

—Caminas á tu perdición.

—¿No hablábamos de María?

—Sí.

—Pues bien; acabemos la conversación, porque ya es tarde y tengo que irme á trabajar.

—Ya podíamos haber acabado si de una vez me hubieses dicho...

—Os he dicho—interrumpió el mozo— que poco importa semejante amor, si no he de casarme ni con ella ni con ninguna.

—No necesito saber más.

—Entonces...

—Peor para ti.

—¿Por qué?

—Por nada.

—Lo peor sería casarme, para estar á todas horas con el alma en un hilo.

—Quédate soltero, sí, que para eso eres rico.

—Pues á fe que me habláis de una mujer que tiene lindo dote.

—¿Qué sabes tú?

Juanillo soltó una carcajada burlona.

—Ríete, ríete, que algún día llorarás.

—Yo no hablaré con claridad; pero vos...

—Aunque me pierda, será preciso decírtelo todo.

—¡Decírmelo todo!—dijo Juanillo con sorpresa.

—Sí, porque si alguien supiese que te he hablado de este asunto, todo se lo llevaría la trampa.

—Pero...

—Juan, cástate con María Gutiérrez.

—No quiero casarme.

—Es bonita.

—Tanto peor.

—Es honrada.

—No sabemos lo que será después.

—Y tiene un dote de quinientos ducados.

—¡Quinientos ducados!—exclamó Juanillo, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, quinientos ducados, que le dará una persona caritativa.

—Lo que decís es incomprensible.

—Por Dios, guarda el secreto, porque no me perdonarían habértelo revelado.

—Sepamos, porque aún no puedo vencer e de lo que decís.

—La viuda, resuelta ya á cometer la indiscreción, refirió á su hijo todo lo que le había contado el jesuíta.

Juanillo escuchó con atención religiosa y quedó meditabundo.

Ya no se trataba de la belleza ni de las virtudes de María, sino de un dote de quinientos ducados, que para cualquiera de

aquellos aldeanos que nada poseían, era una gran fortuna.

¿Necesitaba más para decidirse á casarse?

Era sobrado para él lo que se le ofrecía.

Su ambición podía quedar satisfecha, y además de su ambición sus amorosos deseos.

Su natural desconfianza le hizo sospechar si aquel dote era el fruto ó el precio de alguna debilidad de María.

Empero por grande que fuera este temor, la codicia pudo más en el alma de Juanillo.

—¿Qué decides?—le preguntó su madre después de algunos minutos.

—Me casaré si es posible.

—Posible es con tal que tú quieras.

—¡Que si quiero!... La verdad, ya hace mucho tiempo que estoy enamorado de María; y si no se lo he dicho, ha sido porque me parece que ella no me mira con afecto.

—María es muy recatada y honesta para atreverse á dar á entender con los ojos lo que siente su corazón.

—Mucho temo que no quiera casarse conmigo.

—¿Qué ha de hacer? Si ahora no se muere su madre, se morirá pronto, y lo que le conviene es tener un marido para no quedar desamparada.

—Sí, pero con quinientos ducados de dote podrá escoger entre todos los mozos de la aldea, y de seguro no seré yo el preferido.

—Lo del dote no lo sabe nadie.

—Basta con que ella lo sepa.

—Creo que tampoco le dirá nada el padre Fulgencio hasta después que haya consentido ser tu esposa.

—¿Y le parecerá bien al jesuíta que yo sea el que se case con la hija de Bonifacia?

—Sí.

—Lo extraño mucho.

—¿Por qué?

—Ya os lo he dicho, y vos no lo ignoráis, que el padre Fulgencio no me quiere.

—Te equivocas, lo que no quiere es que te metas en intrigas con ciertas personas.

—¡Yo en intrigas!...

—Dejemos esto que ahora no me importa.

—No quiero dejarlo—replicó el mozo—porque me interesa mucho.

—Piensa en tu casamiento...

—Y en lo demás.

La viuda se puso en pie, dando un paso hacia la puerta.

Juanillo la detuvo.

—Esperad—dijo.

—¿Qué quieres?

—Es menester que me déis explicaciones sobre eso de las intrigas, porque si me han calumniado, quiero defenderme y que se vea la verdad.

—No puedo decirte más de lo que te he dicho.

—Madre mía...

—Déjame.

—No, no os dejaré.

—Mira que no puedo hablar.

—Nadie nos oye.

La viuda que sin duda aquel día estaba inspirada por Satanás, como si desease su perdición, dijo:

—No te daré tantas explicaciones como deseas porque á mí no me las han dado.

—Me contentaré con que lo sepáis.

—Se asegura que andas cerca de los inquisidores.

—¡Ah!...

—Y según dice con mucha razón el padre Fulgencio, acercarse á los inquisidores es acercarse á las hogueras de la inquisición.

La frente de Juanillo se contrajo y su rostro palideció.

—Nadie nos oye, tú mismo lo has dicho—añadió Catalina.

—¿Y qué queréis?

—Respóndeme con franqueza. ¿Te han calumniado?

—Venga el dote, y lo demás nada me importa.

—Ya lo ves, me han dicho la verdad.

—Pues olvidad eso, que yo no me ocuparé de otra cosa que de María.

—Es lo que te conviene.

— Aunque soy tonto no dejo mi conveniencia por nada del mundo.

Mucho disimulo, mucho cuidado.

—Descuidad, que ya me conocéis.

La viuda fué á preparar el almuerzo.

Juanillo empezó á pasearse en la habitación.

Parecía estar muy agitado.

La sola esperanza de ser dueño de quinientos ducados, le producía un efecto inexplicable.

Nadie le veía entonces y no intentaba disimular.

Sus ojos brillaban con el fuego devorador de su codicia.

Hubiérase dicho que se gozaba nombrando el dote, puesto que con frecuencia murmuraba:

¡Quinientos ducados, quinientos ducados!

Y otras veces, haciendo proyectos sobre su vida futura, decía:

—Iremos á vivir á un lugar realengo, y así podré comprar tierras, y no seré vasallo más que del rey.

Por primera vez en su vida habían logrado entenderse la madre y el hijo.

Cuando hubieron almorzado, Juanillo fué á casa de sus vecinas para informarse del estado de la enferma.

María le recibió como siempre.

Pero él la miró como nunca la había mirado, y sus miradas fueron tan ardientes y significativas, que la joven bajó los ojos más de una vez.

Lo mismo Juanillo que su madre se mostraron extremadamente cariñosos con sus vecinas, haciéndoles toda clase de ofrecimientos.

¿Qué significaba semejante cambio de conducta?

Esto se preguntó María, porque le llamó la atención el interés cariñoso que sus vecinos le mostraban, siendo así que siempre la habían mirado con bastante frialdad.

Empero era imposible que la joven adivinara la causa.

CAPITULO XXXII

LA OFUSCACIÓN DE JACOBO Y LAS CASUALIDADES QUE CONTRA ÉL CONSPIRABAN

El día pasó sin otra novedad digna de mencionarse, que la de mejorar notablemente la enferma.

Jacobo permaneció en su escondite, sin salir más que una vez para informarse del estado de la anciana, y pedir algunas noticias más á la joven sobre las visitas del padre Fulgencio á Camila.

Como habrán adivinado nuestros lectores, el plan de Jacobo, plan demasiado atrevido, consistía en introducirse por el techo en la habitación de Camila y apo-

derarse de los papeles que el jesuíta había recibido del hidalgo.

Para esto le bastaba levantar un par de tablas volviendo á colocarlas después, lo cual era fácil, según había podido convencerse.

¿Cuál era el momento más oportuno para esta peligrosa operación?

Jacobo había meditado y decidido esperar á la noche y á hora que los habitantes de la casa estuviesen entregados al sueño.

Entonces, con pretexto, pediría una luz á la joven aldeana y acometería su empresa.

Si era sorprendido, no tendría remedio su perdición.

Á más de hereje, se vería acusado de ladrón.

No era, pues, solamente la vida lo que se jugaba, sino también la honra.

Y de nada le valdría manifestar el motivo que le había impulsado á introducirse en casa ajena: de nada le serviría, porque acusado como estaba de hereje, el Santo Oficio tendría la preferencia para juzgarlo, y cuanto dijese en los calabozos de la Inquisición sería completamente inútil.

Tal vez con sus revelaciones trastornaría los planes del padre Fulgencio; pero con hacer á éste un mal, no mejoraba el acusado su situación, sino que la agravaría, porque un secreto de tanta importancia lo hacía demasiado temible para que sus enemigos no desearan deshacerse de él.

Los sufrimientos producen la ofuscación en la inteligencia más clara, y preciso es reconocer que Jacobo estaba ofuscado y que su intento era ni más ni menos que una locura.

Y no consistía en esto solamente su locura, pues no debía cometer otra torpeza demasiado peligrosa.

Era fácil bajar al aposento que solía ocupar el jesuíta; pero no era posible subir sin haberse prevenido de una escala ó al menos de una cuerda que quedase pendiente del techo.

No había pensado Jacobo en semejante cosa, ni era probable que pensara después, aunque parece que nada debiera haberle ocurrido primero.

Lo más sencillo es lo que más fácilmente



te se olvida ó se descuida, por lo mismo que es lo que menos cuidado nos da.

Llegó la noche, y el esposo de Isabel esperó hasta que calculó ser más de las diez, hora en que debían dormir todos los habitantes de la aldea.

Así era.

Ni el más leve ruido sonaba en el interior de ninguna casa, ni un solo destello de luz se escapaba por ninguna rendija.

Jacobo fué á la entrada del desván y escuchó, tosiendo luego.

Inmediatamente se presentó María.

—¿Hay novedad?—preguntó el fugitivo á media voz.

—Ninguna.

—¿Y vuestra madre?

—Duerme con mucha tranquilidad.

—Necesito examinar unos papeles, ¿podrías darme una luz?

—Sí, tomad esta—respondió la joven, alargando el candil que llevaba.

—Gracias... Pronto os la devolveré.

—No me hace falta, porque tengo otra.

Jacobo se internó otra vez en el desván, disponiéndose á poner en práctica sus planes.

Pará que se comprenda lo que va á suceder, es preciso que le dejemos y volvamos á la vivienda de Camila.

No habrá olvidado el lector, que el padre Fulgencio había prometido volver aquel mismo día más temprano que de costumbre, y debemos decir que su promesa la cumplió con toda exactitud. pues antes de que el sol tocara á su ocaso, presentóse y entró en su aposento.

María, que rara vez se movía del lado de su madre, no le vió llegar, ni aún viéndolo hubiese dado la noticia á Jacobo, porque ignoraba toda la importancia que esto tenía.

¿Cómo había de sospechar ella el intento del fugitivo?

Después de haber descansado algunos minutos, el jesuíta preguntó á la viuda:

—¿Tenéis algo que decirme?

—Mucho y bueno—respondió Camila.

—Explicaos.

—No os equivocásteis: Juanillo me ha confesado que hace ya mucho tiempo que está locamente enamorado de nuestra vecina.

—Pero no por eso habrá pensado en casarse.

—No.

—La novia es pobre...

—Vuestra merced debe considerar que en los tiempos que corremos...

—Sí, sí.

—A pesar de eso, yo...

—Le habéis aconsejado, ¿no es verdad?

—Y se ha convencido de que tarde ó temprano acabaría por casarse con una pobre, y por consiguiente, que no debe perder la ocasión de hacerlo con María, que á más de ser bonita es virtuosa como ninguna.

—Raro es que Juanillo se haya convencido tan pronto.

—Así ha sucedido, padre.

El jesuíta sonrió maliciosamente, porque adivinó lo que había sucedido entre el hijo y la madre; pero no hizo ninguna observación.

—Ahora—añadió Camila—vuestra merced se servirá decirme lo que debo hacer.

—Nada por hoy.

—Está bien.

—¿Y la enferma?

—Sigue mejorando.

—La veré mañana.

—He de anunciárselo?

—No.

—Entonces...

—Dejadme hasta la hora de cenar.

Salió Camila.

Cerró el jesuíta, y sin duda para que se hiciera menos pesado el tiempo, separó el arca, sacó los papeles que había guardado la noche anterior y volvió á cerrar la caja dejándolo todo como si no lo hubiese tocado.

Entretenido con la lectura y sus pensamientos, aguardó la noche.

La viuda le llevó luz y la cena.

El padre Fulgencio, que parecía tener buen apetito, vació los platos.

Luego dió las buenas noches á Camila, encargándole que le avisara al amanecer. Quedó solo.

Paseó á lo largo del aposento y pareció meditar.

No sabemos por qué, cambió de opinión y guardó en sus bolsillos los preciosos documentos que codiciaba Jacobo.

Una hora después, decidió acostarse.

Si no había de hacer más que meditar, la cama era el sitio más cómodo.

Desnudóse, dió un soplo á la luz y se acostó.

Si se durmió en seguida, lo ignoramos;

pero debemos advertir que el buen jesuíta tenía un sueño muy ligero.

Sonó en la negra techumbre del aposento un ruido extraño:

Luego pareció que crujía una de las tablas.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el jesuíta.

Y se incorporó, escuchando atentamente.

Repitióse el ruido.

Levantó la cabeza el padre Fulgencio y vió algunos destellos de luz.

—¡Diantre!—murmuró con calma—. Diríase que alguien tiene deseos de meterse aquí.

Un minuto después pudo convencerse de que no se equivocaba.

Entonces se bajó del lecho, procurando que las ropas de éste quedasen bien arregladas, tomó sus hábitos, que había dejado sobre una silla, y dijo para sí:

—No pueden ser ladrones. Me conviene que entre quien quiera que sea, y así sabré lo que busca.

Sin perder un instante se ocultó debajo de la cama, llevando consigo los hábitos para que no quedase señal de su estancia allí.

Oyéronse nuevos crujidos y bien pronto penetró bastante luz por el techo.

Volvamos al desván.

FIN

